

Gema Tacón



¿Qué  
pasó  
cuando se terminaron  
las perdices? 2



**¿Qué pasó cuando  
se terminaron las perdices 2?**

Gema Tacón

**¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices 2?**

**Primera edición: Diciembre de 2017**

**©Gema Tacón, 2017**

**©Ilustración y diseño de portada ©Mónica Gallart, 2017**

**©Corrección: Sonia García**

**Todos los derechos reservados.**

**ISBN: 9781976732560**

**No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).**

Cuando la vida te presente razones para llorar,  
demuéstrale que tienes mil y una razones para reír.

# *Índice*

*PRÓLOGO*

*CAPÍTULO UNO*

*CAPÍTULO DOS*

*CAPÍTULO TRES*

*CAPÍTULO CUATRO.*

*CAPÍTULO CINCO*

*CAPÍTULO SEIS*

*CAPÍTULO SIETE.*

*CAPÍTULO OCHO.*

*CAPÍTULO NUEVE.*

*CAPÍTULO DIEZ.*

*CAPÍTULO ONCE.*

*CAPÍTULO DOCE.*

*CAPÍTULO TRECE.*

## *Prólogo*

Cuando mi amiga y hermana Gema Tacón me pidió que le hiciera el prólogo de su obra, le dije sí sin pensarlo, aunque después me eché a temblar. ¿Por qué? Porque sé lo que ha supuesto para ella escribirla.

He vivido esta bilogía desde el primer capítulo de la primera, es más, desde antes de que empezara a escribirla, cuando me dijo: Gorda, me apetece escribir algo diferente a la fantasía, algo así como una novela romántica. ¿Tú lo leerías y me vas diciendo si voy bien? Aquel viaje a Málaga fue inolvidable.

He vivido junto a Gema muchos momentos, unos mejores, otros peores, algunos para olvidar, y también he vivido cada uno de sus pequeños retoños literarios. Sé de buena tinta que le ha costado sudor y sangre escribir esta historia, y por ello tengo que decir que me siento muy orgullosa de lo que vais a encontrar en las siguientes páginas.

Una historia cargada de misterio, intriga, amistad, decepción, amor, locura y humor. Como escritora que soy, os puedo asegurar que unir todo eso en una misma novela es muy complicado y que conseguirlo es una genialidad que solo ella sabe lograr.

Así que, no os doy más la lata. Os dejo disfrutar de esta novela única que os hará sonreír, llorar, enamoraros y cagaros en *to* las castas de mi querida y adorada Gema Tacón.

Noni García.

## *Capítulo uno*

### *El regreso.*

Podía ver la silueta de mi cara reflejada en el opaco cristal del enorme ventanal de mi querido y variopinto dormitorio sobre el gran faro. Hacía una noche de tormenta en la que ningún barco se había atrevido a zarpar, y tan solo se distinguía un negro horizonte con algún que otro rayo suelto sobre las agitadas olas, iluminando de vez en cuando la noche.

Pese a que para otras personas estos días eran deprimentes para mí, sin embargo, eran mis preferidos. Amaba sentarme a observar cómo las gotas bailaban y formaban dibujos en los cristales. Fue en ese instante en el que la paz y la calma me embargaban que no pude evitar recordar nuestro regreso; Mérida se marchó a su casa después de dejarme y de decir unas cientos de veces que necesitaba unas vacaciones, pero esta vez lejos de mí.

Sabía que precisaba centrarme y pensar qué iba a hacer con mi vida a partir de ahora. El maldito karma estaba al acecho, un día sin que me sucediese alguna locura era digno de apuntar en el calendario. No sonreír al pensar en nuestro aterrizaje era impensable.

—¿¡Recuérdame exactamente por qué no debería tirarte ahora mismo al agua y disfrutar mientras te come algún tiburón con mal gusto!? —Mérida se estaba empezando a poner de colores y sus mejillas pecosas brillaban rojas de tanto sol.

—¡Mérida, esta vez no he tenido la culpa! Ha sido ese piloto que se ha puesto nervioso al verme —intenté defenderme.

—¡¡Al verte!! ¡¡Le has chupado un dedo con cara de sádica mientras el hombre intentaba llevar un puñetero avión y, claro, mejor no hablemos de cuando te has sentado encima de él con la jodida copa y la has derramado sobre todos los botones haciendo que se incendiase la cabina...!! Eso tampoco lo causaste tú, ¿cierto? ¡¡Y que estemos en medio de la nada, sin teléfonos, sin comida y sin agua es solo y únicamente porque el hombre se alteró, solito!! ¿Verdad, Ariel? ¡¡Vete a la mierda un ratito!!

—Si lo miras desde ese punto de vista puede ser que algo haya tenido que ver...

—¡Yo te mato! —dijo, haciendo que la mini barca salvavidas se moviese, a la vez que me metía la cabeza dentro del agua, mientras yo intentaba desesperadamente manotearla para poder volver a llenar mis pulmones de aire.

Después de no sé cuántas horas a la deriva, y de esquivar la mirada de Mérida, tarea difícil dentro de aquella miniatura, escuchamos la bocina de un barco y nos pusimos a saltar y a gritar como locas para que nos viesan. La barquita hinchable de las narices comenzó a moverse de un lado a otro de forma peligrosa, hasta que finalmente se dio la vuelta y terminamos las dos a remojo agarradas a los flotadores. Si en el mar hubiese habido un poquito menos de agua, juro que Mérida la hubiera evaporado del mosqueo<sup>[1]</sup>.

El barco se paró cerca y de pronto un montón de chinos se asomaron y nos miraron —o nos sospecharon, no lo tengo claro—, desde cubierta. De repente, vi que despleaban un gran palo metálico; era una especie de grúa y, en su extremo más cercano al agua, llevaba una red con trozos de pescado y aroma a marisco rebujado con olor a <sup>[2]</sup>chumino de vieja en sus últimos días. Aquella cosa cayó sobre nuestras cabezas, los asiáticos nos gritaron y nos hicieron señas para que nos subiésemos.

—¡Y una mierda me voy a subir! —gritó Mérida, pero los hombrecitos solo sabían vociferarnos cada vez más fuerte, como si en vez de no entender el idioma fuésemos sordas.

«Nunca comprenderé por qué la gente le hace eso a los extranjeros, ¿qué pasa que si gritas te voy a entender...?»

Me armé de valor y decidí ser la primera en montar en aquello; metí los pies como pude entre los boquetitos de la red e introduje la cabeza por la gran abertura superior. Entonces mi culo hizo de efecto péndulo impulsándome más de lo debido y terminé cayendo de narices en la asquerosidad de malla, quedando con la nariz por fuera de uno de los orificios, la oreja por otro, las piernas por otro distinto y así hasta parecer un jodido puzle de cuadraditos de mí misma. Por lo visto, el pescante estaba diseñado tan solo para enganchar pequeñas cantidades de peces o gambas, y tras escuchar un «crack», fui a tomar por culo al agua otra vez como si de la mismísima sirenita me tratase. La red me tenía totalmente aprisionada y no me dejaba moverme lo suficiente como para nadar y salir a flote.

Cuando unas pequeñas burbujitas comenzaron a esfumarse de mi boca y el aire en mis pulmones empezó a escasear, pensé que mi vida terminaría allí, en medio del mar, con el corazón destrozado, hasta que algo me agarró del



cuello y me sacó a la superficie. Para cuando volví a ver la luz del sol, mi consciencia se evaporó.

Un gran ataque de tos seguido de una horrible fatiga y unas gigantescas ganas de vomitar me devolvieron al mundo de los vivos, alguien me estaba besando. En mi mente imaginé a un príncipe azul con los ojos de Jim, el mentón de Adam y el culo del marido de Aurora —que fuese tonto no quería decir que el hombre no estuviese de buen ver—, abrí los ojos ilusionada tras mi visión y frente a mi nariz me topé a un vejestorio asiático, casi sin dientes, más calvo que el genio de la lámpara maravillosa y con las mismas orejas de Dumbo, que en este caso servían para quitarme el sol de casi toda la jodida cara. Cuando el hombrecillo me vio reaccionar, sonrió encogiéndome tanto los ojos que me parecieron dos puñaladas en una caja de cartón. Me giré y vomité hasta la primera papilla. Me incorporé como pude para buscar a Mérida. Estaba a mi lado sentada, tapada con una manta de rayas marrones y los pelos del león de la Metro Goldwyn Mayer, la pobre tenía la cara de preocupación más chungueta que le había visto jamás. Al verme revivir, se lanzó sobre mí, me dio un pequeño golpecito en el hombro y me abrazó con fuerza. Jamás olvidaré ese abrazo.



Noté su respiración acercándose a mi nuca, antes incluso de que me rozase, conseguía erizar el vello de todo mi cuerpo. Esperaba con ansias que acariciase mi piel con sus labios. En el momento en que sus manos tocaban mi cintura podía percibir cómo todo mi ser se avivaba transformándome en una llama incandescente que necesitaba ser consumida. Cuando apretaba su pecho contra mi espalda y me rodeaba con los brazos, era como si me encontrase en el lugar más seguro del mundo, donde nada ni nadie podría lastimarme jamás. Moría dentro de sus ojos, cada vez que nuestras miradas se topaban me perdía en el infinito de sus pupilas; llegando a darme miedo de no ser capaz de apartar la vista de ellas nunca más. Anhelaba tenerlo dentro de mí y poder estar todo lo cerca de él que la física nos permitiese. Siempre que formábamos un único cuerpo bailando al unísono, deseaba que el tiempo se detuviese y así poder contener esa sensación de éxtasis y gozo eternamente.

Me desperté sobresaltada, excitada y acalorada. Eran muchas las noches que soñaba y añoraba nuestros encuentros, los que cada día eran más reales

en mi imaginación y más lejanos en mi realidad. Desde que regresamos no había vuelto a tener noticias de ninguno de mis hombres, algunas noches mi mente decidía escaparse y evocar recuerdos, unas de Adam y otras de Jim.

Me encontraba en ese momento de mi vida en el que para descubrir si realmente tenía bigote, pasaba los dedos por la parte superior del labio, y si me pinchaba, era que me tocaba una desafortunada visita a Lilo... Ese instante en el que los excesos pasaban factura a mis bragas y, al subirlas, se enredaban en mis muslos y se me quedaban atrapadas a mitad del recorrido hechas un <sup>[3]</sup>guiñapo. Ese periodo de tiempo en el que seguía sin saber qué hacer con lo que me quedaba de existencia. Lo peor de todo era que mi corazón continuaba dividido en dos, y lo más gracioso de todo que no sabía si algún día me aclararía.

El indicador de email de mi nuevo teléfono vibró, mostrando que me había llegado alguna nueva publicidad, hacía tiempo que nadie me contactaba por esa vía. Desde que había dejado la columna de consejos románticos del diario, mi vida social en las redes había caído vertiginosamente. Continué tumbada un rato escuchando el oleaje del mar, intentando no pensar en nada que no fuese fusionarme con el colchón.

Por la tarde, la batería del dichoso móvil gruñendo para ser cargada me despertó de nuevo. Al levantar la pantalla vi el e-mail que me había llegado en la mañana, y decidí abrirlo con la intención de borrarlo.

*Señorita Ariel,*

*Soy la directora de la revista Yensid. Me pongo en contacto con usted para pedirle que esté esta tarde a las siete y media en nuestras oficinas y tener una reunión. Nos gustaría contar con usted para un puesto de reportera.*

*Atentamente, Úrsula.*

Los ojos se me abrieron como platos, faltaban tres horas para las siete y media. Me incorporé de un salto y vacié el armario buscando algo formal que ponerme. No podía creer lo que acababa de leer: la revista Yensid era una de las más famosas, se trataba de una apuesta digital en la que trataban desde prensa rosa hasta reporteros infiltrados en sectas para desmontarlas. Era la oportunidad que tanto había estado esperando, si me paraba a pensarlo con frialdad, esto era justo lo que mi cabeza necesitaba; una tregua y estar

sumergida en un nuevo trabajo.

Finalmente escogí una falda de tubo rosa pastel, una camiseta blanca de tirantes, unos tacones y un bolso a juego. Me peiné con una coleta alta, no me daba tiempo a nada más elaborado si quería llegar a la hora, me pinté de forma discreta, me monté en mi destartalado vehículo con los zapatos en la mano y conduje descalza todo el trayecto escuchando el disco de *Arena en los bolsillos* de Manolo García. Cantar a todo trapo siempre conseguía relajarme, pero tuve que contenerme un poco. Si continuaba sudando como lo estaba haciendo, cuando llegase a las oficinas, mi olor no iba a ser lo que se dice demasiado atrayente...

La zona en la que se encontraba el edificio de la revista Yensid estaba justo en el centro de la ciudad, aparcar allí no sería nada divertido. Quedaban diez minutos para las siete y media, ya había dado tres vueltas a la manzana sin éxito alguno y mis glándulas sudoríficas estaban volviendo a parecer las cataratas del Niágara.

Levanté la vista desesperada buscando un maldito aparcamiento cuando a unos cien metros vi salir un coche negro, estacionado casi al lado de la puerta. Volví a mirar el reloj, aún me quedaban siete minutos, aceleré para que nadie me lo quitase y en ese momento la pantalla de mi teléfono se iluminó. El nombre de Jim apareció de pronto en ella dejándome completamente bloqueada, lo siguiente que recuerdo es un estruendo y un dolor terrible de cabeza seguido por un humo negro proveniente de mi capó.

—¿Estás borracha, ciega o te han dado el puto carnet en la tómbola?! — Escuché que alguien me gritaba desde el exterior. Aún mareada, salí tambaleándome con una terrible presión en la sien derecha, llevé mi mano hasta el foco del dolor y al bajarla y comprobar que estaba cubierta por un líquido carmesí, la visión se me nubló y caí al suelo de rodillas—. ¡Llaman a una ambulancia! —ordenó la misma voz que me acababa de insultar hacía tan solo unos segundos.



Tenía la boca seca, olía a limpiador desinfectante a mi alrededor y escuché la preciosa voz de Jim a mi lado. No quería abrir los ojos, aquello tenía que ser un sueño, porque ¿cómo de otra forma estaría él en el faro?

—¿Qué voy a hacer contigo?

Sentí una caricia en la mejilla y un beso tierno en los labios.

—¿Cómo está!? —Ese portazo y esa voz fueron inconfundibles y me

devolvieron a la realidad.

—El médico dice que bien, tan solo ha sido una contusión que le dejará una cicatriz para recordarle que no debe despistarse cuando conduzca.

—Creo que eras tú el que me estaba llamando precisamente —me defendí abriendo los ojos y cogiendo a Jim por sorpresa.

—Sí, mucho me temo que esta vez he sido el culpable —respondió sonriéndome. Adoraba su sonrisa y sus ojos de niño.

—¿Qué hora es? —dije sobresaltada en cuanto mi consciencia comenzó a volver.

—Las nueve de la noche, tendrás que estar hoy en observación —me respondió Mérida—. ¿Se puede saber qué haces en la ciudad y por qué no me has dicho que venías?

—¡¡Mierda, me he perdido la entrevista!! —me lamenté—. Tenía una reunión en la revista Yensid.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —se alegró mi amiga.

—Sabes que no he ido a esa cita, ¿verdad? —le recordé.

—Ve mañana con un parte médico como cuando faltas al colegio, a lo mejor lo entienden —intentó consolarme.

—Os dejo tranquilas, me alegro que estés bien —dijo de pronto Jim, levantándose y dirigiéndose a la puerta.

—¿Te vas? —le pregunté abatida. Esperaba que ya que estaba allí pudiésemos hablar.

—Sí, me están esperando, lo siento. Ya nos veremos, suerte con esa entrevista.

Lo conocía lo suficiente como para saber que algo le llenaba la cabeza, hacía meses que no me llamaba... «y en el mismo día lo hace y ¿luego viene a verme al hospital? Aquí hay gato encerrado.»

—¿Quieres que te acompañe mañana al edificio ese a ver si consigues otra oportunidad? —se ofreció Mérida mirándome preocupada.

—Sí, claro. ¿Por qué estaba Jim aquí?

—Miraron en tu teléfono y llamaron a la última persona que te contactó, ya luego él me avisó a mí. Es majo el muchacho, mira que dejarlo escapar.

—No estoy ahora mismo para sermones —me quejé.

Di la vuelta y deseé dormirme pronto para que las horas transcurrieran lo más rápido posible.

Fuimos a casa de Mérida y me prestó algo de ropa para estar medio decente. La convencí de que se fuese a trabajar y que me dejase uno de sus

coches, no sin antes hacerme jurarle que tendría mil ojos con él. Tenía la herida de la cabeza tapada con una antiestética gasa que se veía a kilómetros de distancia, pero necesitaba ese trabajo, y ahora más que nunca; ver a Jim había removido mis sentimientos, y no podía quitármelo de la mente.

Entré con paso decidido dispuesta a conseguir hablar con la tal Úrsula y obtener ese puesto. Después de todos estos años escribiendo en un diario de pueblo me lo merecía.

Tenía las típicas puertas giratorias de cristales de los hoteles que salían en las películas. Detrás de un gran mostrador blanco y gris había una chica de unos veinte y pocos años hablando sola, me acerqué, le puse mi mejor sonrisa y me presenté.

—Buenos días. Ayer tenía una reunión con Úrsula, pero me fue imposible asistir. ¿si fueses tan amable de decirle que Ariel está aquí?

—Claro, por supuesto.

—Mil gracias.

—Y luego dirás que no te estás tirando al jefe de personal, eres como las otras, lo único que quieres es liarte con el socio capitalista y quitarle el dinero.

La respuesta que me acababa de dar aquella anoréxica siliconada me dejó de piedra, ¡pero quién puñetas<sup>[4]</sup> se creía que era para hablarme así! La cabeza me iba a explotar y lo último que me apetecía era escuchar cómo una niñaata aventajada me insultaba sin venir a cuento. Estiré el brazo, la cogí de la solapa de la camisa donde llevaba colgada la identificación y la leí en alto.

—A ver si nos vamos entendiendo, señorita Drizella, te he dicho que llames a Úrsula y le digas que estoy aquí, quien se meta o se deje de meter en mis bragas no es asunto tuyo.

La chica se puso blanca y me miró como si fuese la primera vez que reparaba en mi presencia.

—¡Anastasia, llama a seguridad, hay una loca que quiere pegarme! — gritó, quitándose un cacharrito del oído y haciéndome sentir más ridícula que en toda mi maldita vida. La solté rápidamente al darme cuenta del error e intenté explicarle lo sucedido, pero justo al segundo siguiente, un par de gorilas llegaban corriendo por las escaleras, porra en mano incluida y venían directos hacía mí. Mi instinto de supervivencia hizo que corriese a la salida, y mi querido Murphy actuó de nuevo haciendo que, cuando yo iba a entrar en uno de los separadores de la puerta giratoria, alguien intentase salir. Ambos nos golpeamos y caímos al suelo, concediéndoles el tiempo que necesitaban

los matones para atraparme. Me levantaron del suelo, pataleé y les dije mil improperios, hasta que la persona que acababa de fastidiarme la huida habló.

—¡Soltadla!

—Pero, señor Rider —intentó objetar uno de ellos cuando le propiné un codazo en sus partes nobles, en el momento en el que soltó su agarré. El otro, como respuesta, me atizó con la porra de goma en la espalda, dejándome seguramente un moratón considerable y haciendo que cayese de rodillas del dolor. Solté un alarido que en aquella mega entrada descomunal se repitió con eco y se esparció por todo el dichoso edificio.

Todos los trabajadores salieron de sus oficinas y se asomaron a la balaustrada que tenía justo sobre mi cabeza. El tipo que había intentado detener a los seguratas me tendió la mano para que me incorporase, le di un manotazo y se la rechacé, notando por segundos cómo toda la sangre de mi cuerpo se acumulaba en mis mejillas. El rumor de la gente hablando, cada vez era más fuerte. Me levanté y me topé con una mirada de preocupación de un joven de no más de treinta años, con unos preciosos ojos azul cielo, un pelo castaño con flequillo, apuesto mentón pronunciado y bíceps del tamaño de mis tetas. Que aquel adonis estuviese frente a mí, no ayudó mucho a que mi tono gusiluz<sup>[5]</sup> se relajase. Le di un empujón y salí de las instalaciones corriendo en dirección al coche de Mérida, antes de que me llevasen presa y tuviese que volver a llamar a Eric, quien desde mi última entrada en comisaría no había vuelto a tener noticias.

Me monté en el coche, aceleré y salí derrapando del aparcamiento con la mala suerte de que en mi escapada le di al vehículo que estaba estacionado al lado. Lo único que esperaba era no haberle hecho nada al amor con ruedas de Mérida o estaría metida en un lío de narices. Miré por el retrovisor y vi la silueta del tal Rider mirando cómo me alejaba, y a una esbelta mujer a su lado con el pelo pintado de lila.

Llegué a casa de Mérida abatida y sin muchas ganas de hablar, pero ella ya estaba en el sofá impaciente, esperando a que le contase si me habían dado el trabajo, hasta que vio mi cara.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó antes de que pudiese mentirle.

—Pues que no me lo han dado —abrevié.

En esos momentos la televisión estaba puesta sin volumen y en las noticias salió en primera plana la cara de la niña que había formado todo aquel desastre. Cuando la reconocí, creí que mis ojos se saldrían de las cuencas. Agarré el mando y le di voz, y entonces todo fue a peor.

«Una loca entró e intentó agredirme y luego golpeó al Señor Rider, tirándolo al suelo para después dejar sin sentido a uno de nuestros jefes de seguridad. No sé cómo sigo viva».

—¡¡Será puta!! ¡¡Eso no fue así!! —grité, dejando muda a Mérida.

—¿Qué has hecho qué?

—Te prometo que eso está totalmente sacado de contexto.

A Mérida le dio tal ataque de risa que terminó por caerse del sofá, le arrojé todos los cojines que tenía cerca, pero no contuvieron sus lágrimas.

—¿Salimos esta noche y así te desmelenas? —me preguntó aún roja.

—Sinceramente, en estos instantes es lo mejor que me podías haber propuesto.

Intentamos quedar con las demás, pero no hubo forma. Blanca tenía el teléfono apagado; Aurora estaba de viaje buscando una especie nueva de algún insecto extraño; Bella se había ido al extranjero con su nuevo y perfectísimo marido; y Jazmín seguía en su ciudad natal y tardaría en regresar. Mérida prometió llevarme a un bar nuevo que habían abierto, donde no iría nadie que nos conociese y podríamos hacer lo que nos diera la gana, sin temor a salir en las noticias al día siguiente. Esto último lo dijo con cierto retintín y guiñándome un ojo debido a mi aventura mañanera, pero solo pensar en alcohol y música, hizo que me relajase un poco y que incluso me hiciese gracia la escena.

—¿Metiste el coche en el garaje?

—Claro, pero ¿por qué no vamos dando un paseo?

—Ariel, ¿qué le has hecho al coche?

—Nada, te prometo que te mueras que nada.

Entonces Mérida salió corriendo escaleras abajo hasta toparse con la cruda realidad de un arañazo de unos veinte centímetros en el lado derecho de su precioso vehículo.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez.

—Fue sin querer.

—Once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte.

—¿Eso quiere decir que ya no salimos?

—Veintiuno, veintidós, veintitrés, veinticuatro...

—¡¿Quieres dejar de jugar al escondite y contestarme?!

—Ariel, cualquier día de estos se me va a ir la cabeza y la tuya va a rodar —dijo por fin, respirando profundamente por la nariz, y soltando el aire por

la boca como si estuviese en el paritorio.

Estuvimos en silencio los quince minutos que tardamos en llegar a nuestro destino, preferí no decir nada que pudiese molestarla más, por varias razones: no tenía coche, el mío estaba en el taller, no tenía dinero y las llaves del piso de Adam estaban en el fondo del mar, junto a mi bolso. Es decir, como me echase de su piso a ver dónde cojones me quedaba...

La verdad estaba que el bar estaba muy bien, si no se tenía en cuenta que la cola le daba la vuelta a la manzana, y que las chicas que había delante de nosotras eran todas sacadas de revistas. Eso hizo que a Mérida le mejorase el humor considerablemente y que, si quería ligar con alguna, tenía que empezar a sonreír, aunque fuese por echar un polvo. Casi no me notaba el hombro donde el grandullón me había dado el porrazo, no le dije nada a ella porque estaba segura de que se seguiría burlando de mí, pero en el espejo de la ducha me lo vi y aquello parecía el mapa de Europa con tonalidades entre violetas, azules y verdes. Alguien me dio unos delicados golpecitos justo en medio de donde debería de estar Italia en mi nuevo tatuaje, poniéndome de una mala leche impresionante. Cuando me giré casi con la misma cara de la niña del exorcista, y me crucé con la mirada de Adam, mis rodillas comenzaron a temblar.

—¿Queréis entrar conmigo? —se ofreció.

—No hace falta —casi le escupió Mérida. Adam nunca había sido santo de su devoción, ella era más *team* Jim y no se preocupaba en ocultarlo. Le di un disimulado pellizco en el brazo.

—Hola, Adam.

—Ariel, no sabía que estabas de vuelta.

—Tampoco es que la hayas llamado para comprobarlo...

—¡Mérida!

—No pasa nada, es cierto, siento haberos molestado. Me gustó verte —se despidió, se agachó, me dio un beso en la mejilla y perdí de vista su silueta en la oscuridad del garito, quedándome totalmente hecha polvo.

—Ya me lo agradecerás algún día y, si no, te jodes por arañarme el coche —soltó con una sonrisa maquiavélica. Aunque intentaba hacerse la mala, de sobra sabía que en el fondo lo había hecho por mí, ella mejor que nadie conocía nuestra historia y lo mal que lo había pasado, y que lo seguía pasando, a lo mejor mi amiga estaba en lo cierto y debía pasar página. Lo que me resultaba extraño era lo de Jim, no había vuelto a llamar y su salida acelerada del hospital después de besarme a hurtadillas no encajaba.



La discoteca era más grande de lo que parecía desde fuera, lo cual fue un alivio porque así no tendría que cruzarme con Adam de nuevo. Hice lo que siempre hacía cuando llegaba a un antro nuevo, ubicar la barra y escoger el sitio en esta más cercano a los servicios, por si tenía que salir corriendo. Nada más sentarme, Mérida se fue a dar una vuelta, con vistas, como buena depredadora que era en busca de su víctima, no sin antes dejarme dinero suficiente para un taxi y para copas, demasiado para que lo gastase en una noche sin cogerme un coma etílico... Supuse que se sentía culpable por lo de Adam y esa era su manera de resarcirse, así que tampoco me quejé.

Efectivamente, tras media hora y dos copas, Mérida ya había desaparecido, pero siendo sincera, casi lo preferí, esa noche necesitaba estar sola. El ridículo que había hecho en mi supuesto futuro lugar de trabajo ideal había sido tan grande que no me atrevería a regresar, lo que quería decir que de nuevo estaba sin blanca, sin saber qué hacer con mi vida y soltera.

Aquella nueva visión de mi futuro hizo que acelerase el ritmo de alcohol ingerido y, a la hora de estar allí, ya llevaba una borrachera considerable. Me entraron ganas de bailar, pero ahí llegaba el incómodo momento en el que una mujer sola no tiene claro qué hacer.

«Si te pones en medio de la pista, seguro que algún baboso se pone delante y empieza a rozarse la cebolleta; si te pegas a la pared y bailas, es peor porque entonces, si te dan la lata, no tienes ninguna vía de escapatoria». Así que, después de planteármelo un rato, decidí salir a fumarme un par de cigarros.

Por lo visto, en la parte trasera había una especie de patio para fumadores con barra incluida. Me senté de nuevo en una esquina y de pronto se me pasó por la cabeza la opción de que Jim estuviese con otra, después de todo habían pasado varios meses y yo había sido quien lo había dejado.

Levanté la cabeza a ver si encontraba a Adam y, efectivamente, en una esquina estaba tonteando con una rubia unos diez años menor que yo, tampoco podía reprocharle nada, también lo abandoné a él. En ese momento me sentí completamente sola y vacía. No pude evitar que las lágrimas rodasen por mis mejillas y terminasen cayendo en mi mano, emborronándola con el rímel negro, o lo que quedaba de él. Sentí que alguien se sentaba a mi lado y me acercaba una servilleta, la cogí sin mirar y me soné la nariz como si no hubiese un mañana, justo cuando la dichosa música dejó de sonar. Otra marca más de ridículo en mi amplio currículum no me molestaba a estas alturas, pero la risa de mi nuevo acompañante sí que logró sonrojarme.

—¿Siempre eres así? ¿O solo haces méritos cuando estoy yo delante?

Solo lo había oído hablar una vez, pero ese instante no lo olvidaría en la vida. Tragué saliva, suspiré hondo, me agarré la cabeza con una mano apoyando el codo sobre la barra y la giré lentamente para enfrentar su sonrisa.

—Estoy haciendo méritos para que me contraten en tu empresa —sonreí.

—Pues perdona que te diga, pero lo llevas regular. Primero, casi destrozas el coche de Úrsula; segundo, agredes a dos de mis empleados; y tercero me tiras al suelo.

—Bienvenido a mi vida.

—Me gustaría conocer un poco más de esa vida —dijo cogiéndome por sorpresa, terminando la copa de un trago y encendiéndose un cigarro.

En ese instante mi único pensamiento fue: «¡De las tres malditas bragas que traía el paquete, por qué me tuve que poner las feas!»

## *Capítulo dos*

### *La infiltrada*

Verlo sonreír me hacía sentir extraña, una confusa sensación de ASMR<sup>[6]</sup> recorría mi espalda con tan solo contemplarlo. Tenía un brillo especialmente añorado en la mirada, estaba segura de que le sacaba más de diez años y que para él, seguramente, tan solo fuera la abuela de Heidi o, peor, un mero entretenimiento pasajero. Después del tiempo que llevaba sin practicar sexo, estaba empezando a plantearme si mi himen se habría regenerado, y la sola idea de acostarme con aquel Adonis personificado, poder acariciar los músculos de su pecho, hacía que tuviese contracciones entre las piernas y sudores fríos.

—¿Por dónde quieres que empiece a contarte?

Justo cuando finalmente me decidí a tontear con él —ignorando tanto la abismal diferencia física que existía entre nosotros como el contraste de edad —, un vaso voló peligrosamente cerca de mi cabeza y a continuación unos gritos, seguidos de más cristales rotos junto con una estampida general del precioso patio, hicieron que recordase que el Karma seguía ahí acechando; no fuera a ser que alguna maldita vez las cosas resultaran como las planeaba.

Rider se levantó y me cubrió con su cuerpo como todo un caballero y, en el momento en el que noté sus pectorales presionar mi espalda, la batalla campal que se había formado detrás de nosotros desapareció de mi mente; por unos segundos, para mí, solo estábamos los dos. Hasta que por el hueco que quedaba libre entre su brazo y su costado distinguí la familiar silueta de Adam, intentando defenderse de dos matones que le sacaban dos cabezas, mientras la rubia con la que se estaba liando solo unos instantes antes gritaba a uno de ellos que se detuviese. Un feo corte sobre su ojo izquierdo sangraba de manera escandalosa y teñía de rojo su preciosa y delicada cara. Suspiré, me quité a Rider de encima dejándolo sorprendido e imité a Mérida rezando porque me saliese igual de bien que a ella: cogí una botella, corrí hasta donde se encontraban y, pillando desprevenido a uno de ellos, se la rompí en la cabeza con todas mis fuerzas, dejándolo en el suelo inconsciente. Cómo no, el contenido de la botella era vino y mi glamour se acababa de ir al bar de la esquina, quedando toda mi ropa a parches.

Adam aprovechó el desconcierto del agresor que quedaba en pie, le asestó un puñetazo en la nariz y lo dejó viendo pajaritos el tiempo suficiente para que pudiésemos escapar. Me agarró la mano, tiró de mí y me sacó de allí como alma que lleva el diablo. En mi huida tan solo pude lanzar una furtiva mirada a mi espalda y vislumbrar por el rabillo del ojo a Rider anonadado, viendo cómo hacía de novia a la fuga, perdiendo de nuevo cualquier posibilidad de entrar en Yensid y ahora, además, de tener a aquel encantador jovencito entre mis piernas.

Entramos en uno de los cochazos de Adam a toda carrera, el corazón se me iba a salir de la boca y podía notar cómo el pecho se me levantaba con cada respiración, correr nunca había sido lo mío, a veces podría jurar que en otra vida fui un pez y que en este las piernas me sobraban. La ceja de Adam continuaba sangrando, él se quitaba con la manga de la camisa la sangre del inundado ojo, hasta que de pronto perdió el conocimiento y la cabeza se le cayó sobre el volante.

—¡¡Aaaaam, despierta!!

El coche hizo un giro brusco al quedarse sin conductor y por unos segundos volví a temer por mi vida. Justo antes de estrellarnos contra un semáforo, Adam recobró el conocimiento, dio un volantazo esquivando el impacto e hizo que casi me mease encima. Gracias al cielo estábamos cerca de su ático, así que lo convencí para que detuviese el coche y conduje hasta el parking, rezando porque no se volviese a desmayar ante la negativa por su parte de llevarlo a un hospital.

Tanto el ascensor como la moqueta de este quedaron cubiertos de salpicaduras de sangre y vino. En cuanto llegamos al ático, y las puertas se abrieron, tuve ante mí una visión totalmente diferente a la de mi recordado piso encantador y romántico. Todo estaba tirado, en la isleta de la cocina había platos sucios y el lugar olía a basura. La ropa estaba dejada caer en cualquier parte y unas docenas de botellas de vino vacías, junto con ceniceros llenos de colillas, hacían de trampas mortales en la ya no impoluta alfombra blanca.

Lo subí como pude por las escaleras para dejarlo en la cama, no tenía claro si largarme corriendo de allí e implorar perdón al futuro padre de mis hijos — si no estuviese menopáusica perdida—, pero en cuanto lo dejé caer sobre el colchón e hice el amago de marcharme, mis ojos se toparon con el único retrato que estaba en pie en la pequeña cómoda, frente a mí había una foto mía de poca calidad de cuando estaba en el instituto y abajo una rosa fresca.

Creo que aquello era lo más tierno y lo más macabro que había visto en mi vida, porque que yo sepa las flores se les ponen a los muertos, pero a lo mejor él la colocaba allí como señal del fracaso de nuestro amor, el caso es que no tenía ni idea. Mi cabeza giraba vertiginosamente sin saber si irme o quedarme, hasta que oí un sollozo en un tono casi inaudible.

—Ariel, perdóname.

Al mirarlo vi una pequeña lágrima que recorría su mejilla, Adam tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad, no podía abandonarlo en aquel estado. Me consideraba una mala pécora, pero algo quedaba aún dentro de mi corazón.

Le limpié la herida y le puse unas antiestéticas tiritas pegadas a una gasa para que aguantasen la hemorragia, sin embargo, pese a mis esfuerzos de enfermera improvisada, estaba segura de que aquello le dejaría una cicatriz. Le quité la camisa intentando no mirar su pecho, ni su abdomen, me deshice de sus zapatos y me tumbé a su lado luchando por no dormirme para controlar que siguiese respirando. No había dado tiempo a que le diesen muchos golpes, pero visto lo visto, prefería no despistarme.

El olor a café recién hecho hizo que mi estómago rugiera y por un momento me sentí desorientada. Cuando abrí los ojos y volví a ubicarme, me senté de un salto buscando a Adam sin encontrarlo. No recordaba cuándo me había dormido, pero estaba claro que como vigilante de seguridad tampoco iba a ganarme la vida. Bajé las escaleras y de espaldas, entretenido y canturreando con la escoba en la mano y una bolsa de basura de comunidad llena en una esquina del salón, estaba Adam, con un pantalón de pijama gris, sin camiseta, dejando el piso impoluto.

—¿Café? —dijo sonriéndome nada más verme.

Asentí con la cabeza y me senté en el sofá.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté en cuanto estuvo a mi lado con la humeante taza.

Adam se ruborizó, se sentó conmigo, dejó caer la cabeza sobre mi regazo y se tumbó ocupando todo el largo de los asientos restantes, con la mirada fija en un punto en el techo.

—¿Sabes que Bella se casó y se marchó?

—Sí, pero no pensé que te sentaría tan mal...

—Se llevó a mi pequeño con ella, y hace un tiempo que lo único que sé de él es por teléfono o mensajes. Lo echo mucho de menos, sé que no era mío realmente, pero lo quiero como si lo fuese. Ellos ahora son una familia real en

la que yo no encajo en ninguna parte. —Escucharlo tan abatido e indefenso me partía el corazón—. Y luego tú también te fuiste y mi mundo dejó de tener sentido.

No pude controlar mis instintos y me incliné lo suficiente hasta quedar a escasos centímetros de su boca, él se incorporó lo justo como para que nuestros labios se rozasen, juro que casi pude notar una descarga eléctrica. Se bajó del sofá, se colocó delante de mí de rodillas, me miró a los ojos y me sostuvo la barbilla.

—Adam, yo...

No me dio tiempo a decir nada más, para cuando quise darme cuenta su lengua abarcaba toda mi boca y giraba incansable, deseosa, sedienta de mí, y la mía hacía exactamente lo mismo, sin que yo tuviese ningún tipo de poder sobre ella. Me sujetó la nuca agarrándola con fuerza e introdujo sus dedos entre mi pelo, me tenía asida la cabeza como si fuese un balón que pudiera explotar si apretaba lo suficiente. Abrió aún más mis piernas con su cuerpo al levantarse y echarme hacía atrás, notaba como todo su peso recaía sobre mí sin el más mínimo miramiento. Una de sus manos apretó con fuerza mi pecho mientras que la otra seguía asegurándose de que mi cabeza no fuese a ninguna parte que él no quisiese. Era la primera vez que se mostraba tan agresivo, tenía su punto de morbo, pero a la vez me daba miedo esta nueva particularidad de mi hombre idílico y delicado. Bajó la mano hasta mis bragas y tras un tirón escuché el sonido de la tela rasgarse. Sin ningún tipo de sutileza ni de más preliminares sacó su miembro y me lo introdujo llenando toda mi oquedad, la misma que estaba empezando a secarse; las embestidas comenzaron a resultar dolorosas. Noté el líquido caliente dentro de mí y suspiré porque todo hubiese terminado. Como si de una muñeca de trapo se tratase, me recostó en el sofá tumbándose a mi lado, rodeándome con sus brazos. Esa no era la forma en la que quería regresar a ser activa sexualmente.

—Ariel, te quiero.

No fue hasta que no escuché su respiración lo suficientemente relajada, como para estar segura de que dormía, que me zafé de su abrazo y me fui descalza de allí con la ropa llena de vino de la noche anterior, sin ropa interior, con la vagina dolorida y el corazón destrozado.

Llamé a un taxi y le pedí que me recogiese en la puerta del parking para que nadie me viese de esa forma a plena luz del día. En el momento en el que me sentí segura dentro del vehículo, y le hube dicho mi destino, sin siquiera levantar la vista, comencé a llorar como nunca jamás lo había hecho antes.



Por la mañana me embutí unos vaqueros, me puse una camiseta ancha y recogí mi pelo en una cola alta, sin ni siquiera mírame al espejo. No me apetecía estar guapa, solo quería partirle la cara al mundo entero, estaba indignada, enfadada, dolida, ultrajada, decepcionada y, lo peor de todo, me sentía indefensa. No sé cómo reaccionaría la siguiente vez que lo viese, pero tampoco quería pensarlo, tan solo quería huir.

—Ariel, ¿estás segura de que quieres marcharte? Hay muchas más revistas que matarían por tenerte trabajando para ellas.

—Mérida, este no es mi lugar, necesito irme.

—Sé que algo te pasó esa noche que te dejé sola, sabes que puedes decirme cualquier cosa.

—No pasó nada, en serio. Es solo que quiero regresar a mi casa, a mi vida, a mi mundo.

En ese momento el teléfono sonó como otras tantas veces en esos días, Adam no había dejado de llamarme y de mandarme mensajes, no comprendía por qué no le respondía, para él lo que sucedió fue hermoso, mientras que para mí sería algo que nunca olvidaría.

—¿No lo coges?

—Se habrán equivocado. —Ya no sabía cómo disimular mi pena delante de mi amiga.

—Teléfono de Ariel, al habla su secretaria. —Mérida acababa de saltar por encima de la cama y descolgado mi móvil por mí—. Sí, perfecto, pero mejor a las ocho de la tarde, antes tiene otra entrevista... Gracias, se lo diré.

—¿Y?

—Eran los de la revista Yensid, tienes que estar a las ocho para otra nueva reunión, pero esta vez iré contigo. —La abracé y sollocé de nuevo—. Eso es un sí, ¿verdad?

—No tengo nada más que perder —le respondí entre aliviada y asustada.

Mérida me acompañó hasta el mismísimo mostrador donde estaba la paliducha becaria aventajada, mirándome con una expresión mezcla de curiosidad y miedo.

—Dile a tu jefa que la señorita Ariel la espera —escupió mi amiga a la chica con tono despectivo.

Nos hicieron esperar en un recibidor y a los cinco minutos llegó Rider, quien creo que a partir de ese momento sería señor Rider para mí, después de

lo de la otra noche...

—Úrsula la aguarda en su despacho. —Efectivamente, elegir a Adam en vez de a él fue una mala decisión.

La oficina de la dueña capitalista y socia mayoritaria de la revista era tal y como lo imaginé: tremendo, con una mesa de cristal, sillas de cristal que daba miedo sentarse en ellas, y más yo, y un enorme retrato de ella misma que ocupaba toda una pared.

Una pecosa secretaria nos abrió la puerta y anduve los quince metros que separaban a esta de la gigantesca mesa; no fue hasta que estuve justo detrás de ella que Úrsula se dio la vuelta.

Tenía el pelo corto y teñido de lila, con los labios pintados a juego. Usaba unos pantalones azules de pinza sueltos y una chaqueta de verano con medias mangas. La forma en la que miraba la cicatriz de mi cabeza, y fruncía el ceño, me daba un poco de miedo. Teniendo en cuenta que le había dado por detrás con el coche y que me escapé, no tenía claro si quería contratarme o denunciarme.

—Puedo explicárselo.

—Si necesitase algún tipo de explicación, no estarías aquí. Te voy a ser franca, Ariel, soy una mujer de negocios, quiero que trabajes conmigo de forma discreta, estarás en nómina, pero para el resto del mundo no formas parte de esta empresa. ¿Lo aceptas?

—¿Qué tendría que hacer exactamente?

—Nada fuera de la ley, quiero que investigues a ciertas personas. Es lo único que te puedo decir por el momento, ¿lo aceptas? —repitió.

—Sí.

—Toma este dossier, dentro tienes tus primeras instrucciones. Vivirás en un hotel, dentro están la llave y la dirección, y cobrarás en efectivo. Te repito por si no te ha quedado lo bastante claro: para el resto del mundo, nosotras no tenemos nada que ver.

Salí de allí con Mérida colgada de mi brazo, saltando y preguntándome insistentemente. ¿Por qué había dicho que sí? ¿No era mi día a día lo suficientemente complicado? Iba a tener que hacérmelo mirar.

Antes de entrar en el coche de Mérida, miré el alto edificio y en uno de los ventanales estaba asomada Úrsula, fumando, con Rider a su lado. Realmente, esa mujer me daba miedo.

En ese momento sonó el teléfono de Mérida y, como ella conducía, lo cogí yo. Era Blanca, estaba llorando y quería vernos. Hacía ya ocho meses desde



nuestro último encuentro, ella era de las personas que te inspiraban paz. Después de quedarse viuda, su vida cambió y se convirtió en la jefa de las minas de su padre, tal y como debió de haber sido siempre. Quedé en ir a su casa por la tarde.

—¿Me vas a decir qué ha pasado con el trabajo?

La miré y observé el enorme sobre marrón que reposaba en mis manos. Por un instante, pensé que se podría tratar incluso de una bomba. Vacíé el contenido de este en mi regazo y me puse a investigarlo: había tres invitaciones para un evento esa misma noche, las llaves de las que habló mi nueva y excéntrica nueva jefa, un móvil enano y un folio lleno de instrucciones. Mérida no comprendía nada y yo casi que tampoco.

—Todo esto huele mal, Ariel.

—Lo sé, pero ¿no tienes curiosidad? A las diez de la noche tenemos que estar en esta dirección.

—¿Tenemos?

—Hay tres invitaciones, es mi trabajo, son mis reglas, además me temo que Blanca necesita una noche de chicas, así que matamos dos pájaros de un tiro. ¿Quieres ver mi nueva casa? —le sonreí mostrándole la tarjeta del hotel.

El hotel era el más lujoso de la ciudad, teníamos la suite principal, era como mi faro multiplicado por tres o cuatro...

—¿A quién tienes que matar exactamente para que te hayan dado esto?

Estaba atónita. Los armarios tenían vestidos de fiesta, bolsos, zapatos, joyas y todo lo que jamás pensé que tendría sin tener que robar un banco. Me senté rápido en la cama y leí detenidamente el papel que me había dado Úrsula.

*Con el teléfono ha de hacerles fotos a estas dos mujeres. Tiene que averiguar sus horarios y sus intimidades. Hazte amiga de ellas.*

Al lado de los nombres venían unas fotos con las caras de las pobres a las que tenía que acosar. El caso era que me sonaban de algo, pero la televisión nunca fue lo mío, y si eran famosas no tenía ni idea.

—Te dejo disfrutar de tu nueva vida de lujos. Voy a recoger a Blanca y venimos a buscarte. Disfruta mientras no te meten en la cárcel ni nada de eso.

Tenía dos opciones: o me centraba en el trabajo e indagaba quiénes puñetas eran las dos mujeres o llamaba a Jim. No sabía por qué me apetecía verlo, no se me quitaba de la cabeza nuestro último encuentro. Respiré hondo, cogí el teléfono y tras algunos tonos lo descolgó y comencé a hablar sin dejarle hablar.

—Jim, sé que no tengo derecho a pedirte nada después de dejarte tirado en la fiesta, pero es muy importante; te necesito.

—Jim está en la ducha, ¿quién has dicho que eres? —la voz de una mujer me respondió curiosa. Mi instinto hizo que colgase inmediatamente y poner cara de asesina en serie, el problema era que me resultaba familiar. Me centré en los papeles que tenía delante e intenté no pensar en quién puñetas era esa mujer.

M. Reina era la primera foto que salía. Por lo visto, se trataba ni más ni menos que de la dueña de unos complejos hoteleros. Su fortuna había sido ganada de forma no demasiado limpia, expropiando a personas tras engañarlas y hacer firmar la venta de sus terrenos por mucho menos de lo que realmente costaban. Después de leer el currículum de la señora, se me quitaron un poco las reticencias de vigilarla.

La otra era una mujer con una mecha blanca en la cabeza, delgada, con pómulos marcados, largas pestañas y con los labios exageradamente rojos. Era una diseñadora de modas, pero no una cualquiera, tenía en su contra a todo *Greenpeace*; la ropa que hacía estaba hecha exclusivamente de pieles de animales, cuanto más extraños, y menos existieran de esa especie, más valorados estaban, solo de pensarlo se me revolvió el estómago. Si Aurora hubiera estado ahí, entraría en cólera.

El tiempo se me estaba echando encima y ya sabía más de lo que me hubiese gustado de esas dos energúmenas como para no tener escrúpulo ninguno, así que ahora tocaba divertirse un poco. Llené la mega bañera, abrí una botella de vino, me encendí un cigarro y me quedé allí metida hasta que empecé a parecer un garbanzo.

## Capítulo tres

### Los consoladores son peligrosos

Mérida y Blanca llegaron un poco antes de lo que pensé, les abrí la puerta y corrí a continuar arreglándome para que no me matasen.

—¡Entrad, juro que ya estoy terminando! —les grité desde el baño sin siquiera mirarlas.

—Ariel, creo que deberíamos hablar antes de ir a ningún sitio. —El tono serio de Mérida me preocupó. Volví al dormitorio, vi a Blanca pálida, con un chaquetón descomunal, sentada en la cama y a Mérida de pie con el ceño fruncido. Justo entonces, Blanca se incorporó y se desabrochó la chaqueta, dejando al descubierto un bombo monumental.

—¡¡Ostras!! ¿Y eso?

—Pues mira, papá se acuesta con mamá y papá le mete el nabo hasta la boca a mamá...

—Mérida sé de dónde vienen los niños, quiero decir que cómo, quién...

—¿Recuerdas al moreno que metiste en el capó? —dijo Blanca avergonzada.

—¿En serio? No había ninguno que no fuese jefe de la mafia ni nada de eso, ¿verdad?

—Ariel, Naveen es dulce y encantador, y le encanta darme masajes en los pies.

—Por lo visto no es eso lo único que le gusta hacer... —puntualizó Mérida, tocando la barriga de Blanca, quien se puso a llorar como una Magdalena.

—¿Y dónde está el señor micropene en estos instantes si puede saberse? —le dije abrazándola, intentando consolarla.

—Se ha tenido que ir del país por un tiempo —continuó diciendo Blanca entre sollozos.

—Estás con nosotras y no te vamos a dejar sola —le prometí—. ¿Estás segura de que quieres venir a la fiesta? Puede resultar peligrosa en tu estado. Sinceramente, no sé qué nos vamos a encontrar.

—Una noche de chicas le vendrá bien a ella y al monstruito —sonrió

*Mérida tirándole del brazo.*

Después de dar en la puerta las entradas, y de que nos registrasen de arriba abajo varias veces, ingresamos en una casa y nos condujeron a un sótano con poca luz y música de discoteca de cuando yo llevaba aparato en los dientes. Donde otras doce mujeres más esperaban impacientes, no tengo muy claro qué. Cuando pasaron diez minutos, y ya estaba empezando a desesperarme, apareció una muchacha pintadísima, con un escote que le llegaba hasta el ombligo, y por el que casi se le podían ver los pelillos muelles, con una enorme maleta negra.

Un foco la alumbró a ella directamente y el resto de las luces del cuarto bajaron la intensidad. Todas aquellas mujeres se pusieron a saltar. Empezaba a pensar que nos habíamos equivocado y estábamos en una fiesta de lesbianas, cosa que a Mérida le iba a doler en el alma..., pero justo cuando mi mente empezó a divagar, la chica colocó la maleta sobre una silla, comenzó a sacar objetos eróticos de su interior y a colocarlos encima de una mesa que tenía enfrente. Los ojos de las tres se nos iban a salir de las órbitas.

—¿A qué coño de fiesta nos has traído, Ariel? —susurró Mérida.

—Ni idea, pero aún no he visto a las dos a las que tengo que vigilar.

Nos dimos la vuelta para escabullirnos de allí sin que nadie lo notase, cuando la comercial de nabos de plástico de colores alzó la voz y dijo:

—La señorita del pelo rojo, présteme su vagina.

«¡Tierra trágame!». Me habían dicho burradas en la vida, sin embargo, era la primera vez que me pedían una cosa así. Me estuve muy quieta intentando camuflarme con el entorno y rezando para que no se estuviera refiriendo a mí, pero no, era mi *toto* el que quería.

Todas las chicas empezaron a jalearme para que acudiera a la llamada de la loca vendedora y no tuve más remedio que darme la vuelta e ir. No sin antes robarle un vaso a una mujer que estaba a mi derecha y tomármelo de un trago. Gracias al cielo, mi suerte no era tan mala y la señora estaba bebiendo ginebra con tónica.

La cara de satisfacción de Mérida y de intriga de Blanca eran para grabarlas en video, pero casi prefiero no pensar en la que tenía yo en ese momento. Cuando me hube colocado delante de todas, la chavala siguió ridiculizándome.

—Tenemos a una valiente entre nosotras. Abre las piernas un poco, esto no te dolerá más de lo que duele una de verdad —me explicó sonriente, mientras acercaba a mis partes bajas una cosa con forma de mariposa lila y un

montón de cuerdecitas.

Esa noche me había dado por ponerme una camiseta ancha atada a la cintura con un lacito negro y unas mallas estrechas a más no poder, con las cuales seguro que sentiría perfectamente todo lo que esa tía con cara de lujuriosa quisiese hacerme. Obedecí y le cedí mi *toto* tal y como me había pedido. Ella se puso a explicar el funcionamiento de aquella cosa, cómo limpiarlo tras usarlo y lo maravilloso que era atártelo, tumbarte en la cama y simplemente darle a un botón para tener un orgasmo del carajo en tan solo tres minutos. Cuando la mariposita empezó a vibrar creí que me moría, intenté hacerme la dura, pero la mamona de la chica le subió la potencia y ya aquello no había quien lo soportase, tuve que encogerme para no soltar un gritito allí en medio. Solo deseaba que terminase pronto o me iba a morir de la vergüenza.

—Un fuerte aplauso para nuestra modelo. —«Bien, pensaba salir corriendo de aquel lugar de locas masturbadoras a la de ya»—. ¿Creéis que será capaz de superar otra de nuestras pruebas de iniciación o será una gallina y saldrá corriendo? —«¡La jodida niñata de mierda, además de ser una *guarrona* de campeonato, era telépata, por mi madre!».

Algunas de las allí presentes gritaron que sí lo haría; de entre todas las voces, la que más se escuchaba era la de mi querida y gran amiga Mérida a la que se la pensaba tener guardada de por vida, mientras que otras chillaban que no, que era una cagada. Tras escuchar eso, mi orgullo se antepuso a mi razón y acepté el siguiente reto. Entonces, a los lejos, vi a una de las mujeres; la señora M. Reina estaba disfrutando del espectáculo de lo lindo.

La niñata escotada —que cada vez me caía peor— cogió esta vez un huevo color rosa fosforito y se lo enseñó al público. Volví a separar las piernas para que lo colocase en el sitio, pero ella negó divertida con el dedo índice.

—No, no, no. Esta vez tienes que ir al servicio e introducirte esto dentro de tu vagina.

—¿En serio? —le pregunté. Pero el querido público ya me respondió por ella.

—¡¡Que se lo meta, que se lo meta!!

Empecé a pensar que estaba en una cámara oculta y que un presentador iba a salir de un momento a otro a decirme inocente o algo así. Tras esperar algunos segundos, y ver que nadie salía en mi defensa, cogí el huevo de las narices y me fui al servicio. Una vez allí cerré la puerta y dejé caer la cabeza

contra ella.

«¿Por qué, Dios mío? ¿Tan mala he sido en otra vida? Di la verdad, tú me odias, ¿a que sí?»

Me bajé los pantalones y mis preciadas bragas sobaqueras, le escupí un poco de salivita a la cosa ovalada para que entrase mejor, porque sin maromos de por medio y sin besitos aquello se iba a mojar un lunes...

Al entrar de nuevo en la sala, se hizo un silencio absoluto y todos los ojos allí presentes se clavaron en mi pelvis. La tía rara cogió un extraño mando del mismo color que el huevo que llevaba dentro a modo de *tampax* y, tras una risa maquiavélica, presionó todos los botones que el artefacto tenía. De pronto, empecé a bailar la jota y a dar saltitos sin poder hacer nada para evitarlo, el cacharro había comenzado a moverse como si tuviera vida propia y casi estuve a punto de correrme justo cuando a la puta esa le dio por apagarlo. Me cedió el mando y explicó al resto cómo funcionaba, esta vez sin pulsarlo, entre otras cosas porque para que se lo devolviese tendría que arrancármelo de la mano.

—Muchas gracias por participar. Te regalamos el huevo a control remoto para que lo uses cuando quieras. —Todas aplaudieron como si hubiese ganado una jodida maratón.

Regresé a mi sitio mirando al suelo. Mérida estaba a mi lado con las lágrimas saltadas y Blanca observaba el techo como si este estuviese a punto de derrumbarse. La comercial salida siguió pidiendo *totos* y en esta ocasión un montón de manos se pelearon por ser las escogidas para la siguiente prueba. Pero en vez de eso se apagó la luz durante un minuto y de detrás de una cortina salió un cachas cubierto de aceite y brillantina, llevando puesto tan solo un tapa rabos de leopardo y una pajarita, que me recordó demasiado a Jim y me deprimió para siempre. Subieron la música y otros tantos hombres semidesnudos surgieron de la nada con bandejas llenas de copas de alcohol, corrí hasta uno, le arrebaté la bandeja tras un gruñido de leona mosqueada y me bebí la mitad de su contenido casi de un sorbo, todavía con el aparato en mi interior.

El resto de mis compañeras de experiencia se animaron con la música y las feromonas del ambiente, todas las presentes terminaron descocadas bailando como locas, hasta Blanca movió el culo un poco. Uno de los chicos se acercó a mí y me comió la boca sin que me lo esperase, pero ya me daba un poco igual que me comiera lo que le diera la gana, mi grado de alcohol en sangre daba Rives positivo. Poco a poco el macizorro me fue empujando

hasta sacarme de la sala e introducirme en una especie de cuarto de la limpieza, donde me quitó salvajemente la camiseta. Yo le rompí la cuerdecita que sostenía el tanga que llevaba y me agaché a lamerle el gran miembro que me estuvo apuntando casi toda la noche. Él no me dejó hacerlo y me ayudó a levantarme —menos mal, porque no sé si sola hubiese podido—, me bajó los pantalones y me quitó las velas de barco que llevaba por bragas, me levantó una pierna y se la puso a la altura de la cintura arremetiendo contra mí con todas sus fuerzas. Al introducir su pene dentro de mí, soltó un gran grito de dolor y se cayó al suelo medio en coma; del extremo de su pito salía bastante sangre. El pobre muchacho solo sabía sostenérselo, encogido en el suelo, y gritar de dolor. Fue entonces cuando, con toda mi borrachera, recordé que todavía llevaba dentro el puto huevo de las narices, y que seguramente le había quebrado el miembro de por vida al pobre chaval. Me vestí como pude y salí de allí corriendo, pidiendo auxilio.

Al poco llegó una ambulancia y me preguntó qué había pasado. Si alguna vez en mi jodida vida había querido desaparecer, os aseguro que nunca fue con la misma intensidad que ahora mismo. Los enfermeros no podían creérselo y me hicieron contárselo uno a uno a los cuatro que venían en la maldita ambulancia. Mérida por su parte no dejó de reírse ni un minuto en todo el tiempo, Blanca solo sabía mover la cabeza de un lado a otro.

En cuanto la ambulancia se fue con el pobre muchacho, medio mutilado, casi inconsciente, me fui al servicio a deshacerme de la cosa esa, pero se ve que, al introducirme parte del pene, el cacharro también se había metido más de la cuenta en el túnel y no lo alcanzaba de ninguna manera; no había forma humana de agarrar la cuerdecita que llevaba para extraerlo. Asomé la cabeza fuera del servicio y llamé a Mérida.

—Psss, psss. Mérida. ¡Ven!

—¿Qué te pasa? ¿Nos vamos ya o vas a seguir cargándote machotes?

—¡Entra, coño! —La agarré de la mano y la metí dentro del baño conmigo—. No sale.

—¿El qué no sale? —me preguntó abriendo los ojos de par en par.

—¡La cosa, Mérida, no sale el huevo que tengo dentro del *toto*! —Creo que esto último lo dije un poco más fuerte de lo debido y escuché unas risas y un «¡No me jodas!» provenientes de donde se encontraban los lavamanos. La cara de Mérida entonces sí que fue un poema, mi amiga no sabía si reírse, llorar o sentarse en el suelo.

—¿Y qué quieres que haga?

—¡Cantarle una saeta, no te jode! ¡Sácamelo!

—¡Venga ya!, ¡¿en serio?!

Apoyé una pierna en el retrete y aspiré hondo, Mérida metió sus dedos dentro de mi vagina y se puso a hurgar como si fuese una boca de metro sin obtener resultado alguno.

—Ariel, tenemos que ir al hospital.

—No.

—Ariel, no seas cabezota, no hay más remedio, eso creo que ya va navegando por tu estómago. Vámonos ya, antes de que tengan que operarte, por Dios.

Le hice caso y las tres nos fuimos a urgencias. Mérida estaba disfrutando como una niña pequeña con un caramelo por la situación.

A la salida de la casa clandestina en la que nos encontrábamos, vi a Jim vestido de chofer fuera de una limusina negra y a M. Reina saludarle y entrar en ella. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron, él giró bruscamente la cabeza e hizo como si no me conociese. ¿Qué hacía allí? Desde luego, si Jim estaba de infiltrado, quería decir que aquello era más turbio de lo que pensaba en un principio, tan solo esperaba que no se hubiese enterado del altercado.

Cuando entramos en la recepción del hospital, escuchamos a dos enfermeras hablar divertidísimas.

—¿Has oído lo del pobre muchacho que ha venido con el pene doblado?

—Sí, criatura, si no lo llegan a coger a tiempo, en vez de empalmar para delante hubiera tenido erecciones apuntando al costado para el resto de su vida.

Me di la vuelta e intenté huir, pero Mérida me agarró por la camiseta y se dirigió a las dos señoras que estaban narrando mi peripecia.

—Disculpen. —Las dos se giraron y le prestaron atención—. El chico del que estáis hablando —continuó, y entonces quise que la tierra se abriese y me tragase para siempre.

—¿Sois familiares? —preguntó una de ellas.

—No, ella es la Lorena Bobbit en cuestión. Se le ha quedado un cacharrito dentro de sus partes nobles y no hay forma de sacárselo —explicó tranquilamente señalándome. Las dos enfermeras no sabían cómo reaccionar, se miraron y una de ellas fue corriendo en busca del médico de guardia.

«¡Que sea una mujer, por favor, me portaré bien el resto de mi vida, que sea una mujer, por favor, por favor!», recé en silencio con los ojos cerrados, hasta que escuché una voz femenina que me habló y suspiré aliviada.



—Sígame, por favor.

Otra enfermera venía a socorrerme con una silla de ruedas. Después de lo que le había hecho al chaval, del que tampoco sabía el nombre, supondrían que lo de andar no lo llevaba del todo bien. Justo a su espalda se aproximaba un rubio con bata blanca y ropa verde debajo, de alrededor de uno noventa de alto, unos espectaculares ojos color miel, dos hoyitos a ambos lados de la cara, un pelo perfecto, dientes impolutos, y milimétricamente colocados, y unas enormes manos que sujetaban un dossier de papeles. Me tocó el hombro, me miró y me dijo cortésmente:

—Bueno, veamos qué hay por ahí dentro. —Mérida hinchó los mofletes, intentando soportar el ataque de risa que le acaba de entrar a la muy zorra, me miró y me guiñó un ojo.

—Yo te espero aquí, Ariel, ánimo, que seguro que el doctor te tratará con cuidadito —. «Juro que cuando salgamos de aquí la mato...»

Me colocaron en un potro y me pusieron las piernas en los enormes brazos que eso tenía, el guapísimo doctor acercó una lupa y encendió una luz blanca como la de los quirófanos, casi metiendo la cabeza en mi interior. Desde mi postura solo escuchaba muchos: ejem, ajam, y vaya.

—Sí que se ha ido lejos —agregó.

—Le juro que puedo explicarlo.

Justo entonces una enfermera entró y cogió mi ropa que estaba sobre una silla para ponerla en otro sitio y poderse sentar en ella, con la mala suerte de que presionó el jodido mando que se encontraba en uno de los bolsillos externos del minibolso, haciendo que el cacharro vibrase en modo rápido sin esperármelo. Con el susto, encogí las piernas y le di una patada monumental al doctor, «eliminando de la lista lo de pedirle el teléfono», este reculó atrás mientras se agarraba su preciosa y sangrante nariz con ambas manos. La enfermera se puso nerviosa y no supo cómo reaccionar, tiró las cosas al suelo para ir a atender al hombre y el huevo de los cojones se paró.

Me senté como pude en la camilla bajando las piernas y lo miré mejor: en cuestión de segundos toda la zona de debajo de los ojos se le había puesto de un color azul violáceo y la hemorragia de su nariz continuaba activa. Ahora sí que quería morirme, pero textualmente. Si me hacía la muerta o me desmayaba, lo mismo se lo creían y me dejaban tranquila en la morgue.

—¡Lo siento, lo siento, de verdad, discúlpeme! Yo no quería, me llevaron a una fiesta, me cogieron de modelo, me tuve que meter la mierda esta, luego me emborraché y el chico intentó, y yo no me acordé, y ahora eso se ha

empezado a mover y no he podido... ¡Perdón! —titubeé y lloré a moco tendido a la vez.

—No pasa nada, no te preocupes, creo que he entendido algo de lo que me has dicho. Son gajes del oficio —me consoló el pobre hombre con voz de estar resfriado, sin soltarse la nariz e intentando sonreír, pero al hacerlo, uno de sus preciosos dientes saltó a mis pies, él se llevó la mano a la boca, se levantó y se fue corriendo de la sala, dejándome allí medio desnuda con el puto huevo todavía dentro, aunque al menos ya no vibraba.

Al cabo de un rato enorme en el que me cuestioné varias veces si vestirme y salir corriendo de allí, quedarme a vivir con aquello, ponerle un nombre y no volver a tener relaciones sexuales nunca más en mi vida, entró una mujer que me recordó bastante a mi depiladora personal, Lilo. Lo que no me trajo muy buenos recuerdos, y más teniendo en cuenta que tenía el «*pototo*» al descubierto.

La señora se dirigió a mi bolso, sacó el mando y lo colocó a buen recaudo, estaba claro que la habían informado de lo sucedido... Sin besitos ni nada introdujo unas pinzas en mi interior y se puso a buscar el cacharro, jalando fuertemente de él. Trasteó un rato y por fin logró sacarlo sonriendo victoriosa, me miró y me dijo:

—¿Se lo meto en una bolsita?

—No, gracias, puede tirarlo —respondí muy bajito.

—¿Cómo?

—¡¡Que lo tire!! —le repetí esta vez más alto de lo que debía.

La mujer se enfadó, tiró el objeto a la basura de forma despectiva y salió dando un portazo tras de sí. Me vestí corriendo y me fui intentando camuflarme con las paredes sin conseguirlo, porque con cada persona que me topaba del hospital, me miraba y se reía. Me iba a llevar más de un mes sin poder cerrar las piernas y ya de hacer guarrerías ni hablar.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó Mérida cuando me vio salir.

—No preguntes.

—¿Te has traído de recuerdo el cacharro?

—¡Vete un ratito a la mierda!

Blanca nos aguardaba dormida en el coche. Antes de entrar, alguien me tocó el hombro, cuando me giré y vi a Rider el mundo se me vino encima, había olvidado completamente que tenía que vigilar a las dos pécoras.

—¿Todo bien? Me han informado que ha estado una ambulancia en el lugar de la fiesta a la que tenías que ir.

—Sí, mi amiga Blanca empezó a sentirse mal y la trajimos al hospital —le mentí, señalando a mi embarazadísima amiga—, pero todo está bien. Gracias por preocuparte.

—Ven conmigo, Úrsula quiere verte.

Me despedí de ellas y me monté en el coche con Rider. Notaba cómo me miraba de reojo y sonreía de vez en cuando. Estaba segura de que sabía lo que había sucedido, el silencio me estaba empezando a agobiar y no terminábamos de llegar a nuestro destino.

—¡Dilo!

—¿Qué diga qué? —me preguntó divertido.

—¡Oh, por favor!, ya sabes a lo que me refiero. ¡La otra noche te di plantón y me fui con un loco al que estaban pegando una paliza, y hoy me han cogido de conejillo de indias y casi le troncho el pito a un musculitos..., el mismo que creo que se va a acordar de una servidora para el resto de su maldita vida!

Rider paró el coche en el arcén de pronto y se puso a dar carcajadas; era tanto lo que se estaba riendo que, cuando me detuve a mirarlo roja como un tomate e imaginé la situación desde su punto de vista, lo imité y reí hasta que los abdominales empezaron a dolerme.

—Te prometo que jamás he conocido a nadie que esté tan loca como tú.

—No soy yo, son el karma y Murphy juntos, que son unos hijos de la gran puta y no pueden ni verme.

—Te daré un consejo porque me caes bien: No sé qué te ha ofrecido Úrsula ni hasta qué punto la conoces, pero no te fíes de ella. Es una mujer fría, calculadora y no parpadeará si quiera si tiene que aplastarte para conseguir su objetivo.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Llegamos a una gran mansión a las afueras de la ciudad que estaba decorada con cosas referentes al mar. Había una estatua gigante del rey Tritón en medio de una fuente con sirenas bajo él, mirándole con rostros suplicantes mientras el señor barbudo las apuntaba con su tridente. No era la imagen que recordaba de la sirenita.

Úrsula nos aguardaba impaciente en el salón de la inmensa residencia.

—Rider, llegas tarde.

—Lo siento, madre —cuando dijo la palabra madre, me quedé bastante sorprendida. No hubiese imaginado que fuesen familia, y mucho menos que ella fuese madre de nadie.

—Úrsula, estoy cansada de decirte que me llames por mi nombre —le amonestó, haciéndome sentir bastante incómoda. Rider agachó la cabeza y se marchó en silencio.

—¿Has descubierto algo esta noche?

—Si no sé qué estoy buscando, será mucho más difícil encontrarlo —la encaré—. Pero después de investigar a las dos mujeres creo que no estoy detrás de un desliz ni nada parecido, ¿me equivoco?

—No, es algo más grande que unos simples cuernos, y prefiero que lo vayas descubriendo a medida que avances en la investigación. Aquí tienes un nuevo currículum con el que te infiltrarás en la empresa de Reina, quiero que seas su mano derecha y que hagas lo que sea necesario para conseguirlo.

—¿La policía sabe algo de todo esto? —le pregunté cuando ya me marchaba, como si se me hubiese acabado de ocurrir.

—No —respondió tajante.

Rider me esperaba en el coche jugueteando con el teléfono.

—¿A dónde la llevo, señorita?

—Al hotel, por una noche he tenido más sobresaltos de los que soy capaz de aguantar. —Rider intentaba mostrarse normal, sin embargo, algo le enturbiaba esa mirada juguetona que habitualmente tenía—. No sabía que fuese tu madre.

—No lo es, bueno, al menos, no para ella. Mi madre murió cuando yo nací, y Úrsula se casó con mi padre. Al poco él también murió y ella se hizo responsable tanto de mí como de mi fortuna.

—Perdona, la sutileza no es algo que me caracterice.

—No importa, la sinceridad sí es algo que valoro en las personas —me agradeció justo cuando llegamos al aparcamiento del hotel.

Un silencio incómodo surgió entre nosotros, se acercó unos milímetros más y se quedó aguardando, mirándome fijamente a los ojos. Me incliné intentando hacer exactamente el mismo recorrido que él, pero al doblarme, una punzada de dolor me recordó el estado en el que se encontraba mi vagina y, con todo el dolor de mi corazón, volví a dejar a Rider tirado. Le aguanté la cara y le propiné un sonoro beso en la mejilla a modo de premio de consolación.

—Muchas gracias. En cuanto tu madrastra te moleste otra vez, silba y acudiré en tu ayuda —bromeé antes de salir del coche, pero entonces él agarró mi brazo, tiró de mí, me besó en los labios y dijo:

—Silbaré. Buenas noches, princesa.

## *Capítulo cuatro.*

### *Blanca.*

Entré en la recepción del hotel dando pequeños saltitos como si fuese una quinceañera, con maripositas en la barriga incluidas. Me lancé con todo mi entusiasmo al ascensor y me pegué un cabezazo con alguien que salía tan ensimismado como yo. Levanté la vista, con la mano en la frente, justo en el mismo sitio donde ya tenía la herida aún sin cicatrizar, la misma que comenzó a darme punzadas, y de pronto se fue a tomar por saco todo el júbilo del momento.

—¿Ariel?

—Tenías que ser tú...

—Yo también me alegro de verte, sobre todo teniendo en cuenta que tu móvil ha decidido no devolverme las llamadas. —Junto a Adam estaba Reina, mirándome con un enorme gato blanco metido en el bolso, y le tenía puesto al animalito un vestido rosa con un ridículo tutú; me compadecí nada más verlo—. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, ¿y tú? —respondí intentando suavizar el tono de voz para no espantar a Reina. Si se suponía que tenía que ser su mano derecha, la cosa estaba empezando con muy mal pie.

—El señor B es socio capitalista de este hotel y un gran amigo mío —dijo Reina rápido, saltando como una fiera a defenderlo. «Segundo *round* perdido para Ariel.»—. ¿No nos hemos visto antes? Su cara me resulta familiar.

—Me lo dicen muy a menudo, tengo una cara bastante común —mentí, rezando para que no relacionase el incidente de hacía unas horas conmigo, aunque mucho me temía que por el tono mordaz que había usado eso era exactamente lo que acababa de suceder—. Mañana tenemos una reunión.

—¿Sí? —preguntó Adam intrigado. No sabía si me molestaba más que me estuviese fastidiando la estratagema o que se sorprendiese de que tuviera temas que tratar con esta estirada.

—Me han dicho que hay un puesto libre en su empresa.

—Pues no busques más, Reina, Ariel es la indicada, ella tiene todo lo que

necesitas en una ayudante personal. Hace tan solo un instante me decías lo poco que te gustaban las entrevistas de trabajo, así que ya lo tienes quitado de en medio. Yo respondo por ella. —Eso sí que acababa de sorprenderme.

—Confiaré en ti, pásate mañana por mi oficina y te daré las instrucciones pertinentes. Adam nunca me ha fallado y si lo hace sabe que se lo cobraré muy caro —respondió sonriéndole y agarrándolo del brazo.

La complicidad que había entre ellos era la de conocerse más que de unos simples negocios. Cada vez que descubría más cosas sobre Adam me daba más cuenta de lo poco que realmente lo conocía... A lo mejor no me equivoqué tanto al no escoger aquella noche.

No podía quitarme de la cabeza a la pobre Blanca, la verdad era que tenía el ojo clínico casi peor que el mío. Primero, se casa con un maltratador que le hace la vida imposible... Sí, vale, que al final terminó muriendo en un trágico accidente, pero se había ido a fijar en un capo de las drogas buscado en no sé cuántos países, con el miembro de un niño de cinco años y encima de color berenjena. Yo al menos fui feliz con Erik; poco tiempo, pero nuestra historia, hasta que metí la pata, fue de cuento de hadas. Me entristecía sobremanera recordar esa época, pero era cierto que, si no hubiera vivido todo aquello, hoy no sería quien soy. Todos los pasos que recorremos en la vida son para llegar a una meta, aunque no tengamos claro cuál.

Unos golpecitos en la puerta me devolvieron a la realidad del vacío y enorme dormitorio. Por muy pijo que fuese el lugar, mis costumbres seguían siendo las mismas de siempre; en cuanto llegué, me deshice del molesto sujetador, lo tiré donde primero cayó, y me puse un pijama comodísimo y feo de narices. Lo cierto era que, después de la experiencia con el huevo vibrador, no tenía pensamiento de que nada volviese a entrar en mi cueva en bastante tiempo.

Asomé la cabeza por la mini rendija que había abierto de la puerta y me topé con los nerviosos ojos de Jim, ataviado aún con el uniforme de chófer. Empujó la puerta y se escabulló dentro de la habitación, cerrándola tras de sí como si lo persiguiese un demogorgon<sup>[7]</sup>, con la respiración acelerada y sudando.

—¿Qué haces? —comencé a decir antes de que me pusiese la mano en la boca y me la tapase para que me callara. Jim me hizo señas para que no dijese nada y se puso a buscar algo por toda la habitación sin demasiado éxito, mientras yo lo miraba perpleja, intentando taparme el pecho, cruzándome de brazos para que no se me viese que me había entrado un poco de frío y mis

pezones lo demostraban—. ¿Se puede saber qué?

—No he podido resistirme, tenía que verte, mi mujer no se enterará de nada —me respondió elevando la voz, dejándome a cuadros sin dejar de poner patas arriba todo el dormitorio.

—¿Tu qué?

Jim sacó de la lámpara de la mesita de noche una especie de botón y me lo mostró sonriente, como el que acababa de descubrir oro en las obsoletas minas de Blanca; cogió un vaso y lo cubrió con él. Me quedé con cara de estúpida mirando el artilugio a través del opaco cristal, encogiéndome de hombros. Jim cogió su teléfono y puso una canción metal al máximo de lo que le permitía el aparato, me agarró de la muñeca y me llevó al cuarto de baño, cerró la puerta y la sonrisa que acababa de mostrarme desapareció en un segundo.

—No me he casado en estos meses, si es lo que quieres saber, pero sí que tengo pareja. —La noticia me sentó como si me hubiese apuñalado justo en el corazón. —¿Se puede saber qué diantres estás haciendo aquí?

—¿Perdona? ¡Eres tú el que está en mi dormitorio comportándose como un pirado!

—Ariel, tienes esa habilidad de meterte en la boca del lobo y ni siquiera darte cuenta. Dime, ¿cómo has terminado alojándote aquí precisamente?

—Es por trabajo.

—¿Qué trabajo?

—A ver, dejemos las cosas claras: primero, yo trabajo donde me dé la gana; segundo, no eres nadie a quien tenga que dar explicaciones; y, tercero, o posees secretaria que te conteste el teléfono mientras estás en la ducha o creo que el que realmente tiene algo que contarme eres tú.

La expresión de Jim se suavizaba a medida que me escuchaba, pero lo que noté que le sentó como un jarro de agua fría fue el último punto.

—Ariel, estoy infiltrado en una misión —respondió evitando el tema delicado—, no quiero que suceda como la vez anterior, ya ha habido suficientes malentendidos entre nosotros. Solo puedo decirte que tengas cuidado. Cuando me vaya, vuelve a poner el micrófono en la lámpara y así no levantaremos sospechas.

—¿Micrófono?

—No puedo decirte nada más. Si yo fuese tú, me iba de aquí inmediatamente y regresaba a tu tranquila vida en el faro —dijo esto último como si me estuviese lanzando un cuchillo.

—Pues da la casualidad de que no lo eres —le recordé, indicándole la puerta de salida y dando un portazo en cuanto la hubo cruzado.

Lo único que Jim me había dejado claro era que la policía estaba detrás de alguna de las tres mujeres que ahora formaban parte de mi entorno laboral. El problema fue que, en vez de asustarme como haría cualquier otra persona, a mí me excitaba descubrirlo antes que ellos. Esa noche me dormí y soñé con conspiraciones, con pistoleros del oeste y, para no mentir, con Jim en calzoncillos disparándole a Adam en la entrepierna.

—Señorita Ariel, tiene usted una llamada, ¿quiere que se la pase? —Me levanté de un salto buscando la voz femenina que acababa de hablarme y cogí un cojín a modo de arma por si tuviese que lanzárselo a alguien. Matarlo no lo iba a matar, pero lo mismo si se reía lograba escapar... No, no había nadie más allí—. Señorita Ariel, ¿le pasó la llamada?

La voz salía de un pequeño interlocutor que había en la pared, al lado del cabecero de la cama.

—Sí, por favor —le respondí con la boca todavía pastosa y llena de babas.

—Ariel, tengo que salir urgentemente, ven a mi dormitorio y te daré las tareas para hoy, no tardes porque Duquesa tiene que desayunar temprano —me gritó la desagradable voz de Reina, poniéndome de una mala leche impresionante.

Dudaba bastante que esta mujer tuviese hijos pequeños, los cuales, por cierto, se me daban como el culo; la maternidad y yo no fuimos creadas pensando la una en la otra, tan solo rezaba para que Duquesa fuese alguna adolescente problemática, con eso sí que podría lidiar, pero con bebés, pañales con cacas y mocos, no.

Me vestí rápida y subí al ático donde vivía mi nueva jefa. La puerta estaba abierta y dentro había cuatro mujeres corriendo detrás de Reina. Una, intentando tomarle medidas; otra, con una taza de café; la tercera, con un block anotando cada palabra que esta decía mientras hablaba por teléfono; y, la cuarta, que fue la que más se alegró de verme, llevaba al ridículo gato blanco, ataviado esta vez con un gorrito de dormir.

—Ariel, ya era hora —me amonestó como si hubiese tardado un siglo en vez de cinco jodidos minutos—, aquí tienes una lista con todo lo que debes hacer hoy. Nos vemos esta noche en una gala con la diseñadora Cruella. —Se paró, me miró con cara de asco y agregó—. Ponte algo decente.

La chica que cargaba al gato casi me lo lanzó, me dio una agenda rosa con piedrecitas y una megabolsa llena de cosas para mininos, me empujó fuera de



la habitación y me dejó en el pasillo con aquel animalito mirándome fijamente a los ojos. Justo entonces, me llamó Mérida al móvil, cuando fui a cogerlo la bolsa se me resbaló al suelo, el felino me arañó y acto seguido voló por el pasillo hasta el ascensor, quedándose dentro y observando cómo corría para atraparlo. Juro que el desgraciado tenía cara de satisfacción mientras veía cómo las puertas se cerraban en toda mi cara.

Bajé las escaleras saltando los escalones de dos en dos, deteniéndome en cada planta por si se abrían las puertas, hasta llegar a recepción sin aliento y con taquicardia. El ascensor estaba en la otra punta del vestíbulo y troté los metros que me separaban de él cuando un botones se cruzó en mi camino con un carrito lleno de maletas. Intenté esquivarlo gritándole que se apartara, pero el niño pajillero hizo caso omiso, se quedó petrificado al ver a una loca abalanzarse sobre él y terminamos el pecosito, las maletas y yo desparramados por el suelo. Cuando levanté la vista para no perder a Duquesa, me topé con unos zapatos negros de hombre, continué subiendo por unos pantalones de pinza, un cinturón de cuero negro, una camisa blanca, el jodido gato y, finalmente, la sonriente mirada de Adam.

—No me digas que se te cayó una lentilla —preguntó, acariciando al diablo de cuatro patas.

—Dame a esa bestia —respondí, ignorando la broma y arrebatándole al animal, que no tenía ningunas ganas de soltarse de él; era como Epi y Blas<sup>[8]</sup> en una cama de velcro, pero en gato.

—¿No crees que estás exagerando un poco?

—No. Además, se me ha olvidado darte las gracias por ayudarme a conseguir este importantísimo trabajo con tu amiga.

—Reina no le deja su mascota a nadie, tienes que estar orgullosa; solo intenta no perderla.

Decidí ignorarlo, me di la vuelta y salí a la calle a llamar a Mérida. Necesitaba una cerveza de manera urgente y me la traía floja si eran las nueve de la mañana, ya estaba pensando en la hora de acostarme de nuevo.

Rebusqué en la bolsa mientras la esperaba y encontré una especie de arnés de bebé, la gata se seguía resistiendo a mis encantos, así que se lo puse y me la até a la cintura, al menos así no volvería a escaparse.

—¿Se puede saber qué haces con eso?

—Mejor no preguntes, necesito un trago.

—Yo soy más de cerdos vietnamitas, pero oye, cada una tiene sus gustos.

—Cada día eres más simpática.



Fuimos a ver cómo estaba la barriga con patas que teníamos por amiga; gracias al cielo, los tres demonios que tenía por hijos estaban en el internado y no tendría que fingir que me caían bien. Duquesa, en cuanto entramos y vio a la gata de Blanca, comenzó a maullar para que la soltase, después de que me prometiese unas mil veces que allí no podía sucederle nada, cedí y las dejé a sus anchas. Después de todo, vivir con Reina no debía ser fácil y el animalito merecía un poco de libertad controlada.

—A ver, la mujer de Al Capone, ¿cómo se encuentra hoy?

—¿Quieres dejarla tranquila, Mérida? —Justo cuando terminé de reñir a Mérida, Blanca se llevó la mano al vientre y lanzó un grito de dolor.

—¡Ya viene!

—Déjate de tonterías, prometo que ya no me meto contigo.

—¡¡No he hablado más en serio en mi puta vida!!

Mérida se puso en el asiento del conductor y me dejó detrás con Blanca tumbada, apoyando la cabeza en la ventanilla, una pierna dejada caer sobre la bandeja trasera que cubría el maletero y la otra en el reposacabezas del sillón del acompañante; dejándome un mini hueco junto a ella, con la maravillosa vista frente a mí de unas bragas tamaño seis XL y algo oscuro y húmedo detrás de ellas.

—¡Ariel, tengo muchas ganas de empujar, quítame las bragas!

—¡Ni se os ocurra parir en mi coche!

—¡¡Cállate la boca!! —La respiración de Blanca era cada vez más acelerada, estaba sudando a mares y las venas del cuello parecía que le fuesen a salir disparadas. Como pude, le quite las «braguitas» y mi vista empezó a nublarse.

—Mérida me estoy mareando, tengo ganas de vomitar.

—¡Eso sí que no! Puedo pasar porque Blanca me manche el coche pero que tú me lo vomites, ¡no!

Tragué saliva y no pude evitar echar una mirada furtiva al *toto* de Blanca quedándome completamente impactada: aquello era más grande que el túnel del metro y del boquete salían pelos que no deberían estar allí.

Mérida conducía como si estuviéramos en un rally y entonces escuchamos el sonido de una sirena. Si era una ambulancia, estábamos salvadas, pero no; si eso hubiese sido así, el karma me habría dado tregua, y no era su intención.

—¡La policía nos está persiguiendo! ¡Para! —grité.

—¡¡Y una mierda voy a parar!!, saca algo blanco por la ventanilla para que comprendan que vamos en una urgencia.

Lo único que había blanco en todo el vehículo era la camisa que llevaba puesta, así que me la quité como pude y me quedé en sujetador, con un brazo por fuera aguantándola, a ver si esos lumbreras captaban la indirecta y nos ayudaban en vez de atosigarnos. Mérida pitaba, vociferaba y maldecía a todo lo que se le ponía por delante, el coche de policía no apagaba la dichosa sirena ni cesaba en su cacería.

—¿Tú no podías vivir más cerquita?!

—¡¡Conduceeee y no hableees!! —gritó Blanca con la misma voz de la niña del exorcista, agarrando por la melena a Mérida y tirándole de los rizos para que girase un poco la cabeza. Cuando miró, de pronto abrió los ojos de par en par, se giró y aceleró aún más. Debajo del asiento de Blanca chorreaba un líquido oscuro. Mérida abrió la guantera, sacó una bufanda y me la tiró a la cabeza.

—¿En serio?, ¿no me la podías haber dado antes? —dije con cara de circunstancia, en sujetador y con la mano todavía por fuera aguantando la camisa.

—¿!Queréis dejar de discutir y sacarme esto de dentro!? —Con los gritos me despiste un segundo y solté mi agarré, yendo la prenda a parar a la luna delantera del coche de policía que nos perseguía. Estos dieron un volantazo y se estrellaron contra unos cubos de basura, entonces la sirena se les jodió y empezó a sonar como un gato en celo.

—¡¡Mierda, la gata!!

—¡¡Que le den por culo a la gataaa!! —chilló Blanca, cerró los ojos, apretó los dientes como si estuviese yendo al baño a hacer de cuerpo y, de repente, el manojito de pelos que le tapaba el boquete del *toto* se convirtió en una cabeza.

—¡¡Mérida, esto está aquí!! ¿Qué hago?

—¡Yo qué sé, tira...!

Con pánico coloqué la bufanda bajo la cabeza del pequeño e introduje mis dedos en el viscoso orificio, abriéndolo un poco más para facilitarle la salida a los hombros. En cuanto hice eso, un bebé color chocolate se deslizó suavemente hasta caer en la mullida tela de cachemir. Lo envolví y lo llevé contra mi pecho más bien por instinto, que por tener idea de lo que estaba haciendo.

—Es una niña preciosa, Blanca. —Pero mi amiga ya se había desmayado

del esfuerzo.

A los pocos minutos llegamos al hospital. Mérida salió rápido en busca de ayuda y, nada más sacar la mano fuera del coche, tiraron de ella y vi cómo un policía le ponía unas esposas, entonces otro abrió mi puerta y me apuntó con una pistola. Creo que la visión de una mujer en sujetador sosteniendo a un recién nacido con el cordón umbilical aún unido a su madre, una mujer desmayada y un *pototo* de dimensiones descomunales en primera plana será una anécdota que ese hombre no dejará de contar mientras viva.

Explicarlo no fue tarea fácil, pero esas cosas se las dejaba a Mérida, ella era la que estaba acostumbrada a mentir y a tratar con la burguesía.

Una vez que estuvimos en el dormitorio, y que tanto Blanca como la bebé estaban fuera de peligro, me prestaron una bata de enfermera para que no llamase tanto la atención. Blanca se afanaba en que la pequeña chocolate le cogiera el pecho sin atragantarla con esos gigantescos pezones, mientras que Mérida y yo discutíamos sobre el nombre de la criaturita como si fuese de nuestra propiedad.

—Díselo tú, Blanca, ¿a que la niña se va a llamar Mérida?

—Perdona, pero la que ha metido las manos ahí dentro he sido yo, la que la ha sacado he sido yo, a la que ha llenado de sangre y la que se ha desnudado he sido yo, por lo tanto, se va a llamar Ariel.

Blanca cogió la diminuta manita de la nena, le besó los deditos, la miró a los ojos y dijo:

—Tiana, te llamarás Tiana, pequeña mía.

—Bueno, vale, aceptamos barco como animal acuático —le respondí, siendo este el momento más emotivo y tierno que había vivido y que seguramente viviré jamás.

—Yo me conformo con cualquier nombre menos con el de Ariel —se burló Mérida, poniendo la nota discordante. Le fui a dar un puñetazo en el hombro justo cuando lo esquivó y recibió por ella el golpe un nuevo acompañante que acababa de entrar.

—Recuérdame que no te enfade nunca —exclamó Rider, frotándose el brazo.

—Perdona, perdona, no era mi intención... —me disculpé—. Espera, ¿se puede saber qué haces tú aquí?

—Pues aparte de servirte de saco de boxeo, salvarte el culo: Úrsula te ha llamado unas cientos de veces y no le has contestado; ha activado tu localizador GPS del teléfono que te dio y cuando vi que la dirección era la del

hospital, decidí venir por si te había sucedido algo.

—¡El teléfono! Lo dejé en silencio anoche y luego entre el gato y que todo se complicó yo... ¡¡¡El gatooo!!! ¡¡Tengo que ir a buscar a Duquesa o estoy muerta!!

—Coge mi coche, yo me quedo con Blanca. Total, después de esto, voy a tener que incinerarlo. No creo que seas capaz de dejarlo mucho peor de lo que ya está...

La idea de montarme de nuevo en ese vehículo, y de oler los mismos olores, me levantó el estómago tanto que creo que incluso se me notó.

—Vamos en el mío, yo te ayudo —se ofreció Rider.

Me despedí de Tiana y de Blanca y, justo cuando Rider y yo nos giramos para marcharnos, Mérida soltó una burrada de las suyas.

—Machote, te prometo que, si fuera hetero, esa caja de peos que llevas a la espalda, ya tendría dueña.

A mí casi me dio un infarto al corazón y Rider lanzó una sincera carcajada. Le guiñó un ojo a mi amiga y me cedió el brazo para que lo agarrase, provocando que me derritiese.

—¿Te puedo confesar una cosa?

—Sorpréndeme.

—No sé si hoy podré contenerme viéndote así vestida y, de ser así, estoy seguro de que en mis sueños aparecerá en más de una ocasión una enfermera de pelo rojo, sonrisa pícaro y mirada juguetona.

## Capítulo cinco

### Duquesa

Una vez hubimos llegado a casa de Blanca, nos pusimos a buscar al dichoso animalito por todos sitios sin éxito. No había señales de las dos gatas por ninguna parte, así que decidí ir en busca de algo de comida de mininos para atraerlas.

Nos repartimos pienso en dos bolsitas, y cada uno nos pusimos a moverlas a modo de sonajero dando vueltecitas de un lado a otro y siseando. La verdad es que ver a Rider haciendo las onomatopeyas gatunas, con pantalón de pinza, mocasines negros, camisa blanca de cuello de mao<sup>[9]</sup>, una pulsera de cuero de ancla de plata, el pelo milimétricamente colocado y su sonrisa de anuncio de dentífrico, metido entre los matorrales, agachado, buscándolas, y a mí vestida de enfermera, como si me acabase de escapar de una película porno, era una escena bastante cómica.

De pronto, en los árboles que estaban justo al lado de la piscina, escuché un débil maullido. Arriba del todo, en la rama más alta, estaban las dos escapistas aterradas de miedo sin saber cómo bajar —nunca entenderé cómo los gatos son capaces de subir a esos sitios y que luego no sean capaces de descender—.

—¡¡Aquí!!

—Iré a mirar si hay una escalera por alguna parte —dijo Rider, regresando a los pocos minutos con una destartalada escalerilla metálica formada de esqueléticos peldaños.

La colocó sobre el tronco y comenzó a escalar. Sinceramente, no me hacía ninguna ilusión trepar, así que dejé mi lado gentil a parte y me quedé abajo aguantándola y mirándole el trasero mientras subía, notando cómo mis mejillas empezaban a sonrojarse. Lo mismo, si Mérida no lo hubiese nombrado hace un rato, yo ahora mismo no estaría tan concentrada averiguando qué le había llamado tanto la atención a mi lesbianísima amiga.

—¡Ten cuidado! —fue lo único que acerté a decirle.

Rider llegó hasta casi donde se encontraban los animales, si hubiese tenido un escalón más nuestros problemas estarían resueltos, pero al no ser así, tuvo

que ponerse de puntillas para agarrarse al árbol e intentar acercarse a ellos.

En cuanto la gata de Blanca notó el cimbreo de la madera, bufó, de un saltó monumental llegó al tronco y descendió como si del mismo Spiderman se tratase, mientras que Duquesa seguía aferrada con uñas y dientes a la corteza.

Rider saltó y se agarró con ambas manos a la rama, elevó su cuerpo cual trapecista y se sentó sobre ella cerca de Duquesa. Cuando la gata lo vio, se le abalanzó y se le agarró a la camisa; por la mueca de dolor, deduje que aquellas uñas clavadas en el pecho debían de doler bastante, pero Rider aguantó estoicamente —yo hubiese mandado al felino a tomar viento fresco—. Con una mano se sostuvo a la ramita y con la otra asió a Duquesa, dio un pequeño bote hacia detrás para acercarse al tronco y poder comenzar la maniobra de descenso, cuando algo crujió peligrosamente en el árbol.

—¡No te muevas!

—No tengo pensado quedarme aquí a vivir —me respondió moviéndose con parsimonia, aunque para nuestra mala suerte, la gravedad ya había empezado a hacer acto de presencia en el show, provocando que la rama finalmente cediese al peso y ambos cayesen a la piscina frente a mis ojos, sin que pudiese hacer nada para evitarlo

Corrí a socorrerlos; Duquesa en cuanto notó el agua, se subió a la cabeza de Rider, escalándole por la espalda y llenándole la empapada camisa de gotas de sangre. Me agaché rápido y le alargué la mano para ayudarlo a salir. La gata no perdió el tiempo y usó nuestros brazos como puente poniéndose ella solita a salvo, huyendo a la parte más lejana del jardín. Rider y yo nos miramos, él me sonrió poniendo cara de niño travieso y tiró de mí con fuerza, haciendo que cayese al agua junto a él.

—¿En serio? —grité enfadada, completamente chorreando.

—¿Sabes que estás más guapa cuando te enfurruñas? —Rider se acercó hasta mí, me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla, nuestros ojos se volvieron a encontrar, no podía dejar de mirarlos cada vez que eso sucedía—. Gato salvado, ¿cuál es mi premio?

—Creo que perdió usted esa recompensa en el momento en el que se le pasó por la cabeza arrastrarme hasta aquí.

—¿Estás segura?

Rider anduvo los metros que nos separaban, dejando tan solo unos centímetros entre nuestros rostros; con el pelo empapado, y las gotas de agua cayéndole de las pestañas estaba todavía más atractivo. Colocó una mano

sobre mi hombro y con la otra sostuvo mi cintura, acercó su nariz a la mía y la movió dándome un cariñoso beso de gnomos. Se retiró, me sonrió marcando más los hoyuelos de la cara, entonces fue cuando mis barreras se bajaron y cedí a todos sus encantos. En ese momento la diferencia de edad dejó de importarme, rodeé su cuello con mis brazos y me puse a horcajadas en sus caderas aprovechando la ingravidez del agua, me apretó delicadamente las nalgas con sus manos, sosteniéndome para que no me alejase. Cuando el aire entre nuestros labios era casi inexistente, un maullido desgarrador hizo que ambos diésemos un salto y nos pusiésemos alerta. El fuerte chillido fue como si acabasen de atravesar con un cuchillo al animal. Nos miramos aterrados y salimos de un salto de la piscina corriendo hacia donde procedían los llantos. Al llegar al lugar, mis ojos se abrieron a la par de mi boca: Duquesa y la gata de Blanca estaban haciendo la postura del perrito, o mejor dicho del gatito: la gata de Reina estaba encima de la otra dándole fuertes sacudidas, mientras la primera gritaba como si la estuviese matando.

—¿Las hembras hacen eso?!

—¿A qué especie te estás refiriendo exactamente? —se mofó Rider tan atónito como yo.

Al momento, Duquesa se retiró y salió corriendo despavorida, con la violada gata persiguiéndolo de cerca con cara de pocos amigos, hasta que al final lo cogió y le dio una paliza considerable. Cuando logramos separar a los dos animales y encerrar a la que sí que era gata en la casa, tapé al malherido Duque con una toalla; me negaba a llamarle Duquesa después de lo que le había visto hacer...

Nos montamos en el coche, aún mojados, y corrimos al veterinario a que lo mirase. Si Reina se enteraba de que su gato había cambiado de sexo, y que encima estaba lleno de heridas, adiós al trabajo y adiós a mi extraña relación con Rider.

—No sirvo ni para cuidar a una maldita mascota —me lamenté, acunando al gato apaleado.

—Tranquila, lo arreglaremos —intentó tranquilizarme, dejando caer la mano derecha sobre mi rodilla y apretando con delicadeza antes de volver a colocarla sobre la palanca de cambios. Al mirar su mano vi que la manga de la camisa seguía húmeda.

—¿Ves? Ni siquiera te he dado tiempo a secarte o a cambiarte.

—Soy mayorcito, Ariel, no necesito que me protejas. Sé cuidarme solito, créeme.



Nada más llegar, entramos corriendo en el centro veterinario, pasé junto a la auxiliar que estaba en la recepción ignorándola por completo y abrí la primera puerta que vi con Duque en volandas para dárselo al primero que encontrase, como si de un paquete bomba se tratase. Dentro de la consulta había un hombre mayor regordete, con gafas, barba blanca y cierto parecido a Papá Noel, que nada más vernos se giró e intentó echarnos.

—¡¡Tiene que ayudarme, Duque está muy mal!! —le imploré, percatándome de que el abuelete estaba al lado de una mujer rubia aún vuelta de espalda.

—¡Señorita, hay más pacientes! —protestó el viejo desagradable.

—¿Ariel? —exclamó la mujer girándose—, casi prefiero no preguntar qué te ha pasado para venir de esa guisa...

—¿Aurora? ¡Aurora! Ayúdanos, por favor. Hazle el boca a boca o algo, el pobre tiene muy mala pinta.

—Doctor, ruego que la disculpe, es una vieja amiga de la infancia y de bebé se le cayó a la madre de la cuna, desde entonces no anda demasiado bien —escuché que le susurraba en el oído, haciendo que tuviese que apretar la mandíbula para no mandarla un poquito lejos...

El médico resopló y salió de la estancia mirando con más atención la maraña de pelos, sangre y mordeduras que llevaba en los brazos.

Aurora le inyectó algo al animalito para tranquilizarlo y poder obscurarlo en condiciones.

—Gracias, te debo una.

—¿Una? He perdido la cuenta de las que me debes, Ariel.

—Vale, pero te he pedido perdón cientos de veces por lo que sucedió —le recordé, haciendo que se sonrojase y que mirase a Rider.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó rápido cambiando de tema.

—Es difícil de explicar: primero era una gata, después trepó a un árbol y se quedó atrapada, luego se transformó en gato, se tiró a la gata de Blanca y para rematar la faena la otra intentó matarlo.

—¡¿Qué?! —Aurora soltó una carcajada.

—El pobre se ve que no escogió bien su pareja, nos suele pasar mucho a los del sexo débil —bromeó Rider.

—¿Y tú eres?

—Flyn, Flyn Rider, a su servicio —se presentó, sosteniéndole la mano y dándole un beso en ella, derritiendo a Aurora y provocándome un ataque de celos de tres mil pares de narices.

—Ariel, entra en mi despacho, es el que está justo al lado y cámbiate, la anestesia tardará unos minutos en hacer efecto. Creo que en el armario tengo que tener algo que te sirva, pareces recién sacada de un anuncio de *Play Boy*.

*Salí no muy convencida de dejarlos solos. Aurora se había enterado antes que yo del nombre de Rider, realmente tenía que hacerme mirar eso de los nombres. En el despacho había un armario y allí tan solo una camiseta de mangas cortas azul; mi amiga era bastante más delgada que yo, así que cuando me la puse, mis michelines hicieron acto de presencia. No había ningún espejo para verme y casi que lo preferí. Cuando regresé, y abrí la puerta, vi a Rider y a Aurora sentados frente a la mesa de quirófano riendo y hablando tranquilamente.*

—¿Tú no estabas en el culo del mundo haciendo que los animales se empalmasen?

—Regresé hace un tiempo, tenía asuntos pendientes aquí —respondió, incorporándose incómoda tras mis palabras y volviendo a prestarle atención al pobre Duque.

—Ya le ha hecho efecto la anestesia, el pobre tiene mordiscos por todas partes. Tengo que desinfectar las heridas, le quedará alguna calva que otra, pero quitando eso no parece nada grave.

—¿Calvas? ¿Y no hay pelucas para gatos o algo parecido?

—No, Ariel, no existen esas cosas. No sé por qué estoy empezando a pensar que este gato no es tuyo, ¿me equivoco? —conjeturó Aurora justo cuando llamaban a la puerta y la abrí quedándome a cuadros.

—¡Esto se puede empezar a considerar acoso! —grité ofuscada.

—No eres el centro del universo, no vengo por ti, ¿y qué haces así vestida? —Encontrarse de pronto con Jim en una consulta en la que trabajaba Aurora, y de la que ninguna de ellas sabía nada, resultaba un tanto extraño.

—Ariel, puedo explicártelo —intentó excusarse Aurora, pero la cara de culpabilidad que se le estaba poniendo era bastante esclarecedora.

—¿Has terminado con el gato? —le dije cogiendo en brazos al aún dormido Duque.

—¡Oh, venga ya, no seas cría! —me amonestó Jim. Me giré, le hice un gesto a Rider y salimos de allí sin que ninguno de los dos intentase impedirnoslo.

—¿Quieres hablar? —preguntó Rider una vez que regresamos al vehículo.

*—No, solo quiero llegar al hotel y ver cómo salgo de esta —confesé mirando a Duque.*

*Sabía que no tenía ningún derecho de molestarme, pero no me hubiese imaginado jamás que ellos dos pudiesen llegar a estar juntos. Eran el día y la noche, eran..., eran... Hasta que caí en la cuenta: eran jodidamente perfectos el uno para el otro... El teléfono vibró con un mensaje de Aurora:*

*Tenemos que hablar. Estoy trabajando con Jim en un caso del que no puedo decir nada por el tema de la confidencialidad. Te debo una explicación.*

¿En qué podían esos dos estar colaborando? Tan solo esperaba que no fuese en el mismo del hotel porque, si no, iba a haber demasiadas personas que me conocían como para seguir pasando desapercibida. Estaba Adam revoloteando alrededor de Reina, Jim investigándola y ahora Aurora... La tapadera se me iba a ir al garete en breve. Miré a Duque que estaba empezando a espabilarse y que se acababa de caer de la cama, lo recogí, lo acuné y le dije:

—Te ha salido caro tu primer polvo, compañero.

El pobre Duque me miró y volvió a dormirse. A ver cómo le decía a Reina lo de la transformación de su mascota...

Me armé de valor y subí hasta la planta de la habitación de Reina. «Estas cosas son como la cera, con un tirón rápido duele menos», pensé. Cuando fui a llamar a su puerta, la encontré entreabierta y escuché a Reina dando voces en el interior.

—¡Te dije que tenía que estar todo listo para la entrega de esta noche! ¡Eres una incompetente! A ver cómo le explicas a Mal el retraso, después de la recepción de esta noche voy a la fábrica.

A continuación, arrojó algo de cristal contra la pared y pegó un grito; me di la vuelta y salí sin hacer ruido del pasillo. De esa conversación que acababa de oír, había sacado dos cosas en claro: una, que tenía que perseguirla esta noche y descubrir dónde estaba esa fábrica; y, otra, que no era el mejor momento para informar a mi jefa sobre la transexualidad de su gato.

## *Capítulo seis*

### *La fábrica*

Regresé al dormitorio y llamé a Blanca para ver cómo seguía, Mérida se había asentado en el hospital y no se separaba del lado de la pequeña Tiana.

—Mérida, esta tarde tengo una recepción con mi nueva jefa... He descubierto que tienen una fábrica clandestina en algún sitio y voy a intentar investigar un poco. Por cierto, dile a Blanca que va a ser abuela. —Colgué antes de que pudieran preguntarme nada.

La gala era para dar la bienvenida a unos socios capitalistas nuevos, en su mayoría viejos a los que Reina había engañado. Me vestí con un traje estrecho y unos tacones de aguja de los que para andar tenías que dar pequeños y ridículos saltitos.

El acto era en el salón principal del hotel. Había fuentes de ponche sobre las mesas, un catering como el de una boda, la luz era tenue y azul y había vejstorios enchaquetados por todas partes, con momias vivientes agarradas del brazo de sus obsoletos maridos y las narices apuntando al techo como si estuviesen oliendo a mierda. Auguraba una fiesta divertidísima, así que me fui a un rincón a dar buena cuenta de mi petaca. Estaba escondida llenando el vaso disimuladamente cuando alguien me agarró por la cintura con ambas manos desde la espalda y me susurró al oído.

—Si llenas el mío, no me chivaré a tu jefa. —Esa voz era inconfundible, me giré y me topé con la sonrisa de Adam en primera plana. No sé cómo no deduje que él también estaría por allí.

—Adam —lo saludé, soltándome de su agarre y escondiendo mi alijo.

—Hola, querida —se agachó y me dio un sonoro beso en la mejilla.

—Así que era aquí dónde te escondías —dijo Reina acercándose a nosotros—. Últimamente para contactarte creo que será más efectivo localizar a mi asistente, aunque eso tampoco es tarea fácil teniendo en cuenta que la he llamado unas veinte veces sin obtener respuesta en todo el día.

—Lo siento, tuve un pequeño incidente con Duque.

—Ariel, dirás con Duquesa. ¿Está bien, le ha sucedido algo? —preguntó, medio tambaleándose y agarrándose a una silla que tenía al lado.

—Está todo bien señora, lo único es que su gata no era gata, es gato, se ha intentado acostar con la mascota de mi amiga y ha salido un poco trasquilado.

Creo que va a ser abuela.

Acababa de montarme una operación cera rápida e indolora, pero a Reina no le pareció tan buena idea. Se desplomó en la silla y se empezó a poner blanca, estaba a puntito de darle un vahído cuando se me ocurrió la brillante idea de coger un vaso de agua de la mesa y tirárselo por la espalda para que se le pasase. Craso error, teniendo en cuenta que el agua estaba helada y que Reina llevaba un traje con los hombros al descubierto. En el momento en el líquido rozó a la mujer, pegó un respingo y se puso a bailar la jota. Me miró a punto de explotar, me dio un manotazo en el vaso de cristal, haciéndolo añicos contra el suelo, y salió corriendo del lugar lanzándome furtivas miradas asesinas.

—Eres la mejor para animar el cotarro —se burló Adam, tapándose la boca para no soltar una carcajada y tocándome la moral. Lo ignoré y seguí de cerca a Reina, no sin antes robar las llaves del coche de hacer recados del hotel, que estaban en el mostrador.

Reina se montó en el ascensor y el indicador superior exterior indicó que se dirigía al parking. «¡Bien por coger las llaves!», me autofelicité y bajé corriendo como una exhalación para no perderla de vista, procurando no partirme la crisma con el dichoso trajecito y los tacones. Con tantos escalones para arriba y para abajo esa noche no iba a tener narices de moverme.

Mi jefa se montó en un coche negro con los cristales tintados, arrancó y derrapó para salir del aparcamiento. Encontré el coche pulsando el botón de las llaves que había tomado prestadas, me monté y antes incluso de que me diese tiempo a meter las llaves, alguien abrió la puerta y se sentó a mi lado.

—¡Baja, Adam, no estoy de broma! ¡Esto es importante!

—Ariel, tenemos que hablar, no me pienso ir del coche hasta que no aclaremos las cosas.

—Tú mismo.

Derrapé con las ruedas sin moverme del sitio con el freno de mano agarrado, intensificando el estruendo gracias al eco del sitio y haciendo que Adam se tuviese que sujetar al cinturón de seguridad y al asita que traen los coches para que las personas mayores se sientan seguras de que, en el momento en el que lo tocan, nada malo podrá sucederles. Apagué las luces en la persecución como en las películas y me concentré en seguirla de lejos sin que me descubriese, ignorando a mi inesperado acompañante.

—¿Adónde vamos?

—Adam, lo creas o no, estoy trabajando, el problema es que no sé por qué

siempre estás en medio entorpeciéndome.

—Ariel, siento mucho lo del otro día, creo que no estuve en mi mejor momento. Siento si te hice sentir incómoda, no fue mi intención, eres muy importante en mi vida como para perderte por una tontería.

—¿Tontería? ¡Me hiciste sentir como una puta! Me he acostado con muchos indeseables en mi vida, pero créeme cuando te digo que les ganaste a todos.

—Lo siento, me superó. No sé cómo resarcirme.

—No creo que puedas, Adam, lo que sentía por ti se rompió aquella noche junto con mis bragas.

Después de algunos kilómetros, Reina se detuvo en una nave abandonada a las afueras de la ciudad. Lo único extraño era que las luces de la segunda planta estaban encendidas y se escuchaba un traqueteo en su interior que no terminaba de reconocer. Antes de salir del vehículo Adam me cogió del brazo y me detuvo.

—Ariel, quiero ayudarte, pero necesito comprender qué está sucediendo.

—Su cara de total arrepentimiento y los ojos de cordero degollado que tenía puestos no me permitieron seguir siendo cruel con él. Todos nos equivocamos, yo la primera, y merecemos una segunda oportunidad, pero dudaba mucho que mi corazón volviese a latir por él como hasta esa noche.

—¡De acuerdo! Estoy trabajando de infiltrada, tengo que espiar a Reina y a otra mujer. En un principio, pensé que se trataba de líos de faldas, pero me temo que es algo mucho más fuerte que unos simples cuernos. Jim también está pululando por aquí y creo que Aurora lo está ayudando.

—¿Jim? ¿Estás saliendo con él?

—¿De todo lo que te he contado, lo único que te llama la atención es que haya nombrado a Jim?

—Yo...

—¡No estoy con nadie! Estáis consiguiendo que prefiera que se me reconstruya el himen, antes que tener que soportaros a ninguno. Si quieres ayudarme, ponte en el sitio del conductor y mantén el motor encendido. Si no regreso en media hora, avisa a Jim.

Me escabullí dentro del edificio por una puerta trasera y subí las escaleras metálicas con cuidado para que no me descubriesen. Asomé la cabeza por la rendija y dentro de la sala, totalmente iluminada con unas escandalosas luces blancas, encontré alrededor de unas treinta mesas con máquinas de coser e inmigrantes de todas las razas afanadas en coser estrafalarias ropas de pieles.

Reina y Cruella estaban en el centro de la sala hablando acaloradamente. Por desgracia, el ruido de las máquinas no me dejaba escuchar nada de lo que decían. De pronto, se giraron y se dirigieron hasta donde yo estaba, reulé y me escondí dentro de la primera puerta que encontré. A los pocos minutos ambas entraron y dieron un portazo.

—Mal ha dicho que traerá el siguiente cargamento mañana, dijiste que todo estaría preparado para efectuar el envío.

—Es imposible que estas ineptas corran más. Si lo hacen, se pinchan y manchas las pieles, y encima quieren dormir y comer; eso nos está retrasando.

—¿Hiciste lo que te dije con las enfermas?

—Humbert se encargará de ellas esta noche —confirmó Cruella.

Las dos mujeres hablaban de las chicas como si fuesen trozos de carne sin sentimientos. Se me estaba empezando a levantar el estómago y además había un fuerte olor a carne quemada y a sangre en el aire que me tenía mareada. De repente, mi misión había pasado de sacar algunas fotos e indagar, a salvar la vida de alguien...

Esperé a que saliesen y me puse a buscar por todas las puertas a las chicas de las que hablaban las dos arpías, solo esperaba que Adam no hiciese ninguna tontería. La situación era mucho más seria de lo que jamás habría imaginado, y me temía que no había desatado ni la mitad del entuerto.

Por fin, vi una puerta cerrada desde fuera con un cerrojo manual de hierro. Al abrirla encontré dentro a dos chicas asustadas: una, era alta, la melena lacia y negra le llegaba por la cintura, tenía rasgos indios en la cara y me observaba como si estuviese a punto de atacarme; la otra, estaba detrás de ella, escondida, y en un principio me pareció asiática.

—Vengo a ayudaros, ¡corred, vámonos de aquí! —les dije sin que ninguna de las dos se moviese un milímetro, ¿sería que no me entendían?—. ¿Queréis morir aquí dentro? ¡Pues seguidme sin hacer ruido!

La mujer alta agarró del brazo a la otra, aún con recelo me miró y asintió con la cabeza. La orientación nunca fue lo mío, y había ido como loca buscando a las chicas, sin marcarme ningún punto de referencia, así que resumiendo: no tenía ni zorra idea de cómo salir.

Todos los malditos pasillos me parecían iguales, los zapatos me estaban matando y la falda hacía mella en el interior de mis muslos, creándome tales rozaduras que no sería capaz de mitigar ni con un kilo de crema de bebé.

Después de diez minutos corriendo de un lado a otro sin encontrar la

salida de aquella locura, la muchacha alta me agarró del hombro y me detuvo.

—¿Tienes idea de cómo escapar de aquí?

—¿Ahora sí hablas mi idioma? —me defendí—. Estaba demasiado ocupada buscándoos antes de que os matasen y no me ha dado tiempo de ir dejando miguitas de pan, lo siento.

—Dime que traes un coche, por favor —lloriqueó la china.

—Sígueme, nos sacaré yo misma —dijo la india, apartándome de un manotazo sin soltar a la otra chica de la mano.

Sin esperarlo, al pasar por uno de los pasillos, me pareció reconocer el sitio donde me escondí para oír a las villanas; lo que quería decir que las escaleras y nuestra libertad estaban justo al lado.

—Psss, venid por aquí.

Las llamé justo cuando mi tacón se enganchó en uno de los rieles que había pegados a la pared —no me preguntéis para qué los usaban porque no tengo ni idea—, el traje se rompió por la mitad y caí contra una de las puertas. Sin saber cómo, quedé tumbada bocarriba casi en bragas y con la pierna doblada, todavía con el tacón sujeto, en medio de la sala donde estaban todas las demás muchachas trabajando.

Cuando escucharon el portazo, y luego me vieron a mí surgir de la nada, las que se encontraban más cerca gritaron o se levantaron de su asiento formando un gran revuelo. El mismo que me sirvió para camuflarme y que ni Reina ni Cruella me descubrieran, pero sí que vieron la cabeza de la india aparecer por el umbral para ayudarme a salir de allí.

—¡Guardias, las prisioneras se escapan! —gritó Cruella.

Unas sirenas empezaron a sonar en todo el recinto, la muchacha alta me agarró del pecho y me levantó sin el más mínimo esfuerzo. Salimos corriendo de allí y Adam ya estaba, como buena persona arrepentida que era, con el motor encendido, aguardando pacientemente a que la loca de su amiga apareciera después de colarse en una propiedad privada. Lo que nunca hubiera esperado era que saliera acompañada.

—¡Corre, corre, correeee! —grité, entrando en el coche. Detrás de nosotros un hombre estaba disparándonos sin el menor prejuicio.

Cuando llevábamos una distancia lo suficientemente prudencial, Adam detuvo el coche y se giró.

—¿Se puede saber qué coño acaba de pasar y quiénes son estas? —vociferó, dándose la vuelta para verlas mejor—. Y lo más importante, ¿sabes que hay una que se está desangrando?



—¿Cómo? —Miré hacia atrás, vi a la india con sangre en el hombro, y a la otra chica al lado temblando, llorando, con los brazos cruzados y las manos metidas en los sobacos—. ¡corre a un hospital, Adam!

—Nooo, a un hospital no, nos encontrará —fue lo último que dijo antes de desvanecerse.

—Tú mandas —me indicó Adam, volviendo a encender el motor.

—Sé que moriré joven por esto. Conduce, yo te indico dónde ir.

Subimos a la casa procurando que nadie nos viese. Entre Adam y yo cargamos a la enorme chica agarrada por los hombros, le sacaba a él casi una cabeza de alto y a mí ni os cuento. La otra pobre continuaba llorando como una magdalena sacándome de mis casillas; si no se calmaba, se iba a llevar un bofetón.

Una vez dentro, la pusimos sobre el sofá y fui corriendo en busca de gasas o algo que nos sirviese para detener la hemorragia. La puerta principal se abrió y desde el baño oí un grito demasiado familiar, corrí con las manos ensangrentadas hasta el salón de nuevo, para intentar que a Mérida no le diese un infarto.

—¡¿Se puede saber qué coño está pasando?!

—Mérida, no hay tiempo para explicaciones, tú hiciste un curso de enfermera o algo así, ¿no? Le han disparado.

—Ariel, eso lo hice para follarme a mis compañeras, ¡¡no presté mucha atención!!

—Por favor, no dejes que se muera —le suplicó la china con un ataque de nervios.

—Uf, tráeme el botiquín que hay en el cuarto de baño y una botella de whisky del mueble.

Fui corriendo y le llevé todo lo que me había pedido, rezando por no terminar con un cadáver en el sofá y porque no hubiese cámaras en la puñetera fábrica. Aquello se me estaba empezando a ir de las manos. En el momento en el que Mérida intentó incorporar a la muchacha esta se despertó y la agarró por la garganta.

—Esto me gusta tan poco como a ti, pero necesito ver si la bala te ha atravesado o si la sigues teniendo dentro antes de que te desangres en mi casa, ¿me lo vas a poner fácil? —ella asintió con una mueca de dolor—. Te voy a cortar la camiseta.

—Esperaré en el balcón —dijo Adam para no estar presente mientras la desnudaba.

Mérida cortó la ropa de la chica dejando al descubierto dos tetas como dos carretas. Tenía la piel morena y unos abdominales en los que se podían lavar los vaqueros, a Mérida se le fueron los ojos al canalillo de la chica, me miró y dijo.

—La botella, rápido.

—Hay alcohol dentro de la caja —la informé.

—Es para ella. —Se la di y, cuando la cogió, la levantó y se bebió la mitad de un trago—. ¿Cómo te llamas?

—Po, se llama Po —se apresuró a decir la chiquita que permanecía de pie detrás de nosotros con los ojos hinchados de llorar y las manos aún en los sobacos.

—¿La botella no era para mí? —atinó a decir Po.

—Era, tú lo has dicho. —Po le cogió el whisky con el brazo bueno y se la terminó de un solo trago sorprendiendo a Mérida.

Mi amiga le estuvo toqueteando y mirando la herida hasta comprobar que no había bala dentro. Empezó a cogerle puntos a ambos lados, y en el instante en el que vi la aguja me empecé a marear, las dejé allí a las tres y salí con Adam a que me diese un poco de aire.

—¿Seguimos sin cadáveres?

—Parece que saldremos de esta —le respondí, quitándole el cigarro de la mano y fumándomelo casi de una calada, mi cuerpo necesitaba nicotina de manera urgente.

—¿Qué vamos a hacer?

—Adam, no voy a meterte en esto, ya has hecho demasiado.

—Nadie tiene que meterme; si tú estás dentro, yo también. Además, necesitarás un infiltrado cuando Reina te despida.

—¿Me va a despedir?

—Has mutilado al gato.

—¡¡Venía con pito de fábricaaaa!! —Miré dentro y vi que Po ya tenía puesta una camiseta de Mérida—. Entremos.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la chinita—. ¿Dónde iremos? ¿Qué comeremos? ¡Nos van a atrapar, estoy segura, y nos van a matar! —Definitivamente no tenía el *toto* para fiestas y menos para niñas histéricas. Me di la vuelta y le di el merecido tortazo que llevaba pidiendo un buen rato a gritos. Esta se quedó inmóvil, se puso los dedos bajo la nariz y empezó a aspirar como si tuviese una flor en las manos.

—¿Qué haces? —le preguntó Mérida descolocada.

—Se huele los dedos después de tenerlos en los sobacos, le relaja el olor cuando está nerviosa —dijo Po, intentando levantarse.

—¡Qué fatiga! —exclamé.

—¿Adónde vas? —dijo Mérida.

—Nos vamos.

—Perdona que te diga, pero soy tu enfermera personal y no pienso dejar que te vayas hasta que no esté segura de que estás bien. Tu novia y tú podéis quedaros en la habitación de invitados. —Mérida era capaz de darle la vuelta a cualquier situación para ligar.

—No somos pareja —se pronunció por fin la chinita, que había dejado de olerse los dedos, lo que en su dialecto corporal quería decir que estaba más tranquila y que no le tendría que volver a atizar.

—¡Mierda, el gato!

—Estás empezando a tener una relación insana con ese animal, amiga —me advirtió Mérida, bastante contenta después de descubrir que Po estaba libre.

—Lo dejé en mi dormitorio y de seguro que Reina está que trina. Tengo que volver al hotel y comprobar cómo sigue.

—Te llevo —se ofreció Adam en modo pelota activado.

—¿Estaréis bien? —pregunté preocupada.

—Sí, tranquila, yo me encargo de ellas —sonrió Mérida con cara de pícara.

El camino en coche lo pasamos en silencio. Cuando llegamos a la puerta, Adam me miró intentando ser seductor, pero esa faceta suya había dejado de interesarme.

—Han pasado muchas cosas, creo que lo más sensato sería que subiese contigo.

—Adam, han puesto micrófonos en mi dormitorio.

—Me han dicho muchas excusas para no invitarme a una casa, pero desde luego siempre eres la más original —se burló.

—No es ninguna broma, y además estoy demasiado cansada, tan solo quiero dormir. Gracias por acercarme, mañana hablamos. —Esa fue mi última respuesta antes de bajarme del coche y dejarlo con la cara de los pies de otro mirando cómo me iba.

Estaba deseando llegar al cuarto y comprobar el estado de Duque, tan solo esperaba que Reina no me hubiese desalojado. Al llegar a mi planta vi a alguien sentado en las escaleras, salí rápido del ascensor temiendo que fuese

el mismo que disparó a Po. En la puerta me puse nerviosa y para abrir creo que metí la llave de todas las maneras posibles en la cerradura menos en la correcta.

—¿Te ayudo? —Estoy segura que pegué el salto más ridículo, seguido del gritito de terror más tonto de la historia. Al girarme, vi a Rider y mi corazón se ralentizó, un poco...

—Me has dado un susto de muerte.

—Me tenías preocupado.

—Dentro hay micrófonos, no podemos hablar de temas laborales.

—No era esa mi intención precisamente.

—Necesito un trago, ¿quieres uno? —le invité, ruborizándome como una quinceañera.

Cuando estuvimos dentro, me arrepentí de ser tan desastre. La ropa estaba esparcida por todos sitios, Duque se había encargado de llenar de pelos blancos todo lo que era negro —supongo que en señal de venganza—, y dormía a pata ancha sobre mi almohada. En cuanto me vio, abrió un ojo, se dio la vuelta y continuó su siesta.

Rider y yo nos miramos y nos reímos encogiéndonos de hombros. Saqué el mini bar y nos servimos todo lo que contenía alcohol que había en la habitación, terminando sentados en la moqueta con la espalda apoyada en el colchón.

—Creo que la habitación está empezando a darme vueltas, necesito una ducha —confesé.

Rider esperó pacientemente en el dormitorio mientras que yo intentaba que mis neuronas dejaran de moverse como si estuvieran bailando la conga. Dejé que el agua corriese por mi cuerpo, necesitaba sentir algo real y que me evadiese de las circunstancias, pero creo que por mucho jabón que usase, la preocupación por toda esa incertidumbre seguiría estando. Cerré los ojos e intenté mantener la mente en blanco.

Me sobresalté al notar que alguien me sostenía por la cintura y me daba un beso en el cuello y luego otro y después otro más. Absolutamente todos los bellos de mi piel se erizaron en respuesta al contacto de sus carnosos labios sobre mí. Tenía su cuerpo totalmente pegado al mío y pude notar cómo cada músculo de su pecho se rozaba contra mi espalda, mientras nos caía el agua de la ducha y las gotas rodaban entre los dos.

No podía negar que cada vez que Rider abría la boca mi cuerpo temblaba. Procuré recordar el tamaño actual de los pelos de mis piernas, y de lo que no

eran las piernas precisamente. Tenía que hablar urgentemente, necesitaba decir alguna estupidez de las mías, me estaba empezando a entrar mareo y fatiga, y lo último que quería era vomitarle encima.

Me separé de él, se aproximó lentamente y di un paso atrás activando mi modo jugueteón, luego otro y otro más, cuando de pronto..., se fue a tomar por saco todo el romanticismo. Mis piernas chocaron contra el borde de la magnífica bañera vista, y caí de culo quedando a una altura bastante embarazosa, teniendo en cuenta que ambos estábamos desnudos.

Rider se agachó, me dio la mano y me ayudó a levantarme mientras la incansable agua no dejaba de cubrirnos. Introduje mis dedos en su pelo y nos fundimos en un lujurioso beso. Su expresión me decía que me deseaba tanto como yo a él. Su agarre comenzó a ser más feroz y contundente. Me aferró una pierna fuertemente con su enorme mano, me la plantó en el borde de la bañera y aprovechó la abertura para introducirme su tan anhelado miembro dentro de mí.

En el momento en el que lo sentí entrar, mi sexo se humedeció y se contrajo intentando que no se marchase nunca y que aquello durase para siempre. Me elevó la otra pierna y continuó haciéndome el amor en el aire, como si mi cuerpo no se resistiera a la gravedad. Yo no podía hacer otra cosa más que asirme a su cuello y morderle en el hombro para silenciar un poco mis orgasmos. Sus brazos y su abdomen quedaron en tensión debido al esfuerzo que estaba haciendo al sostenerme, lo que hacía que sus músculos se viesen todavía más protuberantes de lo que ya eran. Y si juntamos eso y el agua, la escena era como la de las películas porno que veía en la oscuridad de mi dormitorio cuando me sentía sola, solo que en lugar de una guapísima brasileña era a mí a la que penetraba ese adonis personificado.

Me sacó con cuidado de la bañera y me llevó al dormitorio. Me tumbó en la cama y prosiguió haciéndome el amor, dejándome casi sin aliento. Colocó sus manos sobre las mías comprimiéndomelas contra el cochón, dejando caer todo su peso sobre mí. Contemplarlo sin peinar y con el pelo mojado era todavía mejor que verlo arreglado con sus trajes habituales; ese aspecto le daban un toque de niño malo que nunca había visto en él. Sus suaves besos mezclados con un pequeño atisbo de inseguridad en su mirada hacían que aquello resultase aún más especial.

Le di la vuelta sobre la cama y le demostré que la diferencia de edad no tenía por qué ser un punto en mi contra en esos momentos. Me senté sobre él e intenté que disfrutase todo lo que yo lo hacía. La textura de su piel, de sus

músculos, el ancho de su cintura entre mis piernas, hasta el tenue olor a hombre que desprendía, me excitaba.

Cuando hubo explotado en éxtasis me tumbé a su lado y me dormí mientras me abrazaba, sintiendo al momento la dureza de su miembro rozarse en mi trasero de nuevo, recordándome que, aunque no lo admitiese, la vigorosidad que se tiene con veinte años menos no era la misma que a mi edad. Aguardé esperando un tercer round, pero en vez de eso, me besó en el cuello y me susurró al oído.

—Descansa, princesa.

## *Capítulo siete.*

### *Las nuevas.*

Ese incómodo momento de despertar al lado de alguien la primera vez que dormís juntos: tienes los pelos que ni las brujas, el aliento como si te hubieras comido siete ratones muertos, las ojeras te llegan hasta el culo, por la falta de horas de sueño y el exceso de horas de hacer guarrerías, y lo peor es que si dejaste abierta la ventana y, estás desnuda, quieres transformarte en Mística la de los X-men para mimetizarte y que no te vean —porque seamos claras, de noche todos los gatos son pardos, pero de día hablamos de temas mayores —.

Podía notar el calor de su cuerpo pegado al mío, me puse la palma de la mano en la boca y efectivamente mi aliento era aún más jodido de lo que pensé en un principio. Escuchaba su respiración acelerada y el pecho le hacía unos extraños ruiditos, no lo conocía lo suficiente como para saber si tenía asma o no. Se pegó un poco más reclamando mi atención, las piernas todavía me temblaban, mi vagina no se había recuperado del dichoso huevo y yo no era que le hubiese dado el margen de descanso que requería precisamente; pero, por otro lado, desde que la noche anterior me dispararán, mi visión de la vida había cambiado por completo, no pensaba dejar nada para después, así que... ¡Qué diablos!

Me giré rápido, preparada mentalmente para otro asalto e incluso excitada de tan solo pensarlo, le propiné un beso con los ojos cerrados aguardando su cálido abrazo. Unos pelillos sospechosos y luego un doloroso arañazo en el cuello hicieron que me acordase de la familia del que inventó el romanticismo.

En el lugar de Rider estaba Duque sentado, lamiéndose las patas y pasándoselas por la cara como si al besarlo le fuese a pegar la lepra o algo peor. Fui al servicio de puntillas esperando encontrarlo allí aseándose y cogerlo desprevenido, aunque seguía sin encontrar a nadie en toda la estancia. Cuando mi decepción fue en aumento, me senté en la cama y abracé la almohada enfadada y triste; la idea de comenzar el día con un polvo

mañanero me resultó bastante atrayente cuando me lo planteé. De pronto, el timbre de mi móvil anunció el tan ansiado mensaje:

*Buenos días, tenemos que hablar. Jim.*

Era la primera vez que un mensaje de Jim me la traía floja, deseaba saber dónde estaba Rider. «¿Tan mal lo pasó?, ¿solo quería eso y una vez conseguido había desaparecido?», las dudas traqueteaban en mi cabeza como un martillo y decidí coger al toro por los cuernos.

Me di una larga ducha para no pensar, con la pena de quitarme su olor de mi piel, agarré todos los bártulos de Duque y fui a buscar a Reina, a ver si todavía seguía teniendo trabajo, no sin antes hacer el amago de llamarlo y de escribirle más de treinta veces.

Reina estaba en su oficina. Tomé una gran bocanada de aire, entré con el pobre minino en los brazos con las orejas gachas, como si pensase que lo llevaba al matadero, puse mi mejor cara de no haber roto un plato en la vida y carraspeé para llamar su atención.

—Señora, le traigo su mascota. —Decidí que lo mejor sería no enfatizar mucho en el tema del nombre del animal.

—Haz con él lo que te plazca.

—¿Señora?

—Tengo muchos líos ahora mismo como para tener que pensar en ese engendro. —Comencé a salir de la oficina detestándola todavía más de lo que ya lo hacía—. Por cierto, Ariel, estás despedida, salid inmediatamente tú y eso de mi hotel.

Salí de allí con lo poco que había llevado y con Duque mirándome con carita de circunstancia. Tenía tres opciones: ir a casa de Mérida a ver si al final se había montado un trío con las dos pobres indigente; llamar a Jim y ver qué mosca le había picado ahora; o ir en busca de Rider y montarle un numerito de novia poseída por escaparse de mi lecho a hurtadillas.

Finalmente me decanté por ir a ver a Mérida; tanto mi nueva mascota como yo necesitábamos una reunión femenina urgente.



Después de aporrear la puerta durante más de cinco minutos, la Huelededos me abrió aún con los ojos pegados y se nos quedó mirando a Duque y a mí.

—¿Quieres algo?



—A ti por lista no te captaron, ¿verdad? —La ignoré y pasé por su lado soltando al animal y poniéndole el comedero y el arenero en la cocina, antes de que Mérida me gritase.

La chica se sentó en el sofá y se volvió a colocar las manos en su sitio habitual, esa mujer me sacaba de mis casillas sin hablarme. Duque se apropió de un brazo del sillón preferido de mi amiga, se hizo una bolita y se durmió de nuevo. Definitivamente, de mayor quise ser como él.

Mérida entró en el salón, lo vio, me miró y comenzó su retahíla.

—Recuérdame desde cuándo soy un refugio para animales y personas desvalidas.

—Nos han despedido.

—¿A los dos?

—Sí.

—¿A él también? —agregó la chica del olor a sobaco.

—Se podría decir que sí —le respondí por pura educación, intentando no cachondearme de ella.

—Buenos días —saludó Po, saliendo del dormitorio de Mérida con una camiseta demasiado pequeña y con los pezones como timbres de castillo apuntándome directamente a los ojos.

—¿No crees que deberías prestarle a esa mujer algo de ropa interior? —le pregunté a Mérida señalando a Po—. Veo que estás mucho mejor.

—Sí, gracias. Mé tiene unas manos maravillosas.

—Preferiría que no entrarais en detalles...

—¿Qué vamos a hacer? ¿Adónde vamos a ir? —saltó de pronto la chinita hiperventilando de nuevo.

—¿Tienes nombre? —le dije, pretendiendo que su cabeza dejase de pensar.

—Mulán.

—Perfecto, Mulán, primero vamos a desayunar y luego ya veremos.

—Tengo un plan mejor —sugirió Mérida dándome miedo—. Vamos a comprar ropa interior y a dar una vuelta a ver a Lilo.

—¿En serio? ¿Crees que es buena idea ir con dos sin papeles de compras como si tal cosa? —le dije sin esperarme su repentino buen humor, a ver si entraba en razón.

—Habrá alcohol y tabaco.

—Me acabas de convencer.

Si algo jodidamente complicado en la vida para mí era comprarme un

maldito sujetador. Las tallas eran distintas según el fabricante —o sea que eso de anotar la última que adquiriste era para nada—. Luego, había tantas letras como casi alfabeto y, también, por si eso no fuese suficiente venían los números... ¿Cuántas puñeteras tetas había en el mundo? Que también existía la opción de mandar al garete la tela asfixiante e ir con las domingas al aire, pero la gravedad era más cruel cuantos más años se cumplen y, si no me lo ponía, lo mismo me llegaban al ombligo.

Encontrarle un sujetador a Po que le estuviese bueno fue una odisea. La chica tenía los pechos enormes y la espalda de un camionero: o se ponía uno del estilo de la abuela de Heidi en sus mejores tiempos, o uno de deporte, o se quedaba alegrándose de ver a la gente de por vida, porque al parecer para las indias la gravedad no existía.

Comprarle uno a Mulán tampoco fue tarea fácil, porque la chica era todo lo contrario, tenía dos pimentillos y la espalda de una niña de nueve años. Los únicos que le servían eran los que tenían dibujitos de maripositas y gatitos; no es que la viese en una cita erótica precisamente, pero hombre, un poco de encanto interior nunca venía mal para el estado anímico de una.

Mérida, al contrario, tenía la talla estándar, es decir, la hija de la mala madre daba igual el que cogiese, todos le estaban perfectos.

Y, para concluir el circo de los extraños, llegamos a mi turno, que tengo espalda de nadadora profesional, y pechos más bien normalitos. Así que, al final tuve que optar por un antiestético gancho de empalme que unía los dos extremos con una telita extra totalmente anti erótica, porque los que me servían de un lado me colgaban de otro.

En la glamurosa tienda de lencería nos dieron dos botellas de vino mientras nos probábamos la ropa y nos metíamos las unas con las otras. Cuando Mérida pagó todo, nos dirigimos a ver a mi querida Lilo, con la diferencia de que esta vez estaba preparada y pensaba dejársela a Mulán para que la espabilase. Me negaba a recibir otra paliza de gratis como la vez anterior.

Mi extraño nuevo amor seguía sin dar señales de vida y, en cuanto entramos en el centro de belleza y Lilo nos vio, nos dio un abrazo grupal que solo ella era capaz de dar y nos dijo que habían abierto una zona de baños termales. Si era sincera, el tema de los pelillos me la empezaba a traer sin cuidado si lo comparábamos con lo de los baños. Así que, insistí para que Mulán y Po sufriesen lo mismo que yo en su día, como si fuese una prueba de iniciación, y me fui con Mérida a ver qué tal era eso de bañarse con naranjas

flotantes.

Mérida se quedó hablando con unas chicas en la piscina de agua fría y rosas, y yo me fui sola a otra que se encontraba como metida en el suelo y estaba casi a oscuras, era como nadar en una gruta secreta. Apoyé la cabeza en el borde y me quedé un rato allí pensando en la mierda de vida que tenía cuando, de repente, algo me agarró las piernas, y del susto me resbalé y casi me ahogo.

—Perdona, perdona, no creí que te fueses a asustar tanto —escuché la voz de Rider aún con los ojos cerrados. Al abrirlos, y ver la cara entre preocupado y divertido por la situación, no tuve claro si enfadarme, sentirme aliviada o reírme.

—¿Qué haces aquí?

—El móvil, ¿recuerdas?

—Vas a tener que dejar de espiarme.

—No puedo, forma parte de mi trabajo. Me manda Úrsula.

—Ah, ya me parecía extraño que asomases por aquí en plan romántico después de desaparecer esta mañana...

—Lo siento, te vi dormida y me dio pena despertarte. Tenía que ir a trabajar. —Seguramente decía la verdad, pero estaba acostumbrada a que Adam me dejase notas y me mandase mensajes cada vez que se iba a ausentar, que el hecho de que Rider no lo hiciese, me decepcionó un poco.

—Pues tenemos un problemilla con respecto al trabajo —le informé intentando suavizarlo—. Me han despedido.

—Vaya, eso sí que es un contratiempo. Creo que a Úrsula no va a hacerle mucha gracia.

—También me han echado del hotel, gato incluido.

No estaba segura de contarle el tema de la fábrica de ropa clandestina. Además, aún teníamos pendiente lo de hablar con las chicas y que nos lo explicasen todo bien. Todavía tenía algo que no acababa de convencerme del todo por muy encantador que fuese, en el fondo de su mirada había algo negro que no lograba encajarme con tanta amabilidad y perfeccionismo.

—Ariel —dijo acercándose más a mí, tanto que llegó un momento en el que entre nuestros cuerpos no podía pasar el agua, colocó su nariz pegada a la mía, me miró a los ojos y continuó—. Lo de anoche fue muy especial para mí, y no quiero que nadie nos lo estropee.

—Yo... —fue lo único que atiné a balbucear.

Pude notar que su miembro me señalaba desde las profundidades y sentí

cómo mi cuerpo le respondía internamente. Rodeé su cuello con mis brazos y, justo cuando nuestros labios se iban a rozar, escuchamos un gran estruendo de cristales rotos, de gritos y de golpes.

Rider y yo nos miramos y salimos corriendo del agua con Mérida por delante. Al llegar a la entrada del salón, nos topamos con Lilo y Po ensalzadas en una gran pelea al más puro estilo de los gladiadores americanos. Estaban tiradas en el suelo pegándose puñetazos la una a la otra.

No era capaz de saber con seguridad quién iba ganando, lo que sí era cierto era que el local estaba perdiendo por goleada: una de las paredes de papel que dividía los espacios dentro del lugar, tenía un boquete gigante en medio, por el que se distinguía a Mulán oliéndose los dedos sentada en una camilla y observando el espectáculo aterrada; las velas olorosas de las mesitas se encontraban esparcidas por el suelo, y habían formado un incendio con los restos de papel y toallas volcadas de los carritos de trabajo; el aceite no ayudó mucho y se estaba propagando con rapidez; y el resto de las clientas ya estaban en la calle semidesnudas con medio infarto cada una.

Mérida y yo nos miramos y ella se lanzó a separar a su nueva amiga Po, dejándome a mí al toro de Osborne<sup>[10]</sup> como única elección. Las sirenas de la policía ya se oían a lo lejos, teníamos que salir de allí rápido si no queríamos que descubriesen a las dos refugiadas que estábamos ocultando. Busqué rápido a Rider para ver si él podía echarme un cable, pero este era como Houdini y ya había desaparecido. Suspiré y me tiré en plancha sobre Lilo para intentar controlarla, «ilusa yo...». La sostuve por la espalda, aunque mis brazos no alcanzaban a rodearla por completo, y me quedé colgando como si fuese un mono en su espalda, pateando en el aire hasta que finalmente la agarré con las piernas y me convertí en la mochila de Dora la exploradora.

Nunca me había subido a un cacharro de los de la feria en los que hay que permanecer arriba mientras eso da vueltas y se menea de un lado a otro, pero juraría que eso no era demasiado distinto.

Las dos chicas estaban en pie con las manos entrelazadas empujando cada una para el lado contrario al más puro estilo de ciervos salidos.

—¡¡Mulán, una ayuditaaaa!! —grité a la empanada a la que le faltaban las palomitas.

Po le ganó terreno a Lilo empujándola contra la pared y haciendo que mi espalda golpease el espejo convirtiéndolo en añicos. La solté y, justo entonces, echó el codo hacía atrás para propinarle un puñetazo a Po y me dio un golpe en la nariz de tres mil pares de cojones, dejándome de rodillas

rodeada de cristales, con la mosqueta<sup>[1]</sup> y la cara cubierta de sangre.

Sin saber cómo había pasado, a mi lado cayó desmayada Lilo. Al mirar, vi a Mulán con un trozo de florero de cristal en la mano y con cara de estúpida mirando a la nada. Juro que, aparte de hacerla coser, también habían hecho pruebas médicas con su cerebro.

Dos coches de policía ya estaban fuera del local. Mi suerte fue la misma de siempre y el primero en entrar, pistola en mano incluida, fue Jim, que cuando nos vio de esa guisa seguro que no supo si tirarse de los pelos o si dispararme directamente. Bajó el arma e intentó tranquilizar al resto de sus compañeros que ya estaban entrando también. Todos se quedaron con los ojos como platos al ver a Po con una mini toalla, a Mérida y a mí en bikini y a Mulán aún con el arma del delito en la mano, de pie junto al cuerpo de Lilo.

—¡Mierda! —dije.

La policía nos esposó y nos llevó a comisaría sin que nos diese tiempo de vestirnos. Cuando íbamos montadas en los coches patrulla, vi la ambulancia que se dirigía con las sirenas puestas, en dirección contraria a la nuestra, para ayudar a la pobre Lilo.

Los calabozos de la comisaría ya me estaban empezando a resultar demasiado familiares, aunque esa vez no había ninguna otra detenida. Nos proporcionaron unos monos de prisión para que nos tapásemos una vez que estuvimos abajo, no sin antes tener que hacer un pase de modelos por todas las dependencias con cientos de ojos observándonos y riéndose.

—¡¿Se puede saber qué cojones ha pasado?!! —les grité.

—Quería interrogarnos y quemarnos las piernas con un líquido pegajoso —explicó muy digna Po, haciendo que me sentase en el suelo y me echase las manos a la cabeza.

—Eso es cera, cariño.

—¡Mérida, ni cariño ni pollas! ¡Casi mata a Lilo por hacer su trabajo! ¿Cómo explicamos lo sucedido? Y lo que es peor, ¿recuerdas que no tienen papeles?

—¡¡Nos van a matar!! —lloriqueó Mulán.

—No, bonita, aquí no se mata a la gente, se las deporta, que creo que en vuestro caso es casi peor —la informé siendo demasiado cruel.

Un guardia apareció y me dijo que tenía que ir a la sala de interrogatorios, en la que, por supuesto, me esperaba Jim con un humeante café y un paquete de cigarrillos.

—¿Y ahora qué coño has hecho?

—Te juro que no he sido yo —comencé a decirle mientras me encendía un pitillo—. La cosa se nos ha ido un poco de las manos.

—¿Un poco? La dependienta de ese local tiene casi seguro un traumatismo en el cráneo, el centro de belleza está destrozado y quemado, y tienes a dos inmigrantes en la celda, ¿eso te parece un poco?

—Las saqué de la fábrica —susurré, dejando a Jim con los ojos como platos. Se levantó, salió de la habitación, escuché voces al otro lado del cristal opaco, a continuación, Jim volvió a entrar, apagó la cámara de la esquina y agregó.

—Ariel, te dije que dejases ese tema para los profesionales. ¿Por qué te empeñas en llevarme la contraria? ¡¿Qué puñetas te he hecho para que siempre estés complicándome la existencia?!

—¡¡No he sido yo la que se ha olvidado de todo y se ha buscado pareja al día siguiente!!

—¿Y realmente no entiendes por qué he preferido estar con alguien normal y que no me vuelva loco? —De sobra sabía que tenía razón y que me merecía esa respuesta, pero eso no quitaba que me sintiese como si me acabase de atravesar el corazón de nuevo—. Mérida y tú podéis marcharos.

—¿Qué les pasará a las otras chicas?

—Eso ya no es de tu incumbencia —me dijo levantándose y marchándose, dejándome allí con el alma hecha jirones y el corazón en busca y captura.

Llamamos a Blanca para que viniese a recogernos, pero en su lugar apareció el moreno padre de Tiana en un coche con los cristales negros.

—Blanca está en casa con la niña, he preferido venir yo.

—¿Y tú no estabas en busca y captura? —preguntó Mérida todavía enfadada por lo que acababa de pasar.

—Sí, pero al parecer se me da mejor que a vosotras escapar de la policía.

«Touché», pensé abatida.

## *Capítulo ocho.*

### *El rescate.*

Blanca casi no podía creer lo que le acabábamos de contar. El enorme Naveen estaba en un lado del salón meciendo a la pequeña Tiana, mientras que ella nos daba algo de beber en la cocina. Mérida estaba visiblemente afectada por Po y yo lo estaba por Jim y por la nueva desaparición de Rider.

—¿Por qué creéis que tienen esa fábrica escondida?

—Puede ser por la mano de obra gratuita de mujeres sin papeles y en condiciones infrahumanas —sugirió Mérida indignada.

—Me parece que hay algo más detrás de todo esto, no creo que dos mujeres tan fuertes, como lo son Cruella y Reina, se jueguen el pellejo por no querer pagar a los trabajadores. Además, oí hablar de una tercera mujer a la que le tenían miedo —agregué.

—Ariel, no quiero dejar abandonadas a Po y Mulán a su suerte.

—Mérida, están detenidas y no sabemos qué va a pasarles.

—¿No puedes intentar sonsacarle al poli buenorro algo de información?

—Jim me odia, no creo que me diga nada de nada.

—Si os enteráis de cuándo será el traslado podría ayudaros —intervino Naveen.

—No queremos meterte en líos —dije.

—No podría estar en más de los que ya estoy. En unos días nos iremos del país, no me importa tener algún que otro delito más a mi espalda.

—¿Os vais? —preguntamos Mérida y yo al unísono.

—Sí, nos queremos y no quiero que mi hija esté lejos de su padre. Los niños están en un internado fuera de aquí, así que los recogeremos y desapareceré. Siento no habérselo dicho antes —se disculpó Blanca.

—Vale, ¿y cómo lo hacemos? —le pregunté justo cuando mi teléfono de

empresa empezó a vibrar.

Ariel, ya me han informado que has echado a perder la misión, destruye las pruebas y olvídate de nuestra relación. Úrsula.

—¿Malas noticias? —preguntó Blanca.

—No, lo de siempre, chica encuentra trabajo, chica se enamora del niño de su jefe, a chica la meten en la cárcel y la mandan a paseo del trabajo... Es mi sino —suspiré y me terminé el vaso de ginebra de un trago.

—¿Cómo podríamos enterarnos del día que se las llevan? —preguntó Mérida.

—Aurora.

—¿Aurora? —se extrañó Blanca.

—¿No estaba empalmando cebras por ahí afuera? —agregó Mérida.

—Está de regreso, trabaja en un veterinario y creo que está liada con Jim —les expliqué, siendo la primera vez que decía en alto lo que ya me había planteado en la cabeza unas cuantas veces sin ser capaz de pronunciarlo.

—¡Joder, con la tonta! Blanca se acuesta con este, tú estás en modo asaltacunas activado, y ahora la otra se tira al poli macizo. Creo que estoy perdiendo facultades.

—¿Te tengo que recordar que vamos a jugarnos la libertad por un polvo tuyo de una noche? —le espeté.

—Ni punto de comparación, ¿le viste las tetas?

—Nos estamos yendo del tema, niñas. ¿Cómo convencemos a la señora puritana e inquebrantable para que venda a Jim?

—Blanca, ni a Ariel ni a mí nos va a hacer ni puñetero caso, creo que te toca actuar.

—Sorpréndeme... —dijo un poco asustada.

—Fiesta de despedida, es fácil. Blanca la llama, le dice que se marcha para siempre y que, como la quiere tanto, necesita que esté presente en la fiesta.

—Nunca comprenderé cómo todos tus planes acaban con una borrachera.

—Ariel, eso es práctica, ya aprenderás.

—¿Sabes que tienes muy poquísima vergüenza? —se rio Blanca.

—Sí, pero por eso no podéis vivir sin mí.

Blanca convenció a Aurora para que quedásemos esa misma noche en su casa y me fui con Mérida a estar un rato con Duque, ese diablillo había conseguido conquistar mi corazón. Le iba a preguntar a Blanca si podía



traerlo, pero casi que después de la experiencia con su gata preferí no sacar el tema.

Estuve a punto de tirar el teléfono que me dio Úrsula por la ventanilla del coche, el problema era que esa era la única forma de que Rider me contactase y todavía necesitaba saber de él. Entre el felino y el jovencito habían mandado al traste mi vida en cuestión de días, lo que en parte era de agradecer, ya que enterarme del palo de Jim y Aurora juntos me lo hubiera tomado de otra manera si no tuviese la cabeza caliente con tantas locuras. Volví a guardar el dichoso teléfono en el bolso y me acosté un rato, impaciente porque llegase la noche.

No es que tuviese demasiadas ganas de estar de fiesta con esa traidora de Aurora... Sí, ya sabía que Jim no era de mi propiedad, pero coño, eso de liarse con los ex de tus amigas era algo que no hacía falta decir en voz alta, eso simplemente se respetaba y punto.

Llegamos al anochecer a casa de Blanca. Antes de salir, ya me había tomado alguna que otra copa para poder montarme mejor el papel de amiga feliz y encantada por volver a estar tiempo a solas con la arpía robahombres, así que mi grado de euforia fue creciendo a medida que nos acercábamos a la mansión.

Nos abrió la puerta Naveen con Tiana en los brazos. El hombre no estaría muy bien dotado, pero no se podía negar que como padre era insuperable; tanto que por una milésima de segundo me entraron ganas de ser madre, pero luego Tiana le vomitó en el hombro y el instinto maternal se me fue a la basura...

—Aurora, ¡¡qué de tiempo!! —gritó Mérida más falsa que Judas, abalanzándose sobre Aurora y dándole un fuerte abrazo. De pronto, me di cuenta de que mi grado de alcohol en sangre actual no iba a ser suficiente para tanto teatro.

—Aurora —fue lo único que pude decir sin ponerle cara de asco.

—Naveen se va a quedar con la niña en casa, soy toda vuestra, ¿adónde vamos? —dijo Blanca rápidamente, intentando cortar la tensión del ambiente.

—El de Chip lo cerraron, ¿no? —preguntó Aurora.

—Sí, finalmente detuvieron a ese malnacido —respondí.

—Bueno, creo que, para variar, soy la que más antros nocturnos conoce. Yo os llevo —alardeó Mérida.

En los vehículos siempre nos sentábamos por tamaño de trasero, por lo que, la que tenía el culo más gordo, iba de copiloto, así que me tocó ir detrás

con Aurora; Blanca nos ganaba a todas. Sí, la segunda era yo, pero hasta en eso me tocaba perder y joderme al lado de la tonta.

Mérida condujo hasta el bar del que salí corriendo después de la pelea de Adam. Gracias al cielo, después de la que lio, dudaba mucho que volviese a aparecer por allí. El problema era que el matón al que le aticé me reconociese, pero bueno, eso tampoco me preocupaba demasiado porque iba con mi escolta particular, y si venía la policía también tenía la espalda cubierta con mi mega amiga Aurora de vuelta al clan.

Esta vez ya conocía el lugar y las llevé directamente a la parte del patio donde se podía fumar, y ya de paso hablar con un poco más de tranquilidad. Nos sentamos en un reservado, apartado tanto de la barra como de los baños y del mundanal ruido estridente de la música de discoteca. A los pocos minutos Mérida se fue a pedir dos tandas de chupitos.

—Por nosotras —brindó mi ilusa amiga, si pensaba que así Aurora picaría estaba muy equivocada. En vez de eso en cuanto vio los vasos arrugó la nariz como un puercoespín.

—Mérida, Aurora tan solo bebe con sus amigos de verdad, nosotras no somos lo suficientemente cercanas como para que se rebaje a hacerlo —dije, metiendo cizaña y consiguiendo mi objetivo.

—Ariel, siempre tienes que dar la nota, pero tengo que decirte que si estoy aquí es por Blanca, no por ti, que te quede bien claro. —Aurora cogió sus dos vasos y se los tomó uno tras otro casi sin respirar.

—¡Eah!, ¡al carajo el brindis! —nos amonestó Mérida, levantándose y yendo de nuevo a la barra para regresar con otras dos rondas.

Cuando llevábamos demasiados chupitos tomados hasta para mí, vi que ya era buen momento para comenzar el ardid. Miré a Mérida y a Blanca y les guiñé un ojo para que iniciasen ellas la actuación.

—Otro trago por las que no tenemos suerte en el amor. —Cuando Blanca alzó su vaso Mérida la interrumpió—. A ti no te toca, que tu hombre, además de estar forrado, cuida a mi ahijada de escándalo. —Aurora nos miró sin saber exactamente qué hacer—. Ariel, tú sí, porque tienes un ojo clínico que jode... y yo también porque para una vez que me enamoro se la van a llevar lejos sin poder ni siquiera despedirme. —Mérida comenzó a llorar y a hacer el papel de su vida, dejándose caer encima de Aurora y casi sonándose los mocos en la blusa de esta—. ¿Tú tienes a alguien en tu corazón? Cuéntanos y así, al menos, nos alegraremos por ti.

—Yo, a decir verdad... —carraspeó—, hay alguien... Todavía no sé si

vamos en serio o si solo me está utilizando—. Tras oír eso mi modo de mala persona se activó y una pequeña sonrisa asomó por la comisura de mis labios casi imperceptible. Aunque nadie la viese, yo sabía que estaba ahí y que no debería estar.

—¿Y eso? —pregunté con cara de tonta.

—Es una larga historia y no es el mejor lugar para contárosla.

—En unos días me voy, no creo que tengamos muchas más oportunidades. —«Esa Blanca metiendo presión», la vitoreé en silencio.

—Ariel —me llamó mirándome a los ojos directamente. Temí que aquello no me iba a gustar—, nunca he querido hacerte daño. 'El apareció en mi vida hace unos meses, necesitaba ayuda con un caso y poco a poco lo fui conociendo mejor y me fui enamorando locamente de él. —Sollozó con la mirada más sincera que había visto en mi maldita vida.

—Jim no es mío y nunca lo fue, perdí mi oportunidad en su momento y no puedo volver atrás. Si te soy sincera, prefiero que esté con una arpía hija de la mala madre a la que quiero que una a la que no conozco. —Aurora se puso a llorar a moco tendido con Blanca haciéndole los coros y, de repente, me vi a mis tres amigas compungidas, llorando y jodiéndome la noche—. ¡Venga ya, no tocadme el toto!

—Para una cosa bonita que dices y al final la cagas...

—Yo también te quiero, Mé.

—Bueno, pues ahora sí que nos merecemos un brindis —dijo Blanca, secándose las lágrimas.

Nos quedamos un rato más sentadas hablando y bebiendo, hasta que mi vejiga me saludó para que fuese al servicio. Al salir del appestoso cubículo que había en el garito por letrina, me topé de frente con Aurora que aguardaba fuera mirándose al espejo, retocándose el maquillaje. La cogí de la mano y la metí conmigo en las cuatro paredes asfixiantes y con olor a pis de caballo, cosa que creo que ella en particular no notaría.

—Aurora, ¿sabes cuándo van a sacar a las chicas del país? —le pregunté sin tapujos, ya habíamos perdido demasiado tiempo de lo que podría ser una noche memorable.

—Sí, pero no vais a poder hacer nada para liberarlas. Les han propuesto un trato: si delatan a sus jefes, se quedan aquí, pero no han querido, están aterradas.

—Tú solo dime día, hora y lugar, no te pido que te mojes más, te lo prometo. Mérida y yo nos apañaremos. —Aurora sacó un bolígrafo y un

papel, escribió en él y me lo guardó en el bolsillo lateral del bolso—. Gracias, no te arrepentirás.

—Ya me estoy arrepintiéndome, Ariel.

Nos dimos un abrazo como hacía mucho tiempo que no nos dábamos, olvidándonos de dónde nos encontrábamos, tanto del olor como de las reducidas dimensiones de aquello.

De repente, la puerta cedió detrás de mí, bisagras incluidas, y ambas caímos sobre ella como si de una cama se tratase. En el mini descenso, le di una patada a la pared contigua y esta también se desplomó, pero para el lado, estrujando la cabeza de alguna pobre meona inoportuna. Y así fueron cayendo los seis sanitarios uno tras otro, como si de un juego de dominó se tratase, con los gritos de cada una de sus ocupantes de fondo.

Aurora y yo nos miramos, levantamos la vista y justo fui a ver, desde mi postura, los pelillos de la nariz de Rider que estaba en pie en la puerta de los baños, mirando atónito la escena que se había montado: un montón de mujeres saliendo de debajo de las maderas con las bragas por los tobillos y otras que tan solo habían ido a acompañarlas, las féminas y esa fea costumbre de ir como los donuts al servicio, juro que jamás olvidaré su cara en ese momento.

Levanté la mano como pude y lo saludé con los dedos. Aurora se incorporó presionándome el estómago y casi haciendo que vomitase entre el hedor, el ridículo y el apretón. Rider me dio la mano y me ayudó a levantarme.

—Creo que lo mejor sería que nos marchásemos —informé a los demás, despeinada y llena de restos de orín y de otras cosas que prefiero no saber qué eran.

—¿Ya la habéis liado?

—No ha podido darte tiempo. Ariel, habéis tardado cinco minutos —suspiró Blanca.

Rider estaba detrás de nosotras, yo no hacía más que mirar para los servicios y comprobar que ninguna escapista nos estuviese señalando con el dedo a los de seguridad, pero también vigilando que Rider no se evaporase como solía hacer. Una vez en los aparcamientos al lado del coche, Rider me detuvo y me miró suplicante.

—Chicas, nos vemos mañana.

—¿Seguro? —me preguntó Mérida, lanzándole una feroz mirada a Rider.

—Seguro, mañana pasamos al plan B.

Me monté en el coche de Rider y abrí las ventanas inmediatamente para que el olor se disipase un poco con el viento, mientras veía a mis amigas salir en dirección contraria a casa de Blanca.

—Creo que te debo una explicación.

—Yo diría más bien unas cuantas.

—Y te las daré, pero antes necesito que me cuentes qué te encargó Úrsula que hicieras exactamente.

—Yo me suelo caracterizar por mi sinceridad y hay algo en ti que hace que desconfíe. No te voy a decir nada, Rider.

—¿Podemos ir a tu casa para que no nos molesten?

—No sé si deberíamos, no es la mía, es la de Mérida y ella estará a punto de llegar.

En ese momento entró un mensaje de voz de Mérida, me lo puse en la oreja para que tan solo sonase para mí, hasta que Murphy decidió que mi móvil lo pusiese en grado concierto de Iron Maiden, se conectase al bluetooth y se oyeron por los altavoces las voces gritonas de mis amigas.

—¡¡Ariel, nos quedamos en casa de Blanca de fiesta de pijama!!  
¡¡Cualquier cosa silba y le corto las cabezas!! —dijo Mérida.

—¡¡No te bajes las bragas y no tendrás problemaaaaas, mantén tu toto sequitooooo!! —espetó Aurora borracha.

—¡¡Ni puto caso a estas dos!! ¡¡Tíratelo, que está que te cagas!! —gritó Blanca.

Tras unas risas de fondo, el silencio más sepulcral se hizo entre esas cuatro paredes.

«Nota recordatoria para todo el mundo mundial: nunca jamás abrir un audio de las locas de tus amigas en público si no quieres morir de la vergüenza.»

A medida que fueron soltando barbaridades, noté cómo me iba empequeñeciendo en el sillón, hasta sentirme casi como una mini yo con los coloretos de Mafalda.

—Ni una palabra al respecto, por favor. Creo que finalmente sí que vamos a poder ir a la casa sin que nos molesten.

—No he dicho absolutamente nada —atinó a decir antes de que le diese un

ataque de risa de tres mil pares de narices, llevándose su correspondiente puñetazo en el hombro a continuación.

En cuanto entré Duque abrió un ojo, me miró, se levantó, estiró su pequeño cuerpecito y se dio la vuelta dejándome claro que no lo molestase. Creo que le había cogido tanto cariño porque si fuese persona sería como Mérida.

Abrí el mueble donde mi amiga guardaba las botellas, serví dos copas y nos sentamos en el sofá. Procuré guardar una distancia prudencial para que ni tan siquiera nos rozásemos.

Rider se quitó la chaqueta y se quedó con una de sus características camisas de cuello de barco, con los botones superiores abiertos que tan bien le quedaban. Tenía una sombra gris bajo los ojos y tristeza en la mirada, en ese poco tiempo era la segunda vez que lo veía así, y la anterior fue por culpa de Úrsula. Así que, por muy cachonda que me pusiese con solo mirarlo, no iba a dejar que mis hormonas interfiriesen en la investigación, que ya no me pagasen no quería decir que hubiese olvidado el tema.

—¿Y bien?

—Ariel, realmente te he estado siguiendo porque necesitaba encontrar algo en contra de Úrsula. No acabo de entender el interés que puede tener para destruir a las mujeres a las que te hizo seguir, pero estoy seguro de que, si ella las quiere fuera de su camino, es porque tienen algo en su contra lo suficientemente fuerte como para usarlo yo y poder recuperar lo que es mío.

—¿Ese ha sido el único motivo por el que te has acercado a mí? —le increpé. Se me estaba empezando a hinchar el toto de que todos los hombres con los que me acostaba tuviesen intenciones ocultas para conmigo.

—No, mi idea fue simplemente seguirte, con el GPS no fue muy difícil, pero el día que te vi intentando pegar una paliza al personal de seguridad de la revista, cuando ayudaste a tu amigo en la discoteca y después de pasar un tiempo contigo no he podido dejarte tranquila.

—Si eso es cierto, ¿por qué desapareces cada vez que hay problemas?

—Ariel, Úrsula es muy peligrosa, si te relaciona conmigo y se entera de lo que estoy intentando hacer, no sé de lo que sería capaz...

Sin querer mi trasero fue poco a poco, milímetro a milímetro, deslizándose por los cojines del sofá para terminar con las piernas pegadas la una con la otra.

«La mierda del subconsciente me ha traicionado».

—Supongamos que te creo, ¿qué quieres que hagamos ahora? —me medio

insinué poniéndole ojitos.

—No tengo claro cuál es el siguiente paso que tengo que dar, pero de lo que estoy totalmente seguro es de que quiero hacerte el amor esta noche como nadie te lo haya hecho. —Morí con sus palabras.

Se acercó y me dio un sensual beso en el cuello, deslizó un poco la manga de la camiseta dejándome al descubierto el hombro, rozó sus labios contra él, provocando que se me pusieran los vellos de punta y que mi vagina se contrajese al sentir su cálido aliento cosquillear mi piel. Se fue recostando poco a poco con delicadeza sobre mí, mi cuerpo cedió bajo el suyo hasta quedar tumbada en el sofá con Rider mirándome fijamente, con sus penetrantes ojos y esa sonrisa aniñada, junto con un pequeño temblor en la barbilla. Pese a no ser nuestra primera vez, no tenía claro cuál de los dos estaba más nervioso, ya sabía que podía confiar en él.

Se deshizo de la camisa ágilmente con una mano, acaricié su pecho desnudo siguiendo la línea de sus músculos con mis dedos, sin poder evitar soltar varios suspiros mientras lo hacía. Fue como si el tiempo pasase más despacio de lo que realmente transcurría, desde mi perspectiva todo sucedía a cámara lenta: su respiración, la mía y el acelerado latir de su corazón acompasado con el mío.

Por fin bajó su cabeza e introdujo su lengua en la húmeda oquedad de mi boca. Le devolví el beso procurando no acelerarme, pero mi sexo quería sentirlo cerca, necesitaba que nuestros cuerpos se uniesen. Mientras me continuaba besando, desabroché torpemente su pantalón y abrí los muslos haciendo que su peso recayese sobre mi entrepierna, pudiendo notar su miembro sediento de mí.

Pasados unos segundos, su ritmo cambió. Sabía que había estado intentando decelerar el momento, sin embargo, él estaba tan ansioso como yo por continuar. Con una mano agarró mis muñecas y las apretó contra el cojín que había sobre mi cabeza, mientras con la otra levantaba mi blusa dejando al descubierto mis pechos y los besó, pasando la lengua alrededor del encaje del sujetador. La cintura se me arqueaba y mi pubis se apretaba contra el suyo. Mis ojos rogaban que me penetrase, pero los suyos eran juguetones y picaros pese a tener esa mirada viciosa que delataba su excitación; continuaba reprimiéndose. Me mordió el lóbulo de la oreja y me susurro al oído.

—Te quiero.

Entonces fue cuando mi razón dejó de funcionar y decidí tomar las riendas de aquello antes de que me corriese sin que siquiera me la hubiese

introducido. Me impulsé a la derecha cogiéndolo desprevenido y haciendo que ambos cayésemos al suelo, quedando esta vez sobre él. Las tornas acababan de cambiar.

Con los dos dedos índices le dibujé un corazón usando como extremo inferior su ombligo, agaché la cabeza y puse mi nariz a la altura de su cintura, desabroché los botones que le quedaban del pantalón, le di un pequeño tironcito de las costuras de la cadera y dejé al descubierto unos divertidos calzoncillos a cuadros azules. Mordí el débil elástico bajándolo con los dientes y tuve frente el miembro erecto de Rider, le rocé la suave cabecita con la lengua, para luego mordisquearle con cuidado los lados. Levanté la vista mientras lo hacía para comprobar su estado: tenía los ojos cerrados, y se mordía el labio inferior intentando ocultar un gemido de placer. Metí por completo su pene dentro de mi boca y aspiré como si fuese a quitarle el aire por allí.

Rider se sentó de golpe, me sostuvo la nuca y me besó fuerte y ardientemente. Me coloqué de rodillas dándole la espalda y él siguió comiéndome por detrás del cuello. Enterró su mano dentro de mis bragas y jugueteó con mi clitoris durante los pocos segundos que se lo permití. Me coloqué los pantalones a la anti erótica altura de los tobillos dejándole en primera plana mi trasero y con suavidad y precisión me dio la primera embestida, haciéndome dar un pequeño e incontrolable gritito. Después de algunos minutos así, mi cuerpo no pudo seguir aguantando y noté cómo mi vulva se estremecía y se contraía una y otra vez empapándonos a los dos. Justo entonces sentí una sacudida más feroz y un suspiro, ahogado en el mordisco de mi hombro.

No recuerdo exactamente cómo ni cuándo nos dormimos. Lo único que saqué en claro aquella mañana era que me sentía más relajada de lo que lo había estado en mi vida, tumbada sobre el pecho de la criatura más perfecta con la que había yacido jamás, tapada solo por la colcha que tenía Mérida sobre el sofá. Rider dormía, con una sonrisa en los labios, respirando con la misma tranquilidad con la que yo lo hacía. Me entretuve en acariciar su pecho y me permití el lujo de quedarme embobada mientras descansaba. Su sonrisa se amplió y abrió un ojo para cogerme desprevenida con cara de tonta mirándolo fijamente.

—¿No te has cansado aún de observarme? —me preguntó, agarrándome la mano y besándomela.

—No creo que pudiese cansarme nunca ni de mirarte ni de tocarte.



Rider se colocó sobre mí y volvió a besarme, justo cuando pensé que el día empezaría como uno de los mejores de mi vida, escuché la cerradura de la puerta abrirse. Se tumbó sobre mí, aún estábamos en el suelo, al lado del sofá, casi bajo la mesa. A continuación, vimos las piernas de Mérida que andaba apresuradamente al baño y unos ruidos escatológicos se cargaron el romanticismo del momento. Rider y yo nos miramos y empezamos a reírnos a carcajadas.

—¿Ariel?! —llamó Mérida desde el servicio.

—Sí, estoy en el sofá —mentí procurando que no se me escapase una carcajada.

—Si no estoy en mi casa, no soy capaz de ir al servicio, ya casi pensaba que el estómago me iba a explotar de un momento a otro.

La dejamos con su explicación de dónde hacer o no mejor sus necesidades y nos vestimos rápido, sin poder parar de reír. Me dio un beso en la puerta y me prometió que me llamaría. La cerré en cuanto se fue, poniendo seguramente la mayor cara de tonta que había puesto jamás, y lancé un sonoro suspiro mientras Mérida salía del baño y me observaba desconcertada.

—¿Se puede saber qué haces?

—Ser feliz, amiga —respondí, dándole un beso en la mejilla junto con un inesperado achuchón. Y me fui saltando ridículamente a la ducha con la pena de quitarme su olor de mi piel.

## *Capítulo nueve.*

### *La huida.*

Después de cantarle al sol, a la luna, y al coño de mi prima en la ducha, mi neurona regresó a la realidad, corrí al bolso y deslicé el papel que me dio Aurora antes del pequeño accidente en la discoteca.

*Día 12 a las 12.00h. Carretera secundaria de la ciudad. Coche blindado.*

—¡Joder!

—¿Qué sucede? A veces pienso que eres bipolar, Ariel.

—Mira, dentro de cuatro horas sacarán a las chicas del país.

—¡Mierda, tenemos que movilizarnos a la de ya!

Mérida llamó a Blanca y le dio los datos para que ella informase a su nada peligrosa nueva pareja. Quedamos en una hora en su casa, y él ya nos daría las directrices a seguir. Siendo sincera, me daba pánico lo que estábamos a punto de hacer; a lo mejor, si hablase con Jim, él podría ayudarnos, o si convencíamos a las prisioneras para que vendieran a Cruella y a Reina.

Mi cabeza no dejaba de dar vueltas, era tan desgraciada que con lo que el karma me quería, capaz de que justo cuando parecía que había encontrado el amor de mi vida, y encima me correspondía, acabaría en medio de un tiroteo y me matarían.

Nos pusimos ropa negra tal y como nos había indicado el experto. Que fuese justo al mediodía, no nos ayudaba en absoluto a mantener el anonimato, solo esperaba que Jim no se encargase del traslado o me iba a meter en muchos problemas, y me temía que Aurora iba a correr la misma suerte por nuestra culpa. Justo en la puerta de casa de Blanca, Mérida detuvo el coche y me miró muy seria.

—Si me lo pides, lo dejamos.

—¡Ah, no! No voy a consentir que esto recaiga sobre mi conciencia.

—Ariel, si te paras a pensarlo, es una locura.

—Como todas las que hemos hecho desde que nos conocemos, ¿no?

—Pero esto es distinto, podríamos ir a la cárcel, o incluso morir.

—¿Y cuál es la otra opción? ¡Dejamos a esas dos a su suerte de nuevo en su país para que las esclavicen, las torturen o las maten?

—Te quiero, enana.

—¡Mido uno sesenta y tres! —me defendí, haciendo un estúpido mohín y cruzándome de brazos, intentando que Mérida se relajase.

Una vez dentro, Naveen se despidió de su amada Blanca y de la pequeña Tiana, nos montamos en un cuatro por cuatro completamente negro, cristales incluidos, y nos fuimos al punto donde íbamos a interceptar a un coche de la policía y secuestrar a dos presas. El pan nuestro de cada día de una persona normal y corriente, vaya...

Al menos, la carretera por la que iban a pasar era de un solo sentido, estaba bordeado por un camino de árboles pegados justo a unos barrancos; por eso la pusieron de secundaria, porque con las borracheras nocturnas y la estrechez, en la parte baja de la hondonada había una especie de desguace de coches accidentados, y de seguro algún que otro cadáver extraviado, un panorama para nada alentador teniendo en cuenta nuestra situación. La idea era hacer como si el coche hubiese sufrido una avería, y estuviese allí abandonado obstaculizando parte de la vía.

Justo a pocos metros de donde nos encontrábamos, había una parte en la que la carretera se ensanchaba formando una inútil explanada. Naveen se encargaría de salir y de rescatar a las chicas, nosotras solo tendríamos que estar de apoyo psicológico por si algo saliese mal, pero claro, de la teoría a la práctica siempre iba un jodido mundo.

Nos escondimos en los asientos traseros esperando que el coche apareciese. Naveen, antes de irse, nos miró y nos dio dos pistolas como las de las películas.

—¿Sabéis usarlas? —nos preguntó, añadiendo al lote unos feos pasamontañas.

—Sí, he disparado alguna que otra vez —confesó Mérida.

Yo, al contrario, no había tocado una de esas en la vida, pesaba más de lo que pensaba, estaba fría y olía mal, o simplemente no olía a nada y mi subconsciente estaba comenzando a hacer de las mías, nunca lo sabré. Cogí mi arma con dedos temblorosos mientras escuchaba una clase rápida de cómo disparar sin matar a nadie. «¡¿Cómo diantres se puede estar seguro de disparar sin matar a nadie?!».

—Tienes en tu mano una Glock de 9mm. Ya me he encargado de llenarla de balas, quita el seguro que está en el costado, en la parte más cercana del mango, carga el arma tirando para atrás de la parte superior, así pones una bala en la recámara, y dejas la pistola lista para ser usada. Nunca pongas el

dedo en el gatillo hasta no estar segura de dónde vas a disparar, intenta que no sean puntos vitales, siempre que no sea necesario, cuando estés lista presiona el gatillo y el resto sucederá solo. No es un arma con mucho retroceso, así que no creo que tengas problemas —concluyó saliendo del vehículo, dejándome memorizando cada puñetero paso que acababa de explicarme, sudando como si estuviese en el desierto por los nervios y por la lana del maldito pasamontañas que llevaba puesto.

Naveen estiró unos pinchos metálicos a todo lo largo de la carretera y se camufló entre unos arbustos, Mérida se quedó agazapada en el sillón del copiloto jugueteando con la pistola y yo, bueno, yo solo me fumé un paquete de tabaco en menos de veinte minutos y acabé con las reservas de mi petaca en menos tiempo aún.

Tal y como dijo Aurora, el coche pasó a las doce y pocos minutos frente a nosotros, deteniéndose delante de los pinchos. Del vehículo, se bajó un policía vestido de paisano con barriga regordeta y unas ridículas gafas de sol, que comenzó a andar hasta nuestro coche con paso lento y aburrido. En el sitio del piloto había otra persona, pero el sol nos daba de frente y no sabría decir si era hombre, mujer o incluso burro. Cuando el poli estuvo al lado de Naveen, este salió y le encañonó la sien haciendo que casi me hiciese pipí encima. Mérida, al contrario, parecía que hubiese trabajado en esto toda su maldita vida y no se movió ni un milímetro. Naveen y su rehén fueron de vuelta al coche, el compañero del aterrorizado hombre salió y apuntó al marido de Blanca con un arma, apoyándose sobre el techo.

—¡¡Libera a las chicas y nadie saldrá herido!!

—¡Alto o disparo! —gritó una voz demasiado familiar. Naveen en ese momento bajó un segundo el arma y disparó al regordete en la rodilla—. De acuerdo, de acuerdo.

Mi peor pesadilla se estaba haciendo realidad, delante de mí tenía a Jim con los brazos en alto abriendo la puerta de atrás de las chicas. Lo conocía lo suficiente como para saber que aquello no quedaría así.

De repente, el desagradable sonido de las aspas de un helicóptero nos sorprendió a todos menos a Mérida, el artefacto aterrizó en la hasta ahora inútil explanada, abrió la puerta lateral y vi la sonriente cara de Jasmine, vestida de camuflaje como si fuese un soldado. El rostro de desconcierto de Jim no tenía precio, aunque creo que el mío incluso lo superaba.

Naveen dejó caer al hombre herido al suelo y se apresuró a sacar a las asustadas muchachas y conducir las hasta el helicóptero. Mérida se apeó y

apuntó a Jim para que no hiciese tonterías. Yo, por mi parte, salí y la imité temblorosa. Jim dio un paso hacia delante, pero Mérida le disparó justo a pocos centímetros del pie. La locura estaba comenzando a salirse de madre.

Po y Mulán corrían delante de Naveen sin saber qué sucedía en dirección a Jasmine. Mérida me hizo señales para que me uniese a la carrera mientras ella nos cubría la retaguardia y caminaba de espaldas sin dejar de apuntar a Jim.

El sonido de las aspas, aún en funcionamiento del cacharro, mezclado con algún disparo de Mérida, hacía que mi corazón estuviese a punto de salirme por la boca. Una vez en el interior, Jasmine me reconoció y me guiñó un ojo. Mérida estaba tan tranquila porque sabía que ella iba a venir y no me había dicho nada, en estos instantes no tenía claro si la amaba o si quería probar mi puntería con ella.

Cuando Mérida llegó hasta nosotros, el helicóptero ya volaba a un metro del suelo, ella saltó y Naveen la agarró del brazo para ayudarla a subir, pero Jim ya estaba debajo aguantándola por la pierna para evitar nuestra huida.

Naveen sacó su arma y apuntó directamente a la cabeza de Jim, este vio el cañón apuntándolo sin inmutarse ni cesar su agarre, a cámara lenta contemplé como Naveen movía el dedo dispuesto a presionar el gatillo y terminar con él, grité y salté sin pensármelo sobre Jim, derribándolo y cayendo sobre él. Solo me dio tiempo a levantar la vista y a hacerles señales con la mano para que se marchasen.

Jim se dio la vuelta y se colocó sobre mí, presionándome los brazos con las rodillas y dejándome totalmente inmóvil. Cogió mi pasamontañas y lo arrancó para apuntarme con su arma. Cuando nuestros ojos se cruzaron, y por fin me reconoció, cayó abatido hacia atrás soltándome. Intenté incorporarme, levanté la rodilla y le di justo en las pelotas haciéndolo caer de espalda, todavía más enfadado de lo que ya estaba.

—¡¡¿En serioooo?!!!

—¡¡No quisiste ayudarme!! Lo siento.

—¿Pero cómo sabías...? ¿Ha sido Aurora? ¡¡Os habéis reído bien de mí, debí haberlo sabido en cuanto que he visto a la dominatriz de tu amiguita volando!! —gritó, se echó sobre mí de nuevo, me dio la vuelta y me puso las esposas lastimándome las muñecas—. Quedas detenida, cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra.

—Jim, por favor.

—Tienes derecho a guardar silencio, tienes derecho a un abogado.

—¡Jim, quieres escucharmeeee!

—¡Nooooo! ¡No quiero volver a oír tu voz jamás!

—Puedo ayudarte, Jim. Lo prometo. —Me levantó y me metió de un empujón en el coche, ayudó a su compañero que tenía un rasguño ensangrentado en la pierna y arrancó en silencio—. Jim puedo ayudarte a desarticular la red de esclavas que estabas investigando.

—¿Qué red de esclavas?

—¡La de Reina y Cruella y otra más que no sé quién es, pero tengo pruebas y puedo ayudarte, de verdad!

—Ariel, no estaba trabajando en eso, como siempre te has vuelto a equivocar conmigo —dijo sin mirarme, cogiendo la dirección que llevaba al hospital. Si todavía no me metía en comisaría, a lo mejor tendría alguna posibilidad para convencerlo...

Entramos en el hospital y rápidamente salieron los médicos a llevarse al regordete para curarlo. Jim no me dirigió ni una sola mirada, al contrario que el resto del personal allí presente, que cada vez que se fijaban en las esposas se apartaban de mí como si fuese la persona más peligrosa del mundo.

—¡Oh, por favor! ¿Podrías quitarme estas cosas? ¡Acabo de salvarte la vida! —Jim me agarró y me sacó del recinto bruscamente.

—Tú has sido la que has puesto en peligro mi vida y la de mi compañero con tus locuras. ¿Cuándo dejarás de comportarte como si tuvieses dieciséis años, Ariel? ¡¿Cuándo coño vas a pensar en que tus actos traen consecuencias?!

—Lo hice con buena intención —me defendí sin poder ocultar una lágrima, pero intentando guardar la compostura.

—¡¡Nos harías un favor a todos los que te rodeamos si desaparecieses de nuestras vidas!! ¡Eso sí que sería hacer una buena obra para variar, y dejar de pensar egoístamente como haces siempre!

—¡Ariel! —me gritaron desde los aparcamientos. Aurora y Adam venían corriendo hasta nosotros—. ¿Qué haces? —le increpó Aurora.

—No sé, dímelo tú, capturar a una de las que han liberado a dos prisioneras y han disparado a un agente de la ley, por ejemplo.

—Suéltala inmediatamente —le ordenó Adam.

—El que faltaba, ¿tú no tienes que peinarte o algo así? —se burló Jim.

Adam, que le sacaba casi media cabeza de alto, lo cogió por la pechera de la camisa y lo levantó del suelo. Con el escándalo, la gente comenzó a gritar que llamaran a la policía. Aurora se quedó muda tras escuchar parte de nuestra pequeña aventura y permanecía a mi lado ocultándome las manos

esposadas para no levantar más revuelo entre los curiosos.

—Por favor, deteneos. Esto ha sido un terrible malentendido —supliqué.

—Jim, piensa en los animales, Ariel puede ayudarnos.

—Ya no sé de parte de quién estás —le escupió Jim a Aurora, dejándole a esta una sombra gris en la mirada tras escucharlo.

—¿Qué animales? —preguntó Adam perdido.

—¿Todo esto es por Duque? Juro que la víbora de Reina me lo dio, yo ni lo quería.

—Ariel, ¿qué dices? —preguntó Aurora como si me hubiese bebido el alcohol de media destilería y no estuviese en mis cinco sentidos.

—¿Os dais cuenta que esta conversación está empezando a resultar un poco de besugos? Lo único que está claro es que usted, Aurora, ha dejado de trabajar con la policía y que Ariel vendrá detenida con bastantes cargos.

—¡Y la burra al trigo! ¡Qué pelusilla me tienes, hijo mío!

—¿Cuánto dinero quieres para hacer la vista gorda y dejar libre a Ariel? —le preguntó Adam, sacando su billetera y condenándome aún más.

—¿Estás intentando sobornarme?

—No, estoy procurando que dejes de molestar a mi pareja.

—¿A tu pareja? ¡Tú y yo no somos nada!

—Entonces no le pago.

—Pues no le pagues, ¡no te jode! Prefiero ir presa que estar contigo.

—¡¡Podéis dejar de decir estupideces de una maldita vez!! —nos gritó Aurora—. A ver, todo esto empezó porque queríamos salvar a los animales. Te guste más o menos Ariel puede ayudarnos y creo que se te han escapado las dos únicas testigos que tenías, ¿no es cierto?

—Pero ¿qué animales?

—¡Ariel, cállate! —ordenó Jim alterado. Me giró, agarró mis muñecas y me quitó las apretadas esposas con resignación—. Sé que voy a arrepentirme de esto, lo sé, pero Aurora tiene razón. Vayamos a un lugar más tranquilo y exponedme lo que tenéis pensado. Os juro, que a la mínima tontería, esta loca entra en prisión sin que podáis hacer nada por evitarlo.

Nos fuimos al coche de Jim con Adam siguiéndonos.

—¿Y tú dónde cojones vas?

—Con vosotros.

—No te necesitamos —le informó Jim metiéndose en el coche. Adam se acercó a la ventanilla y le dijo.

—¿Ariel no te ha contado que ya no tiene ningún contacto con las

supuestas villanas? En estos instantes el único enlace que tenéis soy yo.

—¿Ariel? —preguntó Jim, mirándome con recelo.

—¡Mierda! —dije a modo de afirmación.

—Sube, pero no quiero héroes.

Adam se montó a mi lado en el asiento trasero con una sonrisa de oreja a oreja, como si fuese un niño y hubiera obtenido la piruleta más grande de la tienda. Si lo hacía por putearme, desde luego que lo estaba consiguiendo.

Jim nos llevó al bar donde me quedé trabada en la ventana del cuarto de baño, el mismo en el que los camareros no se habían olvidado de mí, nada más verme entrar empezaron a cuchichear y a reírse por bajini, tocándome la moral de mala manera.

—¿Realmente no había otro sitio?

—Me trae buenos recuerdos —dijo sonriente.

—Si queréis que trabajemos juntos, tenemos que poner las cartas sobre la mesa y debemos confiar los unos en los otros —expuso Aurora en cuanto nos sentamos.

—Dijo la mujer que no ha sido capaz de callarse el tema del traslado...

—Jim, por favor.

—Además, ¿qué más te da que esas dos pobres se hayan escapado de volver a sus países de origen? Si de todas formas no te iban a decir nada, una se olía los sobacos y la otra era como Tarzán pero embrutecida. Ya me tienes a mí —le recordé.

—Y eso es precisamente lo que me preocupa —respondió mirando a Adam, que, de pronto, se había hecho amiguísimo de Jim, le guiñó un ojo y le rió la gracia. «¡Hombres!». De repente, me acordé de Rider, él también estaba metido en el ajo y podría ayudarnos con el tema.

—Tenemos que avisar a mi amigo Rider.

—No quiero a nadie más metido en este embrollo.

—Pero él...

—Pero él nada, Ariel, he dicho que no y es que no.

A veces me costaba recordar que vi en estos dos imbéciles. Observándolos me di cuenta de cuan cierto es eso de que el amor es ciego, y si ya hablamos de los polvos...

Les conté lo que había descubierto de la fábrica clandestina de ropa y, cuando Jim supo que sabía la ubicación, casi saltó de alegría en la silla. Teníamos pruebas para capturar a dos de las cabecillas de la red, pero aún nos faltaba la principal, la tal Mal a la que ambas mujeres temían tanto y a la que



yo no terminaba de ponerle cara.

—Ariel, no es una simple fábrica de ropa con mano de obra esclava, es algo peor aún —me explicó Aurora bastante abatida—. La piel es de verdad de animales en peligro de extinción, a los que capturan de sus lugares de nacimiento y traen en condiciones paupérrimas, para luego matarlos y torturarlos con tal de obtenerla.

—¿En serio? Menos mal que me llevé al gato.

—¡Ariel! —me amonestó Jim.

—Perdón, cuando me pongo nerviosa digo tonterías —me justifiqué sin dejar de sentirme aliviada por Duque.

—Bueno, es sencillo, ¿no? Solo tienes que mandar a tus hombres para que registren el lugar y listo —expuso Adam, resolviendo la pobreza en el mundo.

—No puedo, no tengo pruebas que me permitan montar algo de tal magnitud.

—¿Y si le pedimos ayuda a Naveen? A ti te ha quitado a Po y a Mulán sin pestañear —sugerí, arrepintiéndome al instante de mis palabras.

—¡Ariel! —me amonestó Aurora.

—Tiene razón, Aurora. ¿Sabes dónde estará? —dijo rindiéndose a mis locuras.

—Mmm, podría ser que nosotros nos hayamos enterado de que estabais en el hospital porque... alguien nos hubiera avisado y dicho que estarían en casa de Blanca.

—Aurora, cada día te estás pareciendo más a Ariel —se lamentó Jim.

## *Capítulo diez.*

### *El plan.*

Llamé a Mérida para que, cuando llegásemos, Naveen no se liara a disparar a diestro y siniestro.

Ya era más de mediodía cuando aparecimos en casa de Blanca. Po y Mulán estaban en el jardín junto a Mérida y a Jasmine con una cogerza de tres mil pares de narices. Unirnos a la fiesta no me pareció para nada descabellado, aunque mucho me temía que los demás tenían otros planes menos divertidos en mente. En cuanto entramos, y Jasmine me vio, se tiró sobre mí y me dio un abrazo de los que, mientras te aguantan, te cuesta respirar. Era la más delgada del grupo pero os aseguro que ni mucho menos la más indefensa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo tú aquí?

—Mérida me llamó, me dijo que estabais en problemas y que viniese con un helicóptero, y aquí estoy. No soy mucho de hacer preguntas, ya lo sabes.  
—Jasmine se fijó en Jim y se puso a la defensiva—. Lo que me gustaría saber es qué hace él aquí.

—Aguantarme por no meterte presa.

—Bueno, ya nos hemos saludado todos. ¿Una copita? —dije suplicante, mirando a Blanca que estaba pálida al ver la que se podía liar en su casa de un momento a otro. Asintió y trajo bebidas en cantidades industriales para todos los gustos. El problema era que acababa de caer en la cuenta de que si sobrios eran difíciles de controlar, borrachos casi prefería ni pensarlo.

Observando la escena desde fuera, resultaba bastante divertida, o al menos variopinta. Estaba: una lesbiana con problemas de autocontrol, liada con una india que no sabía qué era depilarse las piernas; una china con sudoración extra; una sadomasoquista con ira contenida; una defensora de los animales con ganas de ser malota; un negro con el pito chico enamorado de una aspirante a monja de clausura; un poli rodeado de delincuentes, pensando a

cuál de todos disparar primero; un niño rico abandonado y aburrido con ganas de aventuras y exceso de confianza; y yo, que si de los demás podía decir mil barbaridades, de mí directamente el diccionario se quedaba corto. En ese instante eché de menos a Rider, era lo único cuerdo —o medianamente cuerdo—, que había tenido en mi vida desde lo de Erick. El problema era que no quería meterlo en esto, él ya tenía bastante con su *vendetta* personal, como para encima pedirle que se uniese a nuestra causa.

El teléfono que me había dado Úrsula, y que no tiré para que Rider supiese dónde estaba en cada momento, sonó con el número de la bruja de su madrastra en la pantalla.

—Ariel, querida.

—Úrsula.

—Creo que me precipité contigo y voy a darte una segunda oportunidad, espero que no me falles. Me han dicho que del hotel de Reina saldrán unos camiones con una mercancía secreta, quiero que te enteres de qué se trata. —En un principio me entró ganas de mandarla a paseo, pero luego recapacité y vi la oportunidad que necesitábamos para zanjar este asunto.

—De acuerdo, en cuanto tenga las pruebas te llamaré —le respondí lo más seca que pude.

Una cosa era entrar por el aro y otra distinta comerle el *toto* de gratis. El único problema ahora era ver a cuál de todos los majaras elegía para que me acompañase. Si era sincera conmigo misma, y me paraba a pensar fríamente, Adam era el que mejor me podría venir en este caso, y más tratándose de Reina. Me tragué el orgullo, agarré al ególatra por el brazo y lo llevé aparte.

—Sabía que al final entrarías en razón.

—No inventes. Tenemos que colarnos en el hotel de Reina. ¿Me ayudas?

—¿Por qué tendría que hacer eso?

—Porque no se lo vamos a contar a los demás y, si conseguimos solucionar este embrollo, Jim se quedará a la altura del betún a tu lado.

—Lo compro —aceptó sonriendo, viendo al otro lamiéndole los zapatos.

Me inventé que íbamos a ver cómo estaba Duque, y que Adam me acompañaría porque era el que menos cantidad de alcohol había ingerido. Como cada uno estaba en su mundo, no me prestaron demasiada atención y fue fácil escaquearnos. Al llegar a la puerta del hotel, con el cuatro por cuatro de Naveen, vimos limusinas de todos los colores, fotógrafos y celebridades varias entrando. Aquello no nos iba a ayudar demasiado.

—¿Qué hacemos?

—Da la casualidad que tengo una invitación doble para este evento, aunque mucho me temo que con esas pintas... Ni aunque el papel fuese de oro te dejarían pasar. Espera aquí —me indicó saliendo del coche, dejándome aparcada en la acera de enfrente.

Después de más de quince minutos, y no sé cuántos cigarrillos, mi paciencia comenzó a menguar. Por un instante, pasó por mi mente un atisbo de preocupación, pero al momento recordé de quién se trataba y se disipó igual de rápido que vino.

Salí del coche aburrida y entumecida, nada más asomar la cabeza por la puerta una mano me agarró y me volvió a empujar dentro, para acto seguido tirarme encima una percha con una funda de tela y una caja de cartón.

—Ponte esto, lo mismo aún tienes arreglo.

—¡Todavía me pregunto por qué narices me fijé en ti! —le grité, cerrando de un portazo.

Bien cierto era que del amor al odio había un paso, pero eso ya estaba empezando a rozar la repulsión.

Embutirme en el traje no fue tarea fácil y menos aún dentro del coche. Lo más divertido fue el tema de la cremallera, por muchas vueltas que di no fui capaz de subirla más de la mitad de la espalda. Era un traje con escote de corazón, corte de sirena y dos aberturas a ambos lados que casi me llegaban a la cintura. Los kilométricos tacones de aguja eran todo lo contrario a algo que yo usaría. No fue hasta que salí que comprobé el color de la tela.

Me miré de arriba abajo e hice el amago de montarme de nuevo, antes de que nadie me viese de esa guisa, sin embargo, Adam me aferró por el tobillo y tiró de mí hasta ponerme de pie a su lado, cerró con la llave y se la guardó en el bolsillo, me miró satisfecho por su maniquí viviente y agregó:

—El dorado te queda genial, no sé por qué te quejas.

—¿Podría ser porque parezco una burbuja de champán?

Adam se metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó algo del mismo ridículo color que lo que yo llevaba puesto. Lo abrió y de la nada el trozo de tela se transformó en una especie de condón gigante.

—El toque final —dijo acercándose eso a la cabeza.

—¿Te digo dónde te lo puedes poner?

—Había que intentarlo —se rio, tirándolo y cediéndome el brazo para que me enganchara.

Lo hice porque si no, no hubiese dado ni dos pasos con esos malditos tacones. Allí estábamos los dos sonriendo ante las cámaras, paseando por la

alfombra roja frente a un montón de estúpidos, que nos envidiaban porque se pensaban que al entrar en esta clase de eventos se es alguien. «¡Cómo echaba de menos mi faro en esos instantes!». En el momento en que cruzamos el camino vallado, noté que todo el mundo se fijaba en nosotros. No me había peinado demasiado, dentro del coche y con salivita no pude hacer milagros, pero tampoco era para llamar tanto la atención como lo estábamos haciendo.

Un grupo de fotógrafos corrieron a nuestro lado e hicieron algo extraño, lo lógico era que las fotos se tomaran de frente o como mucho de perfil, pero todos ellos comenzaron a lanzar flashes en dirección a mi espalda. Me giré bruscamente para ver qué sucedía sin terminar de comprenderlo, cuando Adam, sin esperarlo, me trincó por la cintura y se colocó justo detrás de mí, pegando su señor paquete a mi culo, hasta el punto de conseguir hacerme sentir incómoda.

—No te separes, continúa andando y sonriendo —me susurró al oído sin cambiar de posición, empujándome para que anduviese más rápido.

Entregó las entradas y continuó sujetándome, indicándome dónde dirigirme. Juré que, si se trataba de un simple ardid para poder meterme mano, se iba a acordar de lo que valía un peine. Me topé con la puerta del baño de señoras, Adam incluido. En cuanto entramos, se separó de mí y se puso a reír a carcajadas.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?! —Mi grado de mosqueo estaba empezando a alcanzar cotas desorbitadas. Me miré en el espejo la parte de atrás y descubrí que la jodida mitad inferior del dichoso traje de sirena estaba enganchado al broche de mi sujetador, dejando al descubierto mis enormes bragas sobaqueras color beige y mis pelillos de las piernas. El karma había vuelto a hacer de las suyas y me estaba castigando por haber mandado a Po a hacerse la cera en vez de hacérmela yo. Si a mi semidesnudo le sumaba que la cremallera seguía subida solo hasta la mitad, las fotos que acababan de sacar no tendrían precio. Intenté colocar la ropa de nuevo en su sitio sin éxito mientras Adam me observaba con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. ¿Piensas ayudarme o nos vamos a quedar aquí toda la noche?

—Solo por esto ya ha merecido la pena venir —añadió mientras se peleaba con la maldita cremallera y me empujó contra la mesa de mármol del lavamanos, clavándomelo en la cintura.

—¡Un poquito más de delicadeza, por favor! —me quejé.

—Ariel, tengo que quitarte el sujetador, no sé cómo puñetas lo has hecho, pero no hay forma de soltarlo.

Me saqué las tirantas por los brazos y lo arrojé enfadada, esperando que ahora sí pudiésemos continuar nuestra misión. Justo entonces, se abrió la puerta y la cara de Rider apareció de la nada, cayéndole la prenda sobre la cabeza. Verme en el baño de señoras, de culo, sin sujetador, con Adam detrás quitándome el traje, no le dejaba mucho lugar a dudas sobre lo que estaba sucediendo.

—¡Rider, puedo explicarlo! —le dije intentando andar hasta él tropezándome con los tacones y liándome las piernas con las rajadas del traje, me precipité y caí sobre un pasmado Adam. Rider me lanzó la peor mirada que me habían echado en la vida y se fue dando un portazo.

—¿Y este es?

—¡Cállate! —gruñí, tirándome del vestido hacia arriba, quedándome tan solo con las bragas de barco y los tacones. Coloqué la dichosa prenda en condiciones y me la volví a poner, esta vez bien—. ¿Dónde están los camiones?

—Supongo que en el aparcamiento sería demasiado obvio, sin embargo, la lavandería tiene entrada de vehículos. Podemos ir allí.

Salimos del baño bajo furtivas miradas acusadoras por parte de los invitados al evento, bajamos las escaleras y nos dirigimos a la lavandería. No tenía muy claro qué estaba buscando, y si era sincera y egoísta en ese momento me importaba una mierda; solo quería salir de allí lo antes posible, llamar a Rider e intentar explicarle de alguna jodida manera lo que había visto. En el aparcamiento destinado a los coches de la ropa había seis tráileres cerrados a cal y canto. Mi idea de un sitio donde lavan cosas era la de un lugar con olor a detergente y suavizante, en su lugar olía a excrementos y a humanidad, dato significativo de que no estábamos lejos de encontrar lo que buscábamos, pero no lo suficiente como para inculpar a nadie.

—Tengo que entrar en uno y hacer fotografías —le susurré.

—Ariel, es muy peligroso, no voy a dejarte ir. ¿Has visto la pinta de los conductores que hay en las cabinas? ¿Realmente crees que para conducir un camión lleno de sábanas tienen que ser Rambo?

—Toma —le dije sacando del bolso la pistola que me había dado Naveen—. ¿Sabes usarla?

—Sí, Ariel, pero, aunque no me creas, me da miedo que pueda sucederte algo. —Era la primera vez en mucho tiempo que veía verdadera preocupación en su mirada. Le di un suave beso en la mejilla, me quité los tacones y cogí uno como si fuese un machete, desde luego ese tacón podría atravesar una

yugular. Tras el beso Adam se había quedado helado y estaba segura de que haría cualquier cosa que le pidiese.

Corrí descalza hasta la parte trasera de uno de los furgones que estaba más cerca, abrí la puerta procurando hacer el menor ruido posible, salté y me metí en el oscuro contenedor. El hedor allí dentro era aún más fuerte que en el exterior, hasta el punto de llegar a darme nauseas.

Escuché un disparo y me agazapé tras unas cajas. Alguien cerró la puerta y sentí cómo aquello comenzó a moverse. Encendí la linterna del teléfono para saber de dónde provenía la peste y lo primero que vi delante de mi nariz fueron los dientes de un león. Reculé hacia atrás y me golpeé la espalda con unos barrotes, se me cayó el móvil al suelo cubierto de paja y este quedó boca arriba alumbrando directamente a unos ojos negros vidriosos que me miraban hambrientos. Algo me atizó en la cabeza y de pronto todo se me nubló.

Desperté con un terrible dolor en la sien, alguien me estaba acariciando el pelo, para variar supuse que estaría en el hospital por alguna burrada de las mías, pero de pronto no recordaba cuál de todas ellas podría ser, hasta que mi nariz también despertó y me senté rápidamente apartándome de lo que fuese que me estuviese tocando.

Trasteé el suelo hasta encontrar el prófugo móvil, y cuando por fin lo hallé y lo encendí, descubrí que los ojillos negros que tanto me habían asustado no eran otros que los de unos graciosos chimpancés, casi más aterrorizados que yo. Uno de ellos tenía un extremo de mi pelo asido y se estaba metiendo las puntas en la boca. Pensé que iba siendo hora de darme un peladito...

En cuanto me incorporé el león, que estaba dormido tranquilamente, se arrimó nervioso y se puso a darse golpes contra los barrotes. El animal estaba delgado, y tenía un aspecto peor que el mío recién levantada después de una borrachera.

Oí voces en el exterior y me metí en la jaula de los monos, rezando para no recordar mi experiencia con la cebra en el pasado. Como si supiesen que tenían que protegerme, o eso quise pensar, los cinco se agruparon sobre mí camuflándose entre la paja del suelo. Unos hombres abrieron las puertas y empezaron a sacar las jaulas y cajas de madera con una máquina elevadora. Ya era de noche, si me encontraban allí dentro casi prefería no imaginar lo que me sucedería.

Fueron depositándonos en un almacén. Por lo poco que pude ver entre pelos, paja y mierda acumulada frente a mi cara, estábamos en el mismo

lugar en el que tenían retenidas a las chicas. Al menos alguien sabía dónde estaba, eso si no lo habían matado.

«¡Dios mío, Adam!». Lo último que oí fueron unos disparos. Era un gran capullo y no era que se hubiese portado bien conmigo últimamente, pero no se merecía morir por mi culpa, que lo capasen puede ser que sí, pero morir...

Al rato de no escuchar a nadie más y cuando los motores de los camiones rugieron alejándose, intenté salir de la prisión y avisar a los demás. La pantalla de mi teléfono se había rajado y solo funcionaba la maldita parte superior del táctil, el karma decidió que iba a llamar a mi madre... Unas voces me quitaron de la cabeza lo de salir.

—¿Están todos?

—Sí, en dos días los matarán para poder limpiar las pieles y que las trabajadoras acaben las prendas.

—Ya sabes que Mal quiere que esta sea la última vez.

—Reina, no te estreses. Todo está saliendo a pedir de boca. Tenemos el doble de ingresos. ¿Qué sabemos exactamente de Mal?

—Cruella, sabemos lo necesario. Nos proporciona los animales y la mano de obra gratuita, nosotras solo tenemos que vigilar que se cumplan sus órdenes y poner la mano.

Las mujeres se fueron alardeando del dinero que cogerían a costa de la vida de estas pobres criaturitas. Por lo visto ellas tampoco conocían la identidad de Mal.

Salí corriendo de allí prometiéndome que volvería a buscarlos, juraría que incluso el tigre cambió su feroz mirada a una de tristeza cuando oyó la fecha de su muerte.

Al llegar a la entrada un coche casi me atropella. Pegó un volantazo y su conductor se apeó rápidamente. ¿El mundo no me iba a dar un poco de vidilla?

—¡Ariel, corre! —Fue de las pocas veces que ver a Adam me daba tantísima alegría. Me monté congelada de frío y salimos de allí como alma que lleva el diablo—. ¿Estás bien?

—Sí, necesito una ducha, un trago, una pastilla y algunos paquetes de tabaco. Vayamos con los demás, no podemos solos con esto.

Cuando nos vieron llegar les prometí a todos que les contaría lo sucedido, pero no antes de una larga ducha.

—Sabes que hueles a mierda, ¿verdad?

—Mérida, yo también te quiero...



Tenía que llamar a Rider y decirle todo lo que estaba sucediendo, aunque supuse que si su madrastra me había vuelto a meter en plantilla, él ya debería saberlo. Si esa mujer era tan mala como decía, a lo mejor no quería contactar conmigo por no ponerme en peligro, o puede ser que me odiase tanto que incluso haya sido idea suya lo de volver a ponerme en el punto de mira de Úrsula.

Decidí arreglar las cosas como hacía Jack el Destripador, por partes. Primero, necesitábamos solucionar el tema de los animales y, luego, arreglaría el problema del corazón. Recordé una frase que me decía mucho mi padre: «Prioridades, Ariel». E hice justo lo que él hubiese hecho en mi lugar, coger al toro por los cuernos.

Después de restregarme hasta casi arrancarme la piel para dejar de oler a culo de mono mojado, salí al jardín y el ánimo alegre que había cuando aparecimos había desaparecido por completo. Todos estaban sentados expectantes, ya que Adam no había querido revelar nada de lo sucedido hasta que yo llegase; un detalle por su parte...

—Bueno, la cosa está jodida —comencé a decir cuando me interrumpió el indicador de mensajes de mi teléfono. Como estaba medio muerto solo pude leer el primero de los que me llegaron.

Mañana tendrá lugar una venta de la mercancía, supongo que a estas alturas ya sabrás de lo que te hablo. En el ático del hotel. Infiltrate. Úrsula.

—¿Piensas contarnos algo o de pronto tienes afán de protagonismo? —me sermonéó Jasmine con alguna que otra copa de más y su carácter habitual.

Los miré a todos, parecíamos más bien un jodido circo que un grupo de élite que fuese a desarticular una red de venta, trata de blancas y exportación ilegal de animales, y fue precisamente eso lo que me dio la idea para nuestro siguiente paso.

—Mañana vamos a hacernos pasar por un grupo de modelos en una fiesta privada que organizan para la venta ilegal.

—¿Lo haces queriendo o es que te pone cachonda meternos en líos? —preguntó Mérida delante de todos. Cada día me planteaba más el tema del *reality show* y lo de ponerme una cámara en la cabeza, sinceramente.

—Ariel, no lo veo —confesó Blanca, que ya sabía cómo solían terminar mis planes.

—Jim, ¿no puedes avisar para que vayan al lugar y los cojan infraganti?

—Aurora, he dejado a un compañero en el hospital herido por arma blanca y he desaparecido con una supuesta terrorista. Creo que en estos momentos

no me van a condecorar como el mejor poli de la comisaría, créeme. Lo que hagamos tendrá que ser fuera de la ley.

—Eso me gusta —dijo Naveen.

—Sí, además está el pequeño detalle de que vamos con el traficante y con la Viuda Negra.

—A mí me hace la misma gracia que a ti estar a tu lado, madero de pacotilla.

—Creo que pelearnos entre nosotros no solucionará nada, Jasmine.

—Habló el hombre que susurraba a los caballos —se mofó Mérida cuando Adam abrió la boca.

—Nosotras queremos ayudar, en parte todo ha empezado por rescatarnos —continuó Po, siendo la primera vez que decía algo coherente, mientras que Mulán hacía rato que había tomado postura de cigüeña pero en modo «sobaquil», y ya estaba empezando a ponerme nerviosa.

Ni yo misma tenía claro cómo iba a finalizar aquella locura. Como siempre, la teoría no pintaba mal del todo, el problema sería la práctica, eso sí que ya era otro cantar. Jasmine tiró de sus todavía contactos en el mundo de la noche para hacerse un hueco en el pase, su extraña vida, sus excentricidades y que fuera una prófuga de la ley en nuestro país, le daban puntos de sobra para ello.

El tema principal eran los animales y la selva, así que solo teníamos que sustituir a las verdaderas modelos y ponernos nosotros en su lugar. La idea era atrapar a Cruella y a Reina sin que estuviesen sus matones cerca, y así poder entregarlas a la policía junto con las pruebas de lo que estaba sucediendo. O lo mismo, dicho de otra manera: tomarnos la ley por nuestra cuenta.

Por mucho que me gustase haber llevado a Naveen, no podía permitir que se siguiese arriesgando todavía más. Cuando se lo dije a Blanca, se negó rotundamente, pero en el fondo de sus ojos se vislumbró agradecimiento y descanso. La pobre, desde que parió, no había disfrutado de un instante de tranquilidad, ya tenían bastante con su guerra. Mulán lo único que haría sería estorbarnos, así que la dejé fuera también, por puro egoísmo más que otra cosa, la verdad. Así que quedábamos Jasmine de infiltrada, Aurora, Mérida, Po y yo de modelos y Jim y Adam para cubrirnos las espaldas y secuestrar a las susodichas.

No podía haber fallo alguno con ese planteamiento, ¿verdad, señor Karma?

## *Capítulo once.*

### *La farsa.*

Lo primero era introducirnos en el recinto sin ser vistos, cosa que no fue muy difícil gracias a tener a Adam de nuestro lado. Habló con Reina y le dijo que se había enterado de que tenía una fiesta y que no lo había invitado, tonteo un poco y se hizo el ofendido. Si no fuese porque después de esa noche esperábamos que estuviesen entre rejas, Adam se hubiera visto en la tesitura de tenerle que dar de comer al pavo de la señora, cosa que me daba fatiguita con solo pensarlo. La mujer aceptó encantada. Si a mí, la diferencia de edad de Rider, ya me volvía loca, a ella que a Adam le sacaba cerca de treinta años no quiero ni pensar en cómo se le pondría el ego.

Estuvimos montando guardia hasta que vimos entrar a unas altas, esqueléticas y repeinadas chicas por la puerta lateral, donde estaba el ascensor que usaba el servicio y nos apresuramos para subir todos juntos. Cuando entramos, nos miraron de arriba abajo de modo despectivo, si tenía algún tipo de remordimiento por lo que estaba a punto de suceder, acababan de lograr que se disipase. Una vez arriba, a falta de una hora para que comenzase el show, las chicas corrieron por un pasillo y se metieron en un cuarto transformado en camerino, según pude cotillear por las cortinitas que cubrían la puerta. Suspiré y le hice señas a Jim para que entrase, las apuntase con el arma y ya nosotras nos encargaríamos de amordazarlas y esconderlas, pero por desgracia nada cerca de la realidad... En cuanto Po me vio mover la mano en dirección a la habitación, se adelantó y, para cuando quisimos alcanzarla, ya tenía medio noqueadas a todas las estiradas.

—Po, ¿qué te dije sobre lo de dar ostias como panes a las personas? —le recriminó Mérida, viendo a las chicas inconscientes en el suelo con la boca reventada o los pelos de la Novia Cadáver.

—Lo siento, de donde vengo no dejamos que los hombres nos defiendan, eso querría decir que somos débiles y no es cierto. Es la costumbre —se disculpó, poniendo cara de corderito. Mérida se abalanzó y le dio un beso de tornillo con lengua a la vista incluida.

—¿Nos centramos?

—Ariel, como amiga te recomiendo que eches algún polvo porque te estás avejentando —me dijo, dándome dos palmaditas en el hombro.

Jim y Aurora ataron a las chicas y las metieron detrás de un biombo plegable, que hacía las funciones de cambiador. Justo cuando estaban detrás colocándolas, entró Cruella y se quedó mirando fijamente a Po, quien tensó la mandíbula y cerró los puños nada más verla. Mérida le sujetó la mano disimuladamente intentando tranquilizarla; si hubiese estado en su lugar, no sé cómo habría actuado, pero no era momento de perder los papeles, las necesitábamos a las dos juntas.

—¿Tú has trabajado antes para mí? Me suena tu cara —le preguntó, aguantándole el mentón y mirándola como si fuese un caballo.

—No habla nuestro idioma, señora —me adelanté a decir antes de que nos metiese en más problemas.

—¿Y tú también modelas o eres la esteticista?

—Modelo, señora.

—Tengo que hablar con la empresa, cada vez os mandan más feas y más viejas. —«Zorra»—. Ahí tenéis la ropa, cuestan más que vuestras vidas, así que mil ojos con ellas o las sustituiré con vuestros pellejos. Os aviso cinco minutos antes de salir. ¡Eh, tú! La guapita, intenta adecentar un poco a este vejestorio, cógele una gomilla en la nuca para ver si así disimula esas arrugas.

—Por supuesto, mis manos hacen milagros —respondió Mérida, ocultando una sonrisa.

—Eso espero —concluyó saliendo del cuarto, quedándose más a gusto que un arbusto, dejándome con cara de tonta y con los mayores deseos homicidas de toda mi jodida vida. Lógicamente, en cuanto se marchó, el pitorreo del personal fue monumental...

—Abuela, le traigo el bastón.

—Mérida, haz como la que te caes y me comes el *toto*.

—Pues yo que quieres que te diga. Si no fuese por lo de la matanza indiscriminada de animales, esta mujer me caería bien —se jactó Jim, saliendo de su escondite lágrima en el ojo incluida.

—Paso de vosotros. ¡Sal de aquí para que podamos cambiarnos!

—Los infartos, Ariel, a tu edad hay que controlarlos —continuó Mérida, llevándose un merecido golpe en la cabeza por mi parte y yo un gruñido por la de Po.

Cuando Jim salió y comenzamos a sacar las prendas de las bolsas, el estómago empezó a revolvérseme. Nunca había sido amante de las pieles, pero después de mirar a los ojos a los propietarios de estas, mi aberración

ante tal atrocidad aumentó unas diez veces más. Lo único que no tuve en cuenta fue que tendríamos que ponérmolas y de eso ya sí que no estaba para nada segura de ser capaz.

Aurora fruncía el ceño y tragaba saliva cada vez que rozaba una de las mudas, y hasta Mérida ponía cara de asco al tocarlas. Po, sin embargo, estaba tan acostumbrada a tratar con ellas que creo que no las veía como lo que realmente eran. Para ella tan solo eran simples telas que tenía que coser y en ese momento ponerse.

De pronto, alguien llamó a la puerta y las cuatro nos sobresaltamos. Le hice una señal a Mérida para que aguantase al bulldog que tenía por novia y abrí.

—Siento mucho llegar tarde. pero el aparcamiento estaba horrible —dijo un hombre musculoso entrando en la sala sin ni siquiera mirarnos—. Creo que me he confundido. Soy el modelo masculino del desfile, ¿me podrías decir dónde están mis compañeras? —me encogí de hombros resignada.

—Po, ataca —le ordené, justo cuando el hombre se giraba y recibía un puñetazo en la nariz, que no supo por dónde le venía, y quedaba tumbado en el suelo viendo estrellitas a su alrededor. Entonces entró Jim y vio al musculitos derribado.

—¿Podemos dejar de pegar y de secuestrar personas, por favor?

—Se suponía que estabas vigilando —le encaró Mérida.

—Di un número, Jim.

—¿Cómo?

—Da igual cuál digas, te va a tocar —le informó Aurora divertida.

—Aquí el señor fuertecito también formaba parte del desfile, así que nada, ya tenemos a todos los componentes. Átalo y ponte esto —le indiqué, tirándole una bolsa que ponía Curtis. La abrió y sacó un taparrabos de leopardo, una pajarita de a saber qué animal y un chaleco negro que, casi seguro, estaría hecho de alguna pantera—. Mira, con el chaleco y la pajarita recuerdas viejos tiempos. Verás cuando te vea Jasmine lo que se va a reír.

—¡Mierda! —Por una maldita vez el karma no se había ensañado conmigo y esa nueva sensación molaba tela.

Po se puso un traje de piel gris ajustado y los únicos zapatos que le entraban teniendo en cuenta que tenía un cuarenta y tres, así que se tuvo que conformar con unas zapatillas con las que se le quedaban la mitad de los dedos fuera. Aurora, después de mucho mirar y aguantándose la fatiga, se puso una falda crema a juego con un mini top. Mérida, con esa larga melena

pelirroja rizada, usó un chaquetón largo blanco y negro, con un pantalón de piel de serpiente y una camiseta corta. Y, finalmente, yo, más que por elección propia por talla, me tuve que vestir con un traje para liliputienses que no dejaba nada a la imaginación.

—Cinco minutos —nos avisó la desagradable voz de Cruella a través de la puerta.

—¡No pienso salir así en público!

Jim asomó la cabeza por el biombo, me acerqué y tiré de él para comprobar el resultado. Si no hubiese sido por el material con el que estaba hecha la ropa, me hubiera derretido en ese preciso instante. Contemplarlo casi con el torso desnudo, marcando la tableta de abdominales, ese pequeño taparrabos puesto y despeinado era para nombrarlo Monumento de la Humanidad. Cuando se enfadaba se le acentuaban los hoyuelos de la cara y lo hacía parecer aún más carismático de lo que ya era.

Rápidos flashes acudieron raudos a mi memoria de cuando estábamos juntos, sin poder evitar sentirme culpable por Rider, pero los sentimientos que en su día sentí por Jim fueron muy fuertes y donde hubo llamas siempre quedan rescoldos, más si tenía en cuenta que lo nuestro fue un incendio en toda regla. Mi mente calenturienta dejó de elucubrar en el instante en el que me fijé en la expresión de admiración que Aurora tenía puesta. Cuando se dio cuenta de que todos la observábamos, se puso roja como un tomate y se fue hasta la puerta para intentar disimular.

—Bueno, ¿cuál es el plan?

—¿Cómo?

—Ariel, el plan, ¿no me digas que después de la que estamos liando aún no pensaste nada?

—Mérida, lo tengo todo totalmente controlado, no te preocupes —mentí como una bellaca—. Primero, hagamos la pantomima y, luego, las atrapamos.

Una estruendosa música mezclada con rugidos, cantos de pájaros y otros sonidos típicos de la selva empezaron a sonar. Las luces se apagaron quedando tan solo un foco que alumbraba a la improvisada pasarela del centro de la sala, rodeada por decenas de sillas llenas de personas —por llamarlas de alguna manera—, esperando ver la aberración textil para llevarse su animal «ponible» a casa.

No podría negar que estaba nerviosa debido a la cantidad de gente que nos estaría mirando, pero ya no había marcha atrás. Salí decidida junto con las

demás y esperamos detrás de una cortina a ser llamadas por nuestra locutora.

La primera en salir fue Aurora. Anduvo con paso decidido y seguro, tenía el semblante tan serio y la frente tan fruncida que, por un instante, dudé si se sacaría de la manga un montón de cubos de sangre y se los tiraría a los asistentes a modo de protesta, pero no, salió como si llevase haciendo esto toda su vida, dio dos elegantes vueltas y regresó a su sitio en un lado de la pasarela.

Cuando escuché que nombraban el diseño de Po, comencé a sudar más que Mulán en sus mejores momentos. Po caminaba con paso tan firme que por un segundo creí que desmontaría el tinglado. Su negra melena ondeaba tras de ella como los de las Amazonas y sus expresivos ojos negros miraban al público con el coraje y genio que la caracterizaba.

Mérida llevaba como complemento un arco y unas flechas a la espalda, cosa que nos vendría bastante bien si teníamos en cuenta a lo que habíamos venido realmente.

—Señoras, ¿están preparadas para disfrutar del mejor espectáculo de sus vidas? Desde el Amazonas viene un guerrero de una tribu indígena recién descubierta. ¡Con todos vosotros Mondongoo! —Sí, lo sé, era una cosa seria, pero la cara que puso Jim cuando la arpía lo llamó Mondongo, no tuvo precio, hasta Po sonrió al oírlo, y claro yo no pude ser menos y me desternillé en el suelo, textualmente, hablando. Así que, no fui capaz de ver su desfile, aunque toda la mancha de puercas presentes le aplaudieron más que a las otras.

Finalmente, llegó mi turno. Me puse en pie como pude, respiré hondo y me concentré en cada paso que daba para no liarla como siempre. Busqué la mirada de complicidad de Jasmine o de Adam para sentirme más segura, pero los focos me daban directamente en la cara y no veía más allá de la plataforma en la que estaba subida; todo el fondo era negro, como si estuviese sola, y eso me insufló un chute extra de confianza. En cualquier otra ocasión, me los habría imaginado a todos desnudos pero esa vez, lo de ojos que no ven, corazón que no siente, me vino como anillo al dedo. Llegué hasta el fondo, me giré ágilmente y continué con paso decidido para ocupar el lugar que me correspondía. Cuando llegué al sitio sin ningún incidente me sentí bastante orgullosa de mí misma.

—Comienza la puja.

Eso de la puja me cogió por sorpresa. Creí que tendrían varios trajes iguales a los nuestros a la venta pero claro: ¿de cuántos animales tenían que

disponer entonces para tanta ropa?

Comenzaron la subasta en el orden que habíamos ido saliendo. Todos se fueron vendiendo por cantidades desorbitadas, sobre todo, el de Jim que tuvo que ponerse en el centro de una peana por lo menos quince minutos, a esperar que las desequilibradas féminas dejasen de pelearse por él, más bien parecía que el subastado fuese el modelo en vez de las prendas. Cruella estaba animadísima a su lado, tocándole los brazos y aprovechando para meterle toda la mano que podía sin disimulo alguno.

Mi traje era el más feo de todos y tampoco es que me quedase demasiado bien, que todo hay que decirlo. Cuando subí al lado de Cruella, y comenzó la puja al alta, un silencio absoluto llenó la sala. Fue bajando poco a poco la cantidad hasta casi llegar a un precio ridículamente accesible para cualquier bolsillo mortal. La buena señora me miraba con cara de víbora a punto de atacarme y, de pronto, se oyó la voz de Adam dando el doble de dinero; a Cruella se le suavizó un poco el gesto y a mí el amor propio, la verdad.

Regresé a la casilla de salida y esperé que se me iluminase el espíritu santo con alguna genial idea. Pero en vez de eso, cuatro mujeres aún con cuerdas en las manos, aparecieron en el gran salón gritando improperios y señalándonos con el dedo. Nos acabábamos de meter en un lío.

Se escucharon dos disparos y todos los presentes se levantaron en estampida, derribando tanto sillas como personas para escapar de lo que fuese que estuviera sucediendo, y aprovechamos ese momento de confusión para intentar atrapar Cruella.

—¡¡Po, vía libre, cógela!! —le grité.

«Esto de tener a una sicaria en potencia como aliada mola un huevo», pensé. Po cogió a Cruella por el pecho, la levantó unos centímetros del suelo y vi como la vieja asquerosa pataleaba para intentar zafarse, seguro que como alguno de tantos animales que había aniquilado. Su rostro mostró el verdadero significado de la palabra terror.

—¿Ahora recuerdas mi cara? —fue lo único que le dijo Po antes de asestarle un puñetazo y lanzarla fuera de la pasarela, dejándola completamente fuera de juego. «Nota recordatoria: jamás discutir con esta mujer».

Tan solo quedábamos nosotros en el lugar, todos los asistentes habían salido despavoridos.

—Adam, Reina no está —le recordé corriendo a su lado. Jim estaba atando a la inconsciente mujer cuando salimos de allí en busca de la secuaz



de Cruella.

La encontramos en el pasillo de sus aposentos, huyendo asustada, porque realmente ellas no sabían qué estaba pasando. En cuanto vio a Adam se abalanzó sobre él lloriqueando, pidiéndole ayuda.

—Adam, hemos sufrido un atentado. ¡Sácame de aquí, por favor! —le mintió, fijándose en mí—. ¿Qué hace esta aquí? ¿Y por qué lleva mi ropa?

—Esta está aquí porque le da la real gana y va a hacer algo que estaba deseando hacer.

—Toda suya, madame —dijo Adam, echándose a un lado y dejándome frente a Reina que estaba totalmente desconcertada.

—Esto por Duque —le indiqué, dándole un señor puñetazo al más puro estilo Po, volviéndole casi la cara del revés—, y esta por los monos —continué, dándole el golpe final y dejándola medio tonta.

—La policía esta de camino —me advirtió Mérida, que había venido en nuestra busca junto con Jasmine y Po.

—Id a casa de Blanca, nos quedaremos aquí aguantándolas con Jim y Aurora. Nos vemos allí.

—¿Tú has hecho eso? —preguntó Mérida, ignorando mis indicaciones y mirando el pómulo amoratado de Reina.

—Sí, estoy aprendiendo de tu novia.

—Pues me acabas de poner perraca<sup>[12]</sup> —vaciló, dándome un beso en los labios y salió de allí corriendo, seguida de las demás por el ascensor de servicio en el que subimos.

Para cuando llegó la policía, Jim ya se había cambiado de ropa y los esperábamos en el salón con Cruella y Reina atadas. Jim les explicó lo que sucedía, se llevaron la ropa que quedaba allí, detuvieron a las dos energúmenas y los acompañamos a la fábrica para soltar a las mujeres y a los animales.

Al menos siete coches de policía y dos furgones vinieron con nosotros al lugar. Les dije dónde estaba todo y esperamos fuera de la propiedad a que se ganaran el sueldo. Me encendí un cigarro y me apoyé en el capó del coche que nos traía.

—Lo has hecho bien, princesa —me alabó Adam torpemente, poniéndose delante de mí, moviendo los pies de un lado a otro y mirando al suelo. Al otro lado del vehículo, estaban Jim y Aurora. Vi cómo mi amiga soltaba una lágrima de alegría al ver que todo había terminado. Jim se acercó a ella, la abrazó y la besó. Me estaba haciendo mayor, porque realmente me alegraba

por ellos—. Creo que te ha levantado el novio.

—Con lo bien que ibas... —le dije, dándole un cariñoso puñetazo en el hombro.

—Sargento, el recinto está vacío —informó uno de los policías a Jim.

—¡¡Eso es imposible!! Estaba todo lleno de jaulas con animales, máquinas de coser y mujeres encerradas, trabajando en contra de su voluntad.

—Pues o sabían que veníamos o todo esto es una broma de mal gusto —agregó otro hombre que, por su aspecto y la cara de Jim, supuse que era su superior.

## *Capítulo doce.*

### *Adiós.*

Regresamos con el amargo sabor de la derrota en los labios. No podía comprender cómo habían sabido que iríamos. Nadie conocía nuestro plan. Jim tuvo que ir a comisaría a rellenar un montón de papeleo y a esperar su veredicto tras todo lo ocurrido. Cuando regresó, las noticias no mejoraron.

—Me han suspendido de empleo y sueldo hasta que se aclare algo de este entuerto.

—¿Y qué pasará con Cruella y Reina? —preguntó Po angustiada.

—En su contra solo tienen la venta de pieles ilegales, pueden acusarlas de eso, pero tras una considerable cuantía de dinero, volverán a la calle de rositas.

—No es justo.

—Aurora, la vida no lo es, más bien todo lo contrario —la informó Jasmine.

—Siento mucho todo lo ocurrido, pero tenéis que ver el lado positivo, os habéis conocido y ellas están en libertad.

—Blanca, adoro tus buenas intenciones, pero esto es una mierda con todas sus letras.

—Ariel, lo sé, cariño. Y no sabes cómo lamento seguir siendo portadora de malas noticias, pero tengo que deciros que nos marchamos esta noche. Ha habido mucho revuelo y no podemos arriesgarnos a estar más tiempo por aquí.

—Blanca es culpa nuestra, somos unas egoístas —lagrimeó Mérida, acariciando la cabecita de la pequeña Tiana y haciendo que se me encogiese el corazón. Era fácil ver derrotada a Aurora o a mí, pero Mérida era la fuerte del grupo y, si ella se venía abajo, las demás caeríamos detrás.

—Os echaré mucho de menos, mi vida será muy aburrida sin vosotras cerca —lloriqueó Blanca—, pero no todas son malas noticias. Ariel, tengo

que pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—Necesitamos que te quedes en casa hasta que regresemos, no hay nadie para que cuide de ella, ¿podrás mantenerla en pie durante algún tiempo? —Esa fue la gota que hizo que mi lagrimal rebozase y le di un abrazo al que se unió Mérida, Aurora e incluso Jasmine.

—Pedazos de putas, al final vais a conseguir que lllore y no pienso hacerlo, tengo una proposición que hacer yo también, aunque sé que me voy a terminar arrepintiéndome de mis palabras —continuó Jasmine, quien, incluso cuando era amable, parecía que iba a morder a alguien—. Mérida, ¿qué te parece si tú y tus dos amigas prófugas os venís a vivir conmigo? Allí mando yo y nadie será capaz de hacerles nada.

—¿En serio la señorita insecto palo haría eso por mí?

—Mérida no tientes a tu suerte —le indicó Jasmine— ¿Qué decís?

—¿Qué vamos a decir? Será horrible vivir rodeada de criados y lujos pero podemos intentarlo.

El helicóptero no tardó en aparecer y llevarse a mi mejor amiga con él; Blanca, Naveen y Tiana desaparecieron en el cuatro por cuatro en el oscuro camino; y yo me quedé allí mirando al cielo, pensando en todo lo que acababa de perder esa noche. Sí que había ganado una casa enorme que no sería capaz de ensuciar entera en la vida, y Duque también estaría contento de volver a ver a su amada, sin embargo, ¿con quién discutiría? No había nadie en el mundo que me conociese como Mérida, ella era más que mi hermana, era mi locura cuando yo estaba cuerda, era la que me detenía cuando hacía berridas, mi pañuelo de lágrimas y mi sacadora de risas. Madurar era una verdadera mierda, en otra época le habría suplicado que se quedase, hubiese usado el chantaje psicológico para retenerla, pero ya no. Había visto el brillo especial en su mirada cuando se quedaba embelesada oyendo a Po, y eso que era como ver unos dibujos animados para preescolares, aun así, ella estaba enamorada locamente de esa bruta medio analfabeta, que no se había hecho la cera en su vida y que se parecía más cercana al eslabón perdido que a las típicas mujeres con las que acostumbraba a estar.

—¿Estás bien? —me preguntó Adam, sentándose a mi lado.

—Lo estaré.

—Ariel, si quieres que nos quedemos lo haremos —dijo Aurora, acercándose agarrada a Jim.

—No es necesario, estoy bien. Os podéis ir tranquilos, no voy a

suicidarme ni nada de eso, lo prometo. Sería un cadáver demasiado bonito para enterrarlo —bromeé, disimulando la pena que me consumía—. Eso también va por usted, caballero. Mañana hablamos, necesito estar sola.

—Cualquier cosa, nos llamas —añadió Jim. Volviendo a ser agradable conmigo de nuevo, se agachó y me dio un tierno beso en la frente.

Una vez que se fueron todos, y me quedé sola en aquella gran mansión, mis lágrimas comenzaron a correr por las mejillas como si de un caño desbocado se tratase.

Fui al salón, puse música a todo trapo, atraqué el bar de Blanca y me puse a bailar y a beber como si no hubiese un mañana. Tenía que estar contenta por mis amigas, todas eran felices: Mérida tenía a Po; Jasmine sus riquezas y con eso le bastaba; Aurora por fin estaba con alguien que realmente la quería y la valoraba; Mulán... Vale, bien, dejemos a parte a Mulán; Blanca después de la mierda de vida que había llevado, finalmente encontró el amor verdadero; y yo..., bueno, yo era una maldita desgraciada que moriría sola rodeada de jodidos gatos. Si Úrsula no me hubiese dado ese trabajo, nada de todo aquello habría pasado. Sí, estaba hablando como una egoísta malcriada, pero llegados a ese punto de alcohol en sangre, tenía todo el derecho del mundo a dejar de respirar y ponerme de colores. Ella fue la que comenzó toda esta locura, y total, ¿para qué? Porque lo peor de todo era que aún no sabía qué sacaba ella de beneficio si la red de Cruella y Reina se iban al garete.

Me pegué una ducha para espabilarme, cogí el coche y me fui directa a las oficinas de Yensid, a que me explicase por qué cojones había trastocado mi vida de esa manera.

El guardia de seguridad al que golpeé y que debería estar en la entrada no estaba y el edificio parecía desierto. Entré tan solo empujando la puerta, el eco de mis pasos al caminar retumbaban por todas las paredes y subí convencida de que Úrsula seguiría en su despacho trabajando o maquinando la vida de quién arruinar.

Abrí dando un portazo sin llamar y, al fondo de la gran habitación, detrás de su mesa, estaba la buena señora echada sobre los brazos tomándose una siestecita. Me coloqué frente a ella y propiné un manotazo en la madera de al lado de su oreja con la intención de darle un susto de muerte, pero o era de oído duro o estaba completamente sorda.

—¿Úrsula? —la llamé zarandeándola un poco por los hombros y entonces giró la cabeza, quedando al descubierto sus enormes ojos inertes.

La parte oculta con su cuerpo estaba llena de sangre y tenía una raja que le

llegaba de lado a lado del cuello. Grité y pegué un salto hacia atrás. «Dios mío, está muerta», pensé. Úrsula estaba muerta y la única que lo sabía era yo. Llamé rápido a Jim que tardó bastante en descolgar el teléfono, de fondo se oyó una música y bastante barullo.

—Jim, soy Ariel, Úrsula está muerta, le han rebanado el cuello. Está en las oficinas Yensid, voy a casa de Rider estoy preocupada por él —le dije con medio ataque de ansiedad.

Creí escuchar la voz de Adam en el teléfono de Jim, pero después de cómo se llevaban, estaba segura de que me habían traicionado los nervios.

La mansión estaba completamente a oscuras y aparqué casi encima de las escaleras que conducían a la puerta principal. En cuanto salí del coche un olor característico que no olvidaría jamás llegó hasta mí.

Desde que Naveen me dio la pistola, como que le había cogido cariño a eso de sentirme segura y siempre la llevaba conmigo. La saqué y seguí el inconfundible aroma sin saber muy bien a qué atenerme. La fetidez provenía de la gran puerta metálica de un almacén, pegado a la propiedad. La empujé abriendo con facilidad y más ruido del que me hubiese gustado. «Siempre se ha dicho que el olfato es el sentido que más recuerda», me dije confirmando mis sospechas.

Corrí hasta la primera jaula, donde mis amigos los simpáticos chimpancés continuaban allí sin comida ni agua y, junto a ellos, el triste león recostado sobre su gran estómago. No sabía por qué, pero había dejado de darme miedo, solo me inspiraba ternura. «Tenía que hacerme mirar lo de mi nueva obsesión con los jodidos felinos, sobre todo si tienen los dientes del tamaño de la palma de mi mano», reflexioné.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué estaban esos animales ahí? ¿Quién los había movido? ¡Rider! Si le había ocurrido, algo no me lo perdonaría nunca, debí de haberlo informado o al menos intentar llamarlo y explicarle el malentendido; de nuevo me sentí como una auténtica zorra.

Uno de mis amigos peludos sacó la manita entre las rejas, me agaché a tocársela para intentar infundirle algo de serenidad cuando, de pronto, todos saltaron y se pusieron a gritar como locos. Mi amigo, el Rey de la Selva, se incorporó como si tuviese un resorte y soltó un gruñido que me heló la sangre. Me giré y vislumbré la silueta de una persona en las sombras detrás de mí, saqué el arma y lo apunté intentando recordar exactamente cómo cojones me había dicho Naveen que se usaba esa cosa.

—¡¡No des ni un paso más!! —Pero quien fuese se tambaleó y se cayó de

lado. Me acerqué temerosa hasta que identifiqué a Rider en el suelo—. ¡Rider, arriba, tenemos que salir de aquí!

—Ariel —balbuceó.

Le di la pistola y lo levanté en peso como pude para ver qué heridas tenía, pero en el instante en que la sostuvo se enderezó sin ayuda y me apuntó con ella en la sien.

—¿Qué haces?

—Sinceramente, tengo que felicitarte. Si te digo la verdad, no esperaba que llegases tan lejos, lo único que tenías que hacer era ser tú misma y no dar pie con bola. Ariel, ahí reside tu encanto, no te esfuerces. Las caras bonitas con poco cerebro están para servir a los hombres inteligentes. —No daba crédito a lo que estaba oyendo. El corazón se me detuvo por un momento, el cerebro se me bloqueó y la mandíbula casi se me desencajó. Di tres pasos atrás para separarme de él. Me sentí utilizada, engañada, abochornada, enfadada y defraudada. ¡Coño, que se la había chupado!—. Todavía podemos seguir juntos, Ariel. Esto no tiene por qué terminar aquí, serías la perfecta ama de casa, amante y compañera.

—Rider, cariño mío, ¿sabes qué hay detrás de un hombre tan inteligente como tú? —me miró extrañado ante mi nueva actitud sumisa—. Una mujer asombrada, estúpido. ¡Jamás, en mi jodida vida sería tu puta limpiadora personal!

—Ariel, Ariel, Ariel —repitió meneando la cabeza y la pistola a la vez—. Me decepcionas mucho, tenía grandes planes para ti. Ahora tendré que matarte y prometo que no quería. —Continué reculando, haciendo tiempo para ver qué mierda se me ocurría para escapar de este sicópata.

—¿Por qué mataste a Úrsula?

—Era demasiado avariciosa. Cuando las cotillas de sus amigas le contaron lo de la venta de pieles, quiso formar parte de ello y, al no dejarla, empezó a hacer demasiado ruido. Lo que nunca imaginé era que te contratase a ti para detenerme, fue ilusa, realmente esa mujer me menospreciaba demasiado.

—Siempre pensaron que eras una mujer. ¿Tú eras Mal?

—Avances de la tecnología. De verdad adoro hablar contigo, estás a tiempo de planteártelo, Ariel. Yo te quiero y eso es más de lo que he sentido jamás por nadie.

—Eso no es amor. Cuando estás enamorado, no se engaña, ni se utiliza. Tú solo te quieres a ti mismo. —Algo metálico cayó a su espalda, haciendo que se volviese y disparase a un bulto que medio se veía al lado de la puerta,

haciendo que un cuerpo cayese al suelo.

Aproveché la distracción sin pensar mucho de quién se trataría y rezando porque no fuese Jim. Me giré y los ojos del león me miraron. Sin saber qué hacía, abrí la puerta de par en par y me aparté de su camino. El felino saltó sobre Rider, que no se lo vio venir. Le clavó los dientes en la garganta y tiró fuerte arrancándole la yugular delante de mis narices. El miedo me tenía bloqueada, el león se quedó junto al cuerpo de Rider chupando la sangre esparcida por todos sitios. No podía quitar la vista de él, pero necesitaba ir a comprobar a quién había disparado ese puto degenerado. Anduve con cuidado lo más lejos que pude del cuerpo, en cualquier momento podría ser usada de postre.

Adam estaba tumbado boca arriba sobre un gran charco de sangre, con los ojos abiertos mirando a la nada. Cuando me vio, sonrió e intentó hablar.

—Princesa.

—Calla, no hables. Te vas a poner bien, maldito cabezota.

—Lo siento, princesa —susurró, dejando caer la cabeza hacía un lado y desapareciendo de mi vida para siempre.

Al parecer Jim y Adam habían ido esa noche a tomar algo juntos. Jim fue con la policía a las oficinas Yensid y Adam vino a comprobar que estaba bien. Si no hubiese sido por su interrupción, ahora mismo yo estaría en el ataúd que estaba mirando.



## *Capítulo trece.*

### *El crucero.*

Nunca comprenderé a las personas que se llevan todo el santo día tomando el sol, para mí era un aburrimiento y una pérdida de tiempo enormes.

—¿Alguien te dijo alguna vez que la carne de burro no es transparente?

—Mérida, el día que seas agradable es porque te estarás muriendo.

—Ariel, con setenta años puedo ser como me dé la jodida real gana.

—¿De cuál de todas fue la maldita idea de volver a quedar treinta años después?

—Jasmine, no te quejes, que tú has hecho un pacto con el diablo.

—Aurora, ¿tú no estabas vomitando?

—Ariel tiene la culpa, quería venir a este magnífico crucero sin parejas.

—Blanca, no seas más lapa y sepárate de una vez del morenito que lo tienes encanijado. Además, ¿habéis visto el culo del camarero?

—Ariel, podrías ser su abuela. Estate quietecita y siéntate en la hamaca antes de que se te suba la tensión —me reprendió Aurora.

El chico que se encargaba de atender a la tercera edad tenía la sonrisa de Adam, y los ojos de Jim, los dos grandes amores de mi vida, el problema era que también poseía los hoyuelos del mayor error que cometí jamás.

Estábamos tumbadas en la cubierta de babor mirando el mar, el día era perfecto para no hacer absolutamente nada, el muchacho se acercaba mirándome —sí, sé que esta vez la diferencia de edad era mucho mayor que la anterior, pero a nadie le amarga un dulce y yo todavía mantenía mi sexapil, aunque las pedorras de mis amigas dijeren lo contrario—.

Conté los segundos que tardó en llegar a mi lado con la bandeja, me levanté cuando lo tuve enfrente para ocasionar un encuentro casual, cosa antiguamente me funcionaba y no veía por qué en ese momento no, me encendí un cigarro y por desgracia no controlé demasiado bien las distancias, al incorporarme tardé un poquillo más de lo que pensé en un principio —los

achagues, por mucho que no lo quiera reconocer, es lo que tienen—, me golpeé con la bandeja de las bebidas que llevaba en la cabeza, volcándola y tirándolas encima de las demás, que intentaban tomar el sol con pareos más grandes que ellas, que pensé yo que así poco color iban a coger.

Con el golpe y la falta de equilibrio, me agarré con mis huesudos dedos a lo primero que encontré, que no fue otra cosa que los testículos del chico al que casi dejo eunuco de por vida. Este lanzó un grito de dolor, se apartó todo lo posible del repentino cascanueces, tropezó con la barandilla y cayó por la borda. Lo último que vi de él, fueron sus pies volando frente a mi cara.

—¡¡Ariel, en serioooo!! —gritaron todas al unísono.

—¡Mierda!

## *Agradecimientos*

Este libro ha pasado por varias etapas y por todavía más versiones, sé que hay mucha gente expectante a ver qué sucedía con los protagonistas y la presión de una segunda parte a la altura de la primera ha sido demoledora. Al principio intenté hacer otro parecido al primero y me devané los sesos para que saliese, pero después de muchos meses de cabezonería decidí desistir y hacer lo que siempre hago, dejarme llevar por mis emociones y crear una trama con unas alocadas historias que a mí me gustasen leer. Cuando dejé de especular en qué pensarían los demás y comencé a oírme a mí misma fue cuando volvió a surgir la magia, digamos que me volví un poco como Cicerón cuando dijo: «*Me interesa más mi conciencia que la opinión de los demás*». Espero de corazón que tras finalizar las perdices se os quede un buen recuerdo y sabor de boca, que en definitiva es por lo que existe la literatura, para hacernos sonreír y evadirnos de la realidad. Si he logrado esas metas me siento orgullosa.

En este caso las que me han acompañado desde el principio en esta nueva aventura han sido Ester Martín Moya, Ana Tinoco Morcillo, María Esteban, Tania García, Noelia Tejada, Puri Real Garry, Helena Sivianes, Sonia Fernández y Noni García, gracias a todas y cada una de vosotras por tener la paciencia de leerme por fascículos, de aguantar la falta de inspiración y el exceso de confianza cuando os amenazo con que si no leéis podéis morir, sabéis que es bromita, o no... nunca lo descubriréis porque habéis sido muy aplicadas. Sin que ellas lo sepan a veces la historia ha dado un giro cuando me han contado sus elucubraciones, así que no sería justo no decir que este libro es obra de todas, gracias chicas, de corazón.

En esta ocasión la encargada de corregir esta obra a contrarreloj no ha sido otra que Sonia García, (Noni para los amigos), que se ha pegado noches sin dormir volviéndome a echar el cable para que este disparatado libro os llegue impecable. Gracias amiga, te debo otra, he perdido la cuenta.

Mi madre se ha quedado con mi pequeño monstruito para que yo pudiese escribir tranquila y eso es un mundo, te quiero.

En el trabajo me he tenido que escaquear más de un día y de dos y eso no hubiese sido posible sin mis dos manos derechas Katy Molina y Pablo Ruiz, aunque no os lo diga muy a menudo, o nunca, mi mundo sería mucho más difícil sin vosotros apoyándome tanto en lo personal como en lo profesional, gracias, os quiero.

La portada ha vuelto a ser otro éxito de mi paciente Mónica Gallard, mil gracias por ser tú.

Todo libro tiene su punto de misterio, en este tengo que darle las gracias a una persona muy especial para mí, quien en los últimos meses ha empezado a formar parte de mi vida y de mi familia, la misma que me ha inspirado, animado y robado el corazón. Sobran palabras. Gracias.

Y para finalizar agradeceros a todos los que estáis leyendo estas líneas porque sin vosotros nada de esto sería posible, gracias por hacer de mi sueño una realidad.

## Biografía



Gema Tacón, nació en Cádiz en el 1981. Estudió en el Liceo Sagrado Corazón.

Actualmente es propietaria de la cafetería biblioteca "La Buhardilla.

La primera novela de la saga La Reina de las Sombras, Escondida, representó su debut en el mundo literario. En su momento, le llegaron el turno a Vencida y Condenada, continuación de la exitosa saga creada por Gema.

La autora nos sorprende con una nueva incursión en otro género, el *Chick Lit*, con la obra: ¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices.

En el mundo de la novela policíaca y de thriller queda El último Susurro, primer libro en el mundo en tratar la temática ASMR.

Regresa a la fantástica con La vida secreta de la última Wiccana, una historia llena de aventuras y acción para todos los públicos.

Y para terminar aquí nos trae la esperada segunda parte de la bilogía ¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices? donde las risas están más que aseguradas.

---

[1] Mosqueo: cabreo, indignación, enfado.

[2] Chumino: partes bajas femeninas.

[3] Guiñapo: Ovillo.

[4] Puñetas: coloquialmente se usa para expresar enfado.

[5] Gusiluz: peluche con cabeza redonda que brilla en la oscuridad.

[6] ASMR: un fenómeno biológico caracterizado por una placentera sensación que provoca calidez y relajación, y que en ocasiones puede estar acompañado de cierto hormigueo que se siente usualmente

en la cabeza, cuero cabelludo o regiones periféricas del cuerpo como respuesta a varios estímulos visuales y auditivos.

[7] Demogorgon: monstruo de ciencia ficción, guiño a la serie Stranger things.

[8] Epi y Blas: muñecos de espuma de la serie infantil de Barrio Sésamo.

[9] Cuello de mao: es de líneas rectas, manga larga sin puños y cuello ligeramente alto, formado por una tirilla recta cortada a contra hilo para que no ceda y abotonado delante.

[10] El toro de Osborne es una enorme silueta de un toro de lidia, de aproximadamente 14 metros de altura, concebida originalmente como una gran valla publicitaria de carretera para promocionar el brandy de Jerez Veterano del Grupo Osborne.

[11] Mosqueta: hemorragia nasal.

[12] Perraca: cachonda, excitada.